

# FAMILIA Y PATRIA



COLECCIÓN LITERATURA  
Serie Ensayo • Enrique González Pedrero

---

Andrés Iduarte

FAMILIA  
Y  
PATRIA

**CULTURA**  
SECRETARÍA DE CULTURA



Primera edición, 2019

©Leonardo Ffrench Iduarte

D.R ©Secretaría de Cultura de Tabasco  
Calle Andrés Sánchez Magallanes #1124  
Fraccionamiento Portal del Agua  
Colonia Centro, Villahermosa  
Tabasco, México  
C.P. 86000

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra,  
sea cual fuere el medio, sin el consentimiento por escrito  
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN: 978-607-8428-96-0

Impreso en México - *Printed in Mexico*

## PRESENTACIÓN

*Andrés Iduarte partió al destierro voluntario llevándose en la memoria su patria. Desde fuera, se situó en el corazón del país para mostrar que la patria empieza en el patio donde se dan los primeros pasos, la familia y los amigos que uno tiene y frecuenta, y todas las causas justas bajo el cielo que uno abrigue.*

*Por eso no dudó en apoyar a la República española contra Franco, en defender la expropiación petrolera en Estados Unidos y promover la imagen de América Latina, especialmente la de México, en cuanto foro se le presentó. Muchos de estos andares son los que con prodigiosa memoria despliega el tabasqueño en cada artículo.*

*Escritos originalmente para el diario El Nacional en los años sesenta, Iduarte, de sesenta y seis años, vislumbra sobre la marcha un libro que llamará «Familia y patria», con el cual recupera los recuerdos de su vida en San Juan Bautista, Campeche, Mérida, el puebo de Veracruz y ciudad de México, así como su paso por España, Francia y Estados Unidos. En esto, como en muchas otras cosas, Iduarte sigue a sus maestros José Martí y Sarmiento, quienes escribieron artículos en los periódicos para luego volverlos libros.*

*En vez del patriotismo grotesco que invisibiliza al otro, el tabasqueño formula un mexicanismo que es igual a hispanoamericanismo, y viceversa. Bajo esta lupa, su pluma elogia, exalta, desmenuza, pondera, puntualiza, alaba, reconoce, enmienda, sin lisonjas ni ofensas.*

*Él mismo reconoce que lo ayudó siempre en este menester su prodigiosa memoria: «el don de la amistad descansa sobre todo en la buena memoria, y yo la tengo de elefante. Y en esto no hay la menor vanagloria...», escribe.*

*En Familia y patria, el autor de Un niño en la Revolución mexicana aparece ocupado y preocupado por los asuntos cotidianos, que se mezclan con definiciones precisas sobre el modo de ser del tabasqueño, el campesino, el yucateco y el veracruzano. Al hablar de los parientes pobres y ricos, los apodos infantiles, las tías solteronas, las descripciones de las ciudades del sureste mexicano y de la costa Atlántica estadounidense –donde el autor experimenta una especie de conversión que va del sentimiento antiyanqui cultivado en su juventud hasta la aceptación de una cultura norteamericana admirable–, descubrimos a un Andrés de carne y hueso, bondadoso e irónico, que puede hurgar en el árbol genealógico de sus descendientes para luego caer en la cuenta de lo vanal que es cualquier estrirpe y declararse indio.*

*Agradezco al maestro Leonardo Ffrench, mencionado en estas páginas por el propio Iduarte, por poner a disposición de los lectores la obra de su ilustre familiar.*

Ervey Castillo

## DE PERIODISTAS Y ESCRITORES

Pensaba escribir hoy sobre periodismo político, sobre periodismo y política, sobre los oficios de la alabanza y los oficios de la injuria; pero quiero platicar, antes, sobre el periodista y el escritor. Y no sin reproducir, a modo de anticipo explicativo, los renglones que me llevaron de un tema al otro o, mejor dicho, a uno de sus más importantes incisos.

Hay dos cosas fáciles en el mundo: una, elogiar al vencedor, al poderoso; otra, injuriar al débil, al vencido. En la obra de un escritor pueden seguirse, con la yema del dedo, estas dos avenidas opuestas, encontradas, de la virtud y de la infamia. Cuando alguien no ha hecho en su vida más que elogios justos y ataques valientes, hay que quitarse el sombrero; y cuando no ha hecho sino alabar a sueldo o vituperar para beneficio propio, hay que escupirlo y marcarlo para siempre.

Entre los que supieron bien los oficios de la alabanza, nadie supera a José Martí, escritor y político angélico; entre los que supieron bien los de la injuria, puede recordarse a don Juan Montalvo, a don Manuel González Prada, a don Miguel de Unamuno, arcangélicos. «Sobre los oficios de la alabanza» se llama, precisamente, un artículo que Martí publicó en su revista neoyorquina, *Patria*, el 3 de abril de 1892: puede leerse en cualquier edición de sus obras completas. No tiene desperdicio y no podemos citarlo en cuatro renglones; pero valdrá la pena de detenerse en él porque es un decálogo para cuantos escribimos y este es el momento de decir, también, que lo literario es siempre político cuando está inspirado, como debe estarlo, por la preocupación de la polis.

Recuerdo ahora que un viejo amigo mío me dijo, en cierta ocasión, que había que escribir *periodísticamente*. ¿Qué quería decir con ese adverbio?... Me contestó que debía escribirse en la prensa sin ir desgajando

en ella libros inéditos. Le aclaré que yo a menudo publicaba una serie de artículos sobre un mismo asunto y de manera deliberadamente vertebrada, para después hacer con ella un libro. Y sin caer en la vanidad de compararme con don Domingo Faustino Sarmiento, le recordé que el *Facundo* se formó con los artículos que fue publicando en la prensa de Chile, y que sus *Viajes* recogieron las cartas que escribió a sus amigos durante su recorrido por Europa, Marruecos y los Estados Unidos, de 1845 a 1848: casi no hay libro suyo que no sea una colección de sus artículos. Y también le recordé que la obra en prosa de José Martí está hecha íntegramente en los periódicos hispanoamericanos de su época. De los 52 tomos en cuarto que forman las obras completas del argentino, la casi totalidad de sus páginas viene de diarios y revistas; y de los 72 en octavo del cubano –hablo de la edición Trópico– en su mayoría viene de la prensa. Bien se recuerda que, semanas antes de su sacrificio en Dos Ríos, encargó a Gonzalito de Quesada que reuniera su obra dispersa bajo los títulos de *Norteamericanos*, *Hispanoamericanos*, *Escenas norteamericanas*, *Educación y pintura...* Al escribir en la prensa para ganarse la vida y sostener su fe política, los dos lo hacían ya con el plan del libro que no tenían ni tendrían tiempo de escribir en el reposo del gabinete.

Claro está que hay quien no piensa en hacer libros cuando escribe artículos: son tan malos, tan miserables, tan desencuadrados, que ni a él mismo se le puede ocurrir que merezcan permanencia mayor que la hoja volante de todos los días. El artículo no puede tener la serenidad ni la solidez de la obra hecha en la paz y en el estudio; pero vale por otros valores que se pierden frecuentemente en el libro. La premura le da espontaneidad, y el diálogo con lectores amigos o adversos le presta vivacidad. Y no es casual que en Hispanoamérica toda, donde los escritores tienen que vivir y viven en la vida, hayan salido de la prensa libros más perdurables que los que producen archiveros y bibliotecarios.

Claro es, también, que para hacerlos se necesita talento, preparación, el don de la pluma o, en su defecto, larga escoleta periodística. Pocos pueden escribir buenos artículos diaria o semanalmente; y pocos, también, libros profundos y hermosos cada dos años. Es de morir de risa oír la burla que los mulos de noria hacen de quienes escriben bajo la prisa de las rotativas. Quien puede escribir con gracia y concierto todos los días, po-

drá escribir, cuando quiera, con mayor hondura en cómodo apartamiento; en tanto que quien suda cada renglón no podrá hacer la más mínima gacetilla en diez minutos y no tiene derecho, en consecuencia, a ver por encima del hombro al ágil periodista. Siempre he sentido lástima por los burros filosóficos de dos pies que nos dicen que están escribiendo hace años el libro trascendental que nunca terminan. Y alguna vez me burlé públicamente de alguien que, embarazado por sus fichas bibliográficas como el perro Pluto de Walt Disney lo está por los papeles matamoscas –se le van pegando en el hocico, en las patas delanteras y traseras, en las orejas, en los belfos, en la cola y en sitios más reservados–, de alguien que decía sentenciosamente a un joven escritor: mientras usted ha escrito esas veinte páginas allá arriba, yo aquí he escrito una sola... pero para mucho tiempo. Y citaba al personaje de Diógenes Laercio que alguna vez dijo: «Yo pinto y esculpo tomándome mucho tiempo porque lo hago para mucho tiempo». No, no todos –sino muy contados– son los griegos de tal temple. También he sentido compasión de los buscadores mediocres de la perfección gramatical que, lejos de la voz del pueblo y del fuego de las pasiones, se embarullan con sus tiempos de verbo y pintan de bermeillon sus pobres adjetivos.

No quiero decir, por supuesto, que no haya labores que requieren estudio; tampoco que siempre la improvisación es mejor que la reflexión; ni menos se me ocurre pensar que el trabajo literario no necesita saboreo, paladeo, gusto y regusto. Pero lo primero es pensar, sentir y saber ponerlo en el papel, y luego viene el aderezo y el pulimento. El periodista que sabe escribir, es un escritor; el llamado escritor que no sabe hacerlo, no es nada. Claro que hay un periodismo chirle, despreciable; pero lo hay magno, como el de Martí y Sarmiento: en nuestra América la buena literatura se ha hecho, por fortuna, en la calle.

## DECÁLOGO PARA PERIODISTAS Y ESCRITORES

**D**ecía yo que el artículo de José Martí «Sobre los oficios de la alabanza» no tiene desperdicio, y lo confirmo ahora que me empeño en citar lo mejor de él y concluyo que debería copiarlo entero. Sí, el organismo vertebrado no admite mutilaciones, cortes, síntesis: si se le hacen, se le falsea, se le destruye.

Tanto en la política como en las letras, el gran cubano fue dado a la benevolencia y enemigo del rigor. Era su manera de ser, su filosofía. Del hombre se ha de aprovechar lo mejor de él –decía en otra ocasión– y facilitar que lo mejor de él prevalezca. La censura ha de ser justa, y la alabanza generosa y rica. Hay que ayudar y alegrar, en vez de herir, de entristecer. «Lindoros» y «alzacolas» –ojalá entraran en circulación tan buenas palabras– llamaba a los censores virulentos y a los críticos despiadados. En la vida había que sumar y multiplicar siempre, y no restar ni dividir nunca.

«La generosidad congrega a los hombres, y la aspereza los aparta. El elogio oportuno fomenta el mérito, y la falta del elogio oportuno lo desanima. Sólo el corazón heroico puede prescindir de la aprobación humana, y la falta del elogio oportuno mina el mismo corazón heroico... El vicio tiene tantos cómplices en el mundo, que es necesario que tenga algunos cómplices la virtud. Se puede y se debe ser cómplice de la virtud. Al corazón se le han de poner alas, no anclas... Es cobarde quien ve el mérito humilde, y no lo alaba. Y se ha de ser abundante, por la ley del equilibrio, en aquello en que los demás son escasos... El corazón se agría cuando no se le reconoce a tiempo la virtud. El corazón virtuoso se enciende con el reconocimiento y se apaga sin él. O muda, o muere. Y a los corazones virtuosos no hay que hacerlos mudar, ni que dejarlos

morir... Cuando [la alabanza] consuela a los tristes, cuando proclama el mérito desconocido, cuando levanta el ejemplo ante los flojos y los descorazonados, cuando sujeta a los hombres en la vida de la virtud, lo loable es la alabanza.»

Ese es el decálogo del hombre bueno, del periodista íntegro, del escritor honrado, del gran político, del verdadero estadista: no sólo lo escribió Martí con tinta, sino con su sangre. Se repite insistentemente a lo largo de toda su obra voluminosa, se cumple con su conducta de todos los días: igualó con la vida el pensamiento. Así fue, así pensó y así dijo en el proceso que lo llevó a presidio a los dieciséis años; cuando a sus veintidós se incorporó a la política y a la literatura mexicanas; en sus años de profesor y de periodista en Guatemala y Caracas; durante los quince años neoyorquinos de preparación y organización de la guerra que le dio libertad a Cuba; al congregar a los héroes que la hicieron y al orientar a los hombres humildes que lo rodearon; y en su marcha luminosa por la tierra adorada rumbo a su previsto y ansiado sacrificio.

En artículos, en crónicas, en ensayos, en discursos, vio y ensalzó el mérito de muertos y de vivos; y sin ofender, sin lastimar nunca, sobre muertos y sobre vivos dijo, sin decirlo, lo que les había faltado y lo que les sobraba. Basta leer sus encendidas alabanzas a Simón Bolívar y a Benito Juárez, sus meditados elogios a Heredia y a Sellén, para entender su angélico mensaje. El afán de servir no lo lleva a mentir ni a desfigurar. De golpe encuentra, siempre, lo excelso, lo noble, lo grande, lo mejor; se empeña en dar, siquiera, con lo menos malo; bondadosamente señala la pobreza literaria y el error político; pero cuando topa con el crimen, lo denuncia y lo anatematiza bíblicamente. Y entonces, aún ante lo peor, ante la cobardía y la traición –como cuando fue víctima de ellas en el alijo de armas de la Fernandina–, reduce su dicerio al mínimo y pone su esperanza en el arrepentimiento y la enmienda del culpable.

«Fue muy dado a elogiar, a alabar», dicen agríamente los cancerberos de la crítica, los reptiles de la murmuración. Pero ¿a quién elogia y a quiénes alaba este franciscano?... Sólo a quien lo merece y a quien lo necesita. Muy claramente lo precisa, lo destaca, lo subraya: «La adulación es vil, y es necesaria la alabanza... La alabanza justa regocija al hombre bueno y molesta al envidioso. La alabanza injusta daña a quien la reci-

be: más daña a quien la hace. La alabanza excesiva molesta con razón al ánimo viril... La alabanza al poderoso puede ser moderada, aun cuando el mérito del poderoso justifique el elogio extremo, porque la justicia no vaya a parecer solicitud. A quien todo el mundo alaba, se le puede dejar de alabar, que de turiferarios está lleno el mundo, y no hay como tener autoridad y riqueza para que la tierra en torno se cubra de rodillas...»

La alabanza que José Martí dicta y ejerce va hacia el corazón heroico y hacia el virtuoso, es para los preteridos y los tristes, alienta a quienes han sufrido persecución de la injusticia y olvido de la justicia. Su alabanza no llega a los que no la necesitan y mucho menos –nunca– a quienes no la merecen. Y cuando alcanza al privilegiado y al feliz, cuando para sumarlos al carro de la libertad de su patria elogió al banquero cubano de Nueva York y al presidente de alguna república hispanoamericana, lo alienta la espuela del bien público y lo domina la rienda de la dignidad. Así su alabanza alcanza la categoría de decálogo, de guía moral para quienes la manejan con la palabra y con la pluma, y vale también como advertencia y norma para los poderosos que, en todas partes y todos los días, sufren la baja adulación, más dañosa que el enconado dicitario. En este Martí inmaculado y luminoso pueden hallar unos y otros una excelente tabla de valores: primero, para determinar la pureza o la impureza de la fuente de donde viene la alabanza, para medir si de hombre que ha estado siempre de pie o de homúnculo que ha vivido de rodillas; luego, para estimarla cuando es de las que se apartan de la indignidad, cuando viene legitimada por el propósito del bien colectivo y ennoblecida por el recato y el decoro; y finalmente, para rechazarla con el dorso de la mano y estrangularla con el puño cuando trae la baba de la serpiente.

## DEL LENGUAJE SIBILINO

El lenguaje sibilino ha existido siempre en la vida pública de todas partes; pero en México se exagera hasta extremos increíbles. Quizá no estoy en lo cierto, pero así me lo parece: cuanto ocurre en la propia patria y no es ni bueno ni bello, nos gusta menos que en cualquier otro lugar del mundo.

Llamo lenguaje sibilino a la expresión deliberadamente enigmática, oscura, hermética para que nadie nos entienda o, mejor dicho, para que nadie pueda reclamarnos mañana por habernos entendido bien. En su uso hay, originalmente, una mala intención, que pronto se hace vicio nefando. Y lo es tanto que quien habla así, para no comprometerse, no merece el don de la palabra. (Siempre he creído que Dios no debió concedérselo a todo el mundo. Habérselo otorgado a todos los seres humanos fue una liberalidad excesiva y peligrosa, de la que sufrimos las consecuencias. Sólo debió premiar con el habla a quienes tuvieran hondo valor moral y alcanzaran alto mérito intelectual. Los tontos que no saben lo que dicen y los malvados que lo saben demasiado bien, hacen tanto daño que merecen el ostracismo y la horca. Desgraciadamente, los malvados son tantos que no bastan todas las horcas del mundo y, aún más desdichadamente, quienes deberían acabar con ellos no pueden hacerlo porque son la ínfima minoría del planeta).

No hay que explicar qué es el lenguaje sibilino porque todo el mundo lo conoce. La sibila de ayer y la cartomanciana de hoy nos dicen sólo lo trivial y común, lo que cualquier ingenuo hijo de vecino puede aplicarse mañana como un calcetín o un guante elástico: «Va usted a hacer un largo viaje... Está usted enamorado de una morena, pero hay una rubia que lo quiere más que la morena, y usted no se da cuenta... Ten-

drá usted más de quince hijos, pero sólo se enterará de los que nazcan en su matrimonio... Cuide mucho a una persona de edad de su familia, porque puede morírsele...» y claro está que no hay joven a quien no pueda ocurrirle toda esta acomodaticia bazofia agorera.

En la vida pública, consiste en prometer sin decir lo que se promete, en decir *que sí* pero sin decir *cuándo*, en usar términos anfibológicos en cuanto a ideas y propósitos, en el empleo de lugares comunes y cantos rodados para ocultar las más mezquinas ambiciones: «Trataré su asunto en el momento oportuno... Su asunto se está estudiando debidamente... Proceda usted así: yo sé lo que le digo... Seguiremos los postulados de nuestro credo... En la lucha del mundo estamos con los mejores y contra los peores...»

Claro que el lenguaje sibilino no sirve para nada sin el tono y sin el gesto, sin el teatro. La inflexión de confianza, la palmada fraternal, el abrazo de compadre –todo, eso sí, en el momento adecuado, no antes ni después– valen más que los términos gastados por el uso y revolcados en la mentira. Y en público, la gran voz a tiempo, la dulce en otro instante, los brazos abiertos para estrechar al pueblo en el corazón, la discreta lágrima al hablar del mártir de ayer –aunque el de la lágrima lo hubiera sacrificado igual que sus verdugos–, el frenesí del héroe que ama y ansía el sacrificio...

Los sibilinos –llamámosles así a quienes hablan esa lengua de eunucos– se dividen en dos o más especies. El grupo más numeroso lo forman quienes de noche elaboran y maceran cuanto van a decir por la mañana, los que previamente escriben cuanto van a susurrar en la oficina a sus visitantes y en la mesa a sus colegas, los que nunca sueltan un *sí* ni un *no*, los que hablan con frases hechas y giros convencionales. Por no saber hablar, por no haber hablado nunca, llaman *excesivo* a quien tiene ideas y emociones, a quien maneja la palabra con la cabeza y desde el corazón y –pobrecitos– en tan pobre juicio tienen la misma inocencia del gotero que no sabe que existe la manguera y del desierto que ignora el mar.

Otro estilo, más dentro de nuestra mitad española, es el de quien habla mucho y no dice nada. Los de pocas palabras son batracios y reptiles; los de muchas, han de ser verdaderas *águilas descalzas*. Recuerdo

al personaje de Turguenev en *Humo* –sólo he leído a los rusos en versiones españolas, francesas e inglesas– que en su estación de ferrocarril, en plena estepa, aturdiría a sus amigos con sus prolijos discursos, y tengo vivo en la memoria al palurdo convertido en personaje por la suerte, de cuya caudalosa jerigonza me reiré otro día. Pero ¿cómo puedo llamar lenguaje sibilino a una tromba de indiscreciones? ¿Es eso posible? *Abí está el detalle*: el hablador habla como revolucionario media hora, y Morelos y Juárez y Zapata, y Bakunin y Marx y Lenin quedan, comparados con él, a la altura del betún. Pero su fuerza está, precisamente, en los *peros*: «pero todo ha de someterse a la seguridad de las estructuras... pero no hay que hacerse ilusiones porque el hombre es naturalmente malo y, si traspasa la muralla, debe aplicársele la cadena y el grillete». Y así, insensiblemente, el hablador pasa al otro platillo de la balanza: el héroe se vuelve verdugo; el perseguido, policía. Y luego sigue otra racha confusa, imprecisa, polivalente, que lo mismo sirve para un barrido que para un fregado.

Emparentado con el lenguaje sibilino, pero a menudo enderezado al bien público, hay otro recurso: el de no hablar ni mucho ni poco, el de no hablar nada, y en pujar a tiempo. Para utilizarlo se necesita aplomo, oficio, escoleta, verdadera maestría. Aun en la vida amorosa es más elocuente un pujido a tiempo que el más apasionado juramento de amor.

## LOS QUINCE DE SEPTIEMBRE EN NUEVA YORK

El 15 de septiembre de 1938 –hace treinta y dos años –dije mi primer discurso ante la colonia mexicana de Nueva York. Mi concepto de patria era el mismo que presidió mi nacimiento en Tabasco y mi niñez en Campeche y Yucatán, precisamente el que hoy sigo sustentando, fortalecido y acendrado por mi larguísima residencia –toda una vida, casi toda la vida– en Europa, en los Estados Unidos y en Hispanoamérica.

Encuentro en mis archivos una amarilla copia de aquel discurso, dos mutilados recortes de prensa, numerosas papeletas manuscritas... Dicen y repiten viejos conceptos: «El amor a la patria se ha transformado muchas veces en patriotería. El natural cariño por la tierra propia se convierte a menudo en odio ciego contra el vecino. Rompamos con tan ruín chovinismo, con tan mezquina xenofobia. Seamos patriotas auténticos, verdaderos, puros... Rechacemos la patriotería exaltada, desenfrenada, provinciana y pueblerina que no es más que apariencia de amor. Cuando éste sólo llega a la frontera, y de la frontera en adelante sólo es aborrecimiento, vivimos en la barbarie, como el griego de la antigua ciudad-estado que odiaba al de la ciudad vecina porque sacrificaba en aras de otros dioses. El patriotismo que no se extiende más allá, en un sentimiento de fraternidad humana, no es sino sacrilegio».

Y en esa plática más o menos oratoria, aparece, como a mis dieciocho años, igual que en el primer trabajo que en 1925 dediqué en la Escuela Nacional Preparatoria a José Martí, la lección moral y política del gran cubano (al que siempre le he llamado, también, gran mexicano: en nuestra patria vivió la más eufórica etapa de su vida; el México juarista, junto con su ardiente isla antillana, fueron su definitivo molde): «Dijo José Martí: ‘cada cual se ha de poner en la obra del mundo, a lo que tiene

de más cerca, no porque lo suyo sea, por ser suyo, superior a lo ajeno y más firme o virtuoso, sino porque el influjo del hombre se ejerce mejor y más naturalmente en aquello que conoce y de donde le viene inmediata pena o gusto: y ese repartimiento de la labor humana, y no más, es el verdadero e inexpugnable concepto de patria... Patria es humanidad'. Patria es, para nosotros, la búsqueda, con todos y para todos –seguía yo– de la justicia social. 'Con todos se ha de lograr – precisó el mismo Martí – para el bienestar de todos.' Y así todo hombre bueno ha sido necesariamente patriota [resumía yo] desde el divino que se llamó Jesús, amante del valle y del río de su Galilea: 'No hay escita ni judío, circunciso ni incircunciso... Id e instruid a todos los pueblos.' Los hombres buenos no han negado nunca a su patria, desde los cristianos primitivos hasta los revolucionarios modernos, sino son quienes la han servido más y mejor que nadie, prolongando y completando su amor al hombre en una proyección de internacionalismo, de universalismo.»

Desde ese 15 de septiembre de 1938 hasta diciembre de 1952 tomé parte entusiasta y constante en todos los actos de la Junta Patriótica Mexicana de Nueva York; y algo menos –hemos debido y querido dejarle el terreno a los jóvenes– en los de las Sociedades Mexicanas Unidas, como ahora se llaman, desde el año de 1955 en que retorné a la Universidad de Columbia, tras de mi salida de la Dirección del Instituto Nacional de Bellas Artes. No ha habido Día de la Patria –15 de septiembre–, o de la Constitución –5 de febrero–, o de la Segunda Independencia –5 de mayo– o de la Revolución –20 de noviembre– en que los fieles hijos ausentes hayan dejado de evocar a sus hombres ni de invocar sus principios. Su devoción de obreros y de trabajadores de cuello blanco reforzó la mía: en sentimiento tan profundo yo soy su deudor.

La llama que tesonosamente encienden no vale menos, sino más, que la de cualquier soldado desconocido de cualquier guerra fratricida del mundo. Y no se crea que es fácil animarla y reanimarla en lugares tan distantes y en ambientes tan distintos al nuestro –Nueva York– y aun menos en sitios, ásperos y hostiles, sin la prestancia internacional de la gran urbe. Cierto es que nuestros gobiernos han apoyado su noble tarea, y colaborado en ella en la mayor o menor medida que condiciona la estructura de sus diferentes funcionarios consulares: se asoman a la

pluma los nombres de los mejores, algunos excelentes, aunque me privo de citarlos por temor de olvidar a alguno de ellos. Pero entre gente empinada y artificiosa no ha habido, ni ha podido haber, igual simpatía: *la mexicanada*, los *nacos*, la *raspa* y la *plebe*, he oído de labios de *niños bien* de ayer y de *niñas fresca* de hoy. Los pobres «lindoros y alzacolas» ignoran que ante público igual –tabaqueros de la Florida, estibadores de Filadelfia, empleados y horteras de Nueva York– derramó Martí la maravilla de su oratoria, y ni siquiera pueden imaginar que en tan sensitivo, cordial y fértil limo acabó de consumarse su pureza de santo laico y su perfección de maestro del verso y de la prosa hispanoamericanas.

## MI PRIMER NUEVA YORK: 1938

**M**i mujer y yo llegamos a Nueva York en el *Queen Mary*, procedentes de Francia, el 20 de junio de 1938. Interrumpí mi vida en Europa para venir a fundar un diario que, en español, iba a dedicarse a defender la expropiación petrolera, decretada por el gobierno del general Cárdenas, y la causa de la República española, traicionada por el cuartel e invadida por el fascismo internacional. Vinimos con permiso de tránsito por veinte días que, al desembarcar, quedaron reducidos sólo a diez: mi única garantía financiera era un cheque a mi favor, de mi familia, por doscientos dólares. Y nos quedamos allí para casi toda la vida. Pero –claro está– sin dejar de vivir sentimental, intelectual y políticamente en nuestra patria, día tras día, hora tras hora, minuto tras minuto, y sin dejar de dedicarle la mayor parte de nuestros veranos y todos mis años sabáticos.

Las ofertas que me trajeron a Nueva York no se cumplieron, y me encontré en la gran ciudad sin más dinero que los cuarenta dólares de mi beca de la Secretaría de Educación Pública y los muy escasos que me producían mis colaboraciones periodísticas de México y de Hispanoamérica. Pero como todo se resuelve en la vida, como Nueva York no es Europa y no es difícil ganarse la vida con las manos o con la cabeza, estuvimos al cabo de la calle más pronto de lo que esperábamos. Entré como editorialista al diario *La Voz*, que dirigía –uso este verbo porque no encuentro ninguno adecuado– el frutero gallego, el melonero español Barbazán, y allí pude desarrollar el propósito que a Nueva York me trajo. Empecé a dar clases de español por todas partes, a artistas de Greenwich Village y a viejas ricas de Park Avenue, a banqueros de Wall Street y a profesores y estudiantes de tres universidades, en escuelas y en

restaurantes, y –para mi gran sorpresa de joven que había sufrido la sequedad económica de Francia y España empecé a ganar más dinero del previsto y, casi, del deseado. Amigos de México, de Cuba y de Venezuela –nunca me han faltado, en ningún lugar del mundo y en ninguna hora de mi vida, como divina contrapartida del diablo– me dieron comisiones, aumentaron mi beca, me nombraron corresponsal de periódicos y revistas y, en suma, colmaron mi peculio.

Un día el escenario se amplió. Don Federico de Onís, director del Instituto Hispánico de la Universidad de Columbia, me encargó reseñas para la *Revista Hispánica Moderna*, y Jorge Mañach, jefe de la Sección Hispanoamericana del mismo Instituto, me invitó a dar una conferencia en el mes de febrero de 1939. Por ese camino –ya estudiaba yo inglés en la Universidad– sustituí a Mañach en sus clases del siguiente verano y, en septiembre, cuando él se reincorporó a la vida política cubana, en todos sus cursos y como director de la Sección Hispanoamericana. Así fui, primero, *lecturer* en University Extension y, al mismo tiempo, *instructor* en Barnard College. Y cuando en 1944 obtuve el doctorado, quedé como titular de la cátedra de literatura hispanoamericana en la Facultad de Filosofía.

Esto lo he contado anteriormente, pero aquí va como introducción a mi encuentro con la colonia mexicana de Nueva York. Dos eran los caballitos de batalla de nuestras veladas y nuestras publicaciones, los mismos que hacían el grueso de mis editoriales de *La Voz*; y de mis artículos de México e Hispanoamérica, precisamente los mismos que me decidieron a venir a Nueva York: apoyar a México en cuanto a la expropiación petrolera, bajo el fuego graneado de los poderosos que se sentían despojados, y combatir la marcha triunfal de los bárbaros en España. Al prestigio mágico que siempre ha tenido México en nuestra América se sumaba la de heroico iniciador de una batalla anticolonial de universales raíces, y la de quijotesco paladín en la contienda por la España popular y contra la España madrastra. Y así nuestro patriotismo quedaba, nuevamente, limpio de chovinismo y de xenofobia. Era el amor a lo esencial –México, Hispanoamérica– así como a lo universal, en los cuatro puntos cardinales. «Con el mismo espíritu de justicia de 1810, de 1857 y 1862, de 1910 –pregonaba el joven de treinta y un años

que entonces era yo—, México da en este momento otro empujón hacia la liberación colonial, por la felicidad de nuestro pueblo. Sin odio para nadie de otra raza, de otra lengua, con igual ímpetu contra los explotadores de cualquier pelaje, por los que sufren hambre de pan y sed de justicia en todas partes del mundo.»

Temblando de patriotismo mexicano y de fraternidad latinoamericana y universal, oíamos nuestro himno todos los quince de septiembre Y en todas las fechas sagradas, rodeados de puertorriqueños, de cubanos, de dominicanos, de centroamericanos, de españoles, de latinoamericanos del Ecuador al Brasil, de Chile y la Argentina a Colombia.

## CON MÉXICO EN EL MUNDO

**E**n cuanto a que no he hecho en el extranjero la obra que pude hacer en nuestra patria, es quizá una redonda verdad, que nadie sufre más que yo; pero, por fortuna, en esta lamentación no hay remordimiento porque he ido a vivir a México cada vez que he debido hacerlo y porque he salido de sus fronteras cuando, por la fuerza de las circunstancias, tenía menos posibilidad de acción dentro que fuera de ellas.

Así se lo repito constantemente a los amigos más deseosos de que viva yo en México: si puedo ser más útil allá que aquí, miel sobre hojuelas... Esa ha sido y es mi norma: porque en treinta años de escribir, de hablar, de dar cursos, de dirigir tesis de licenciatura y doctorado, de muchas otras tareas, he logrado que docenas de hombres y mujeres de todo el mundo estimen, respeten, admiren y quieran a México y a Hispanoamérica, y hasta sus alumnos y los alumnos de sus alumnos, hasta sus hijos y los hijos de sus hijos, llegará y germinará esa semilla. Parece poca cosa, pero para mí no lo es. Y con esto me basta para vivir, si no feliz y eufórico, sí conforme, tranquilo y aun satisfecho.

Claro que esta realidad, vista ya en plena madurez, no es como para ponerse a bailar con pandereta y castañuelas. No deja de tener un sabor agrisado —entre elogio y llanto— lo que un viejo amigo me dijo hace poco en México: «Si has podido hacer labor tan sostenida con sólo una mano, y teniendo la otra mano amarrada ¿qué no hubieras hecho teniendo libres las dos manos?»... Frase cuyo doble filo sentirán conmigo los que me aman, y a la que le sacarán punta mis malquerientes: éstos no sólo quisieron amarrarme una mano, sino las dos, y no sólo en México, sino en el extranjero, o expulsarme adonde tuviera yo atadas las cuatro extremidades y la cabeza. Lo que recuerdo sin ira y con filosófica sonrisa

porque, como decía siempre a su hijo la tierra madre de otro viejo amigo mío, «no es uno onza de oro para todo el mundo». Lo cierto es que yo acepté el rigor de mi destino y traté de sacarle lustre al cacho de acción que me dejó. Ya en la juventud de París fui de los estudiantes más activos de la AGELA –o Asociación General de Estudiantes Latinoamericanos– y en ocasión del Congreso Internacional de Estudiantes de 1928, fundamos con los compañeros españoles la Confederación Iberoamericana. Más tarde, en Madrid, fui secretario de la FUHA –o Federación Universitaria Hispanoamericana– y de la sección iberoamericana del Ateneo. Y ya aquí en Nueva York entré a la Universidad de Columbia como secretario de la Sección Hispanoamericana de su Instituto Hispánico, y luego fui su vicepresidente por varios años. De 1939 a 1952, organicé y tomé parte, bajo la guía de don Federico de Onís, en las conferencias semanales de la Casa Hispánica, y en esos trece años presenté al público a decenas de conferenciantes hispanoamericanos que a Nueva York vinieron o por Nueva York pasaron. En otras labores lo ayude también, como en la redacción de la *Revista Hispánica Moderna*, en la que mis reseñas –buenas y malas– son innumerables. En 1944 recibí el doctorado en Filosofía y Letras, que me habilitó académicamente para enseñar en los Estados Unidos –tenía yo mis estudios de México, de Francia y de España, pero me faltaba el grado norteamericano, aquí ineludible– y a partir del año siguiente fui titular de la cátedra de Literatura Hispanoamericana, que desde 1939 impartí como *lecturer* e instructor. Nunca descuidé a México por extenderme a Hispanoamérica, como nunca olvidé a Hispanoamérica por concentrarme en mi patria. Lo cierto es que desde entonces –y más a partir de 1955, cuando volví a Columbia University– dirijo en mi departamento las tesis de doctorado sobre nuestro México y nuestra Hispanoamérica, y tengo intervención en las de otras facultades. Cuando alguna vez escribí que «mexicanismo es hispanoamericanismo» apunté, sencillamente, un hecho que compruebo todos los días, como podría también apuntar y comprobar que «hispanoamericanismo es mexicanismo». El conocimiento y el cultivo del denominador común enriquecen los numeradores nacionales, y viceversa.

De las numerosas tesis que he dirigido, un buen número están consagradas a las letras y al pensamiento político de México, porque son

los que más siento y más conozco. En cuanto a mis cursos, puedo decir lo mismo. Sin duda los que doy con más placer son los referentes a nuestra literatura en sus distintas épocas y en sus diversos géneros, y en particular «la literatura de la Revolución mexicana», que ahora mismo tengo a mi cargo. No menos me entusiasman aquellos en que relaciono con nuestro país a las figuras que más me interesan, como en el que he llamado «Martí y México». Y esto que cuento –y lo que queda por contar– explica la sonrisa que me produjo el improperio que lanzó contra mí cierto animal de sangre fría: que en Nueva York enseñaba yo primeras letras en una escolita de mala muerte. En respuesta, le propuse que viniera a tomarlas, pues eran las que necesitaba.

Mi trabajo con estudiantes norteamericanos, hispanoamericanos, europeos, asiáticos, ha sido siempre placentero y fecundo. Su dedicación a lo nuestro es sincera y devota. La amplitud de su criterio, la objetividad de su juicio, su imparcialidad en temas polémicos raya a veces –para nosotros– en lo increíble. Y conste que nunca han desvirtuado mi colaboración con ellos ni mentiras ni halagos. Como no busco vanidades ni ventajas, como respeto mi trabajo y amo a la juventud, mi enseñanza nunca ha sido ni acomodaticia ni aduladora. Lo que no quiere decir que haya yo resbalado alguna vez a la ciega deturpación del país en que vivo, tanto por los méritos que tiene y que conozco bien –habida cuenta de sus fallas– como porque soy un extranjero que sabe las normas que establece la cortesía y la decencia. El trato con jóvenes de la más profunda buena fe y con colegas de la mayor sabiduría, me ha dado lecciones de ponderación y equilibrio que valen más –desde luego– que las que yo les doy sobre mi materia.

«No hay mal que por bien no venga»: esto yo no lo hubiese aprendido en vida cómoda y fácil dentro de mi país. Consuélnese, pues, los amigos queridos que hubieran querido que yo fuera. rey, príncipe o vizir. Lo importante en la vida –como decía don Quijote– está en que los encantadores que nos quitaron la ventura no podrán nunca arrebatarnos el esfuerzo ni el ánimo.

## FIDELIDAD DEL PAISAJE Y EL CARIÑO

**A** la vista está que, en cuanto a platillos y golosinas, el ausente de México puede consolarse en Nueva York.

También en cuanto al paisaje, aunque por otros caminos. El buen mexicano lleva sus mares, sus ríos, sus montañas a todas partes. La patria no es sólo el panorama abarcado con los ojos, sino el recreado en la vigilia y el sueño.

Yo salí de mis tierras del sureste a los once años, y nunca he dejado de ver la mole del Grijalva y el Usumacinta desembocando en Frontera, los zacatales del playón, la pitahaya de don Darío López en mi calle de Lerdo, Samarcanda y Tierra Colorada, El Azufre, la poza del Convento, la casita teapaneca de mi tío Pedro y la de don Lorenzo Casanova –el más íntimo amigo de mi padre–, la Atalaya y la Puntilla carmelitas, el verde mar de San Román, la Puerta de Tierra, Lerma y sus pescadores, la playa luminosa de Progreso, mi calle 62, el Teatro Peón Contreras, el Paseo Montejo. Cuando he vuelto a esos sitios, ha producido pasmo a mis amigos que señale yo los rincones donde enterraba mis tesoros infantiles de pirata imaginario, que identifique los eslabones de la cadena del parquecito de Laguna del Carmen...

Y es cosa natural: por largo espacio del mundo los he llevado en la palabra y la pluma, en la almohada y la tribuna, en el libro y el artículo. Soy, sin exageración, uno de sus embajadores. Y esto lo resumió, entre bromas y veras, la amistad de don Federico de Onís: «Antes de conocer a Iduarte, Tabasco era para mí un nombre bonito del mapa de México. Después de conocerlo y oírlo, Tabasco es para mí el centro del mundo.»

Y además ¿no está nuestro país en libro y pintura y escultura y música y canción y arqueología y danza, por todas partes? En el Ateneo y la

Biblioteca Nacional de Madrid, en la de París y su Trocadero, en el Museo Británico, en todos los centros de cultura he tenido a México en la mano. Su prensa diaria no ha consumido menos mis ojos que la del país en que camino. En esta Universidad de Columbia, un humorista contestaba a quienes me buscaban: «Está en México.» Y ante la sorpresa de quien me había visto media hora antes, aclaraba: «Sí, en México: en el piso décimo de la biblioteca, con su historia, o en el quinto, con su literatura.» No he dejado de vivir en México, lo he vivido más profundamente que muchos de los que pisan su suelo y respiran su aire todos los días. Por eso, cuando el presidente Ruiz Cortines me nombró director de Bellas Artes y alguien dijo que había yo caído en el Palacio en paracaídas o helicóptero, mi risa fue de oreja a oreja: del México de ayer y del de hoy sabía yo más y mejor que el mordisqueante homúnculo. (Lo que no quiere indicar que me crea yo omnisapiente. Precisamente entonces conocí al maestro Sandi, que me jugó una graciosa broma. Salió en la plástica mi origen tabasqueño, y le pregunté el suyo: «Yo soy defeño.» Insistí y me repitió las mismas palabras, con una puntita de risa en los ojos. Ya al despedimos, le dije: «Mire maestro, con franqueza: no sé lo que quiere decir defeño.» «Del D. F., doctor.» Y los dos reímos a gusto. Por suerte, hasta hoy sigo teniendo el consuelo de que millares de defeños ignoran el bonito neologismo.)

En cuanto a la lejanía de la amistad, allí sí duele. Pero el que es buen amigo y sabe ser buen corresponsal, derrota a la distancia y al tiempo: el espejo nos devuelve la imagen que le damos. Lo que no quiere decir que no haya pérdidas: algunos amigos se cansan de serlo y otros se queman por combustión espontánea; pero eso ocurre aun estando en la propia casa. Y, por otra parte nosotros vamos a México cada vez que podemos, venciendo —a pecho descubierto— cuantos estorbos nos lo impiden. «La próxima Navidad no vendremos», le decimos a los íntimos, llenos de valentía, y lo sostenemos así hasta octubre y noviembre; pero en diciembre conseguimos, a como dé lugar, las reservaciones de avión. Y siempre que regresamos a Nueva York nos dolemos de no haber visto a todos los que queremos, nos angustiamos de haber cancelado tantas invitaciones fraternales. «Supe que estuviste aquí en Año Nuevo y no me llamaste— y ¡qué manera tan tierna tienes de despedirte!», son

dos reproches a los que ya estoy tristemente acostumbrado. No, nunca pago el cariño con indiferencia; pero es un hecho que en el México de hoy se necesitan secretaria, telefonista, coche y chofer, y nosotros no tenemos nada de eso. Claro que, como yo sufro más que todos por mi involuntario descuido, merezco su perdón y –como saben que es así– todos me lo dan.

Me atrevo a decir que he conservado a todos mis amigos de ayer y de antes de ayer. Cuando entré a Bellas Artes, mi secretario particular y uno de mis más altos funcionarios fueron tabasqueños a los que conocí antes de nacer, puesto que nuestros padres y abuelos marcharon juntos en la vida. De mis jefes de departamento, cuatro eran mis compañeros de la adolescencia y de la juventud. Y no se piense que esto es sólo amiguismo, porque todos valían por sus propios méritos, aparte de que mi amiguismo, y el de otros, merece la más apasionada defensa. En un zafarranchito que por entonces me hicieron, los tres que me apoyaron fueron hombres de a caballo –por algo sería– y entre ellos estaba mi amigo de antes de que tuviéramos uso de razón, hoy mi compadre. En la muerte de mi madre me rodearon, hace un año, los amigos de la niñez en mi cuna de cuatro ruedas, y los de la Preparatoria, de Leyes, de la política, del periodismo, de Madrid y París y Nueva York, de Venezuela y de Cuba. Tengo casas abiertas en Mazatlán, en Monterrey, en Tampico, en Veracruz, en Tuxtla, en Hermosillo, en Guadalajara, en toda la península yucateca, en los cuatro puntos cardinales. Los médicos y los dentistas no me cobran, los abogados tampoco, y menos los notarios; y mi plática tabasqueña me ha regalado fraternalmente amigos entre los ruleteros de taxi. Y tengo tantos y tan profundos afectos entre los de la pelea pasada como entre los jóvenes de hoy, de los que no me siento ni distante ni distinto.

Ya ven mis amigos llorones cómo mi larga ausencia no ha matado la amistad sino que, acaso, la ha acendrado, la ha fortalecido.

## DEL CONSUELO COQUINARIO AUSENTE

En nuestro México me encuentro a cada paso, en cada uno de mis viajes, con amigos que se compadecen de mi esposa y de mí porque seguimos viviendo fuera de la patria. Tengo algunos –viejos en su edad y en nuestra amistad– que lloran a lágrima viva cuando les decimos hasta luego en el campus de la Universidad de Columbia, bajo la nieve o en su hotel de Park Avenue, o cuando nos despiden en el aeropuerto de México. Hay uno de ellos que a menudo me dice: «Andrés, te estás tardando mucho en volver para siempre. Cuando lo hagas, será para recorrer los cementerios. Sólo allí podrás saludar a los que tanto quisieron tenerte aquí.» Y la verdad es que ya hoy los recorro, sobre todo el Panteón Francés de la Piedad donde está toda mi familia, donde dejamos a mi madre querida en junio del año pasado. Con mi amigo Tomás Avendaño visito la tumba de mis padres, de mis hermanas, de mis primos, de mis tíos, de mi compañero de la infancia –Lincoln Salazar–, de José Rivera Albarrán, tan adicto a mí en tiempos difíciles, caído hace treinta años en plena flor de la vida... Y, a veces, voy a otros camposantos, donde reanudo, en silencio, la plática que no pudo truncar la ausencia, pero sí la muerte.

Todo el fraternal llanto de los que se duelen que yo vuelva a irme tiene razón en varios puntos: que no hayamos gozado en nuestra vida de toda la belleza de México: nuestra; que no hayamos disfrutado plenamente de la amistad mexicana, que es una de las mejores del mundo por auténtica y concentrada, por dulce y tierna; y –quizá sobre todo– que no haya yo podido servir a mi país *sur place*, mucho más. Sin duda, de cuanto de lejos lo he servido. Pero mi esposa y yo somos los que menos lloramos, no porque «el que se va se divierte con lo verde del camino» –como me decía mi madre– sino por todo lo que voy a repetirles aquí a mis queridos llorones.

Hay en México miles de personas que saben que en Nueva York se puede vivir comiendo y bebiendo lo mismo que bebemos y comemos en México, casi tan mexicanamente como en México, pero aun ellos lo olvidan y nos miran con la conmisericación que merece un ostracismo sin chiles ni tequilas. No: hoy todo lo nuestro se encuentra en esta villa cosmopolita y universal, con sólo aproximaciones –claro está– en algunos casos: las tortillas no son las mismas que hace Cristinita al estilo de su Oaxaca en la casa de mi hermana: la deliciosa sopa de chicharrón a la sinaloense, no lleva aquí el mismo legítimo producto, pero sí un muy aceptable remedo: el aguacate del excelente guacamole que prepara mi mujer no es de los negritos y sápidos de Querétaro sino de los grandes y verdes de la Florida, que se parecen a todos los del trópico: la jamaica que tomamos no es tan fresca, ni el té de amula tan amargo como los de allá, porque traemos sus flores y sus hojas en septiembre y deben durarnos hasta el siguiente verano.

Desde un punto de vista ortodoxamente tabasqueño hay que deplorar, es cierto, que no comamos la tortuga en verde y en sangre, ni el pejelagarto frito y con huevo, que en la ciudad de México en casa de mis parientes los Fernández Alfaro, nos refrescan las viejas raíces olmecas; pero, en cuanto a dulces, los puertorriqueños de Nueva York venden unas emitas y unas cocadas muy parecidas a las nuestras, y mi esposa es autora de una cafruleta en nada inferior a las que me hacían en mi niñez mis tías de Teapa. Hay en los mercados pámpano igual al campechano, y yo personalmente he pescado más cazones en Oyster Bay, que los que pesqué en mi infancia en Laguna del Carmen. Cuando di con ellas la primera vez –«las señoritas» las apodó, por sus arandelas, Tito Fexidor, niño catalán que me acompañaba en mis expediciones al mar– las retraté, le mandé su efigie a mi madre, las identificó a primera vista y, poco tiempo después, mi mujer empezó a cocinar aquí el succulento plattillo campechano. Y en cuanto al feo vicio del tabaco, del que yo ya me retiré, los Elegantes de ayer, y hoy los Casinos, nos vienen en la maleta de amigos memoriosos y de voluntarios altruistas que saben que nunca consumimos perfumes rubios.

En ese sentido, pues, que no sufran mis amigos: tenemos y cocinamos aquí todo lo que nos gusta y, si quieren comprobado, avísennos

cuándo vienen –con tiempo, pues éste sí es materia que aquí escasea– y en un piso 21 de la calle 86 Oeste podrán comer y beber como en Puebla y Guadalajara. No, no teman que nuestra vida haya sido nunca un suplido de sándwiches y *hot dogs*, que probamos con menos frecuencia que una buena porción de nuestros compatriotas de la capital de México, ni que nos bañemos diariamente en Coca Cola, brebaje que tenemos proscrito porque nos sigue pareciendo una pócima, la misma lombricera que nos recetaba en Villahermosa nuestro boticario don Elías Díaz.

Y aquí otra aclaración al canto: no se interprete nada de lo dicho como una agresión a la cocina de otros pueblos. En este punto también ejerzo mi universalismo. Hay restaurantes españoles, italianos y franceses en Nueva York, que rivalizan con los de sus países, amén de la casa de nuestra madrileña amiga Teresa Delgado, que siempre compite y a veces derrota a Botín y a Prendes. Aparte de que Graciela –así se llama mi consorte– aprendió en sus propias fuentes a imitarlas sin profanarlas. Y en cuanto a la comida norteamericana –contra la que vociferan, por ignorancia, todos los patrioterros– también tiene buenos platillos, pasteles excelentes y, sobre todo, materia prima insuperable. Sólo que nosotros, fieles a México, sin ser odiadores de lo que nos rodea, diariamente rendimos culto a la cocina que alimentó a padres y abuelos y, así, presidió nuestro nacimiento y nuestra muerte.

## NOCHEBUENA EN NUEVA YORK

Es una pena pasar estos días de fin de año fuera de la patria, pero no hasta el punto de que desgarremos nuestras vestiduras ni de que nos iniciemos en el harakiri. Aquí, como allá, celebraremos estas fiestas con el corazón puesto en lo que más queremos –México–, y en los que más nos quieren, que son nuestros familiares y nuestros amigos de siempre.

Nunca he creído en las fechas convencionales, nunca he cuidado de onomásticos ni de bautizos, nunca he puesto atención en aniversarios ni en casamientos, empezando por los propios. Pero jamás olvidé un cumpleaños de mi madre, aunque en todos ellos le dije y le escribí que para mí todos los días del año eran su cumpleaños, y así se lo demostré, con hechos, hasta su último aliento. Lo mismo hago en cuanto al de mi esposa y al de sus seres queridos, y en cuanto a mi hermana y su esposo, la sobrina carnal que tengo en México y el sobrino carnal y la sobrina espiritual que tenemos en las Europas, que han venido a ocupar, en el afecto, junto con otros de mi mujer, el hueco que no está lleno.

Pero, entre tanta basura de fechas para perder el tiempo, hay una realmente respetable y conmovedora: el 24 de diciembre. De todas las tradiciones religiosas del mundo católico en que nacimos, es la que más me emociona. Que lo diga quien no es un creyente puede tener aún más significación que la palabra de los que sí lo son. Si en algo se puede poner amor humano, tan puro que parece divino, es en el niño pobre del pesebre, llegado tras dura peregrinación, rodeado y protegido por padres santos y buenos. Si ha de haber adoración, sólo puede consagrarse a la pureza, a la inocencia y a la humildad. Y que nuestra familia se reúna en esa devoción, mejora el alma más fría y enseña ternura al más indiferente.

La cena de medianoche, con todos los que queremos a nuestro lado, con los más queridos al alcance de la vista y de la caricia, siempre es inolvidable. A pesar de que desde jóvenes aborrecemos las reuniones numerosas donde nadie hace caso de nadie y en las que todos hablamos en el desierto, en esa noche sagrada sí nos alegra el grupo nutrido y aun heterogéneo. Ciertamente, existe un «espíritu de Navidad», y religiosos y laicos tenemos que cultivarlo para mejoramiento del espíritu de los que son buenos, unos con la cruz y otros sin ella. De todas las tradiciones cristianas es la más linda y profunda.

La tradición existe, los siglos pesan, el pasado manda, y está bien que existan, pesen y manden mientras no sea torcedura de la práctica del bien. Los hijos del trópico –en México y fuera de él– somos menos cumplidores de fechas y solemnidades que los hijos de nuestra altiplanicie y de otros maravillosos lugares de más rancia tradición, como el Bajío y los Altos de Jalisco, por ejemplo. Pero no en cuanto a la Nochebuena. Esa nunca dejamos de celebrarla, aun en los ásperos años de la Revolución, todos los hijos de mi clan materno. Niños y viejos nos apiñábamos cariñosamente, sin saber algunos, y los otros sabiéndolo muy bien y cantándolo en preciosos villancicos, que nos presidía el amor por un niño desvalido y milagroso, pero impregnados todos de que era alrededor del buen amor, del amor por el bien para todos los hombres. Ya en la capital de México o en el Madrid alegre, o en el París pecador, la Nochebuena en casa de familia fraternal, o en el restorán famoso o recoleto, alcanzó aspectos heterodoxos; pero nunca dejó de ser una comunión de amor.

Así lo será la que se aproxima –hoy, veinte de diciembre– en un noveno piso de la avenida Amsterdam, con anfitriona madrileña que nada tiene que pedir a las mejores de su tierra y del mundo; rodeados de los que aquí más queremos y más nos quieren –españoles, puertorriqueños, venezolanos, norteamericanos, algún inglés de Inglaterra, alguno de la Guyana– y, como estrecho lazo de unión, una voz y una guitarra mexicana que dominará los cuatro puntos cardinales. Por teléfono, a las doce en punto, mi esposa hablará con su mamá –mamá, que no madre, decimos en México, y nosotros nacimos y moriremos mexicanos– y con sus hermanas, y yo con mi hermana y mi hermano –su esposo– y la sobrina de México y el sobrino y la sobrina de las Europas. No faltará

el buen Blanco Fino de la Rioja ni el Paternina de igual región. Quizá –para los mayores en saber y paladar– la más seca Pipper-Heidsieck del mundo. Y si el bolsillo flaquea, tinto y blanco Yago, a dólar la botella, que se beberá como el mejor elixir. No faltarán tequilas y mezcales para los más patriotas, ni chiles jalapeños ni serranos, ni el mejor chipotle traído por la amiga de buena memoria, ni el guacamole con el que desafié al más pintado de aquel y de este lado del río.

Me pongo a pensar: ¿envidiamos a alguien, a los más ricos, a los más poderosos del mundo y sus satélites?... y seguro de que no es mala vanidad ni torpe orgullo, me digo: esta sencillez, esta ligereza de sentirnos bien con lo que haya, mucho o poco, «ni envidiados ni envidiosos» como fray Luis ¿no será más digna de envidia, a la corta y, sobre todo, a la larga? Y pensando en el niño Jesús junto a los que confesionalmente creen en él, ponemos el corazón de México, brindamos por la patria una vez más, desde la nieve extranjera.

## AÑO NUEVO NEOYORQUINO

Recuerdo que en mi adolescencia escribí un articulito que se llamó «Año Nuevo». No lo publiqué, pero forma parte del librote que con el título de *Publicaciones e intimidades (1921-1928)* conservo en México, bajo siete llaves. En perfecta pasta española, salida de las diestras manos de aquel encantador viejo, Cisneros, de nuestra calle de San Ildefonso, todavía espera a que la cordura de mi madurez lo incinere pasado mañana; pero para hacerlo falta, además, que mi amigo Octavio Rivera Soto quiera hacer lo mismo con la copia que él guarda en su residencia de Mazatlán.

Recuerdo también que mi articulejo empezaba, sin ninguna originalidad, así: «No termina ni comienza nada: prosigue la vida». Y a cualquier edad es muy difícil tenerla sobre tan necesaria como intrascendente medición del tiempo. ¿Quién, de vuelta ya del Cabo de la Buena Esperanza, va a ponerse a apuntar lo que hizo y no hizo en 1970 y lo que sí debe hacer en 1971? ¿A qué viejo va a ocurrírsele hacer examen de conciencia sólo porque cambia una cifra del calendario?... Sólo a un joven, y a algún escritor por encargo, o a cualquier cursi. Y de que los hay, los hay...

En cuanto a la celebración de medianoche, me gusta mucho menos que la del día 24. ¿Qué tienen el 31 de diciembre y el primero de enero de diferentes en esencia a todos los demás días del año?... Si hay una fiesta convencional, sin sabor y sin sentido, es ésta. Los que le dan importancia son como gallos y gallinas aprisionados por la raya blanca trazada en el pavimento, hipnotizados por la mancha del gis. En México le da sentido la compañía de los amigos, en grupo más alegre y menos íntimo que el de Nochebuena. En Madrid, tierra sávida y gozosa de la que

no queremos disfrutar a medias desde que la monopoliza el caudillo del Ferrol, tenía el encanto de las doce uvas comidas acompasadamente con las doce campanadas del reloj de la Puerta del Sol, en medio de la algazara de aquel gran pueblo en la alegría y en el combate. En París le ponía juvenil encanto el famoso baile del *Bullier*, que trezaba por horas y a veces para siempre tantos corazones. Pero aquí en Nueva York ¿qué seducción tiene la apretazón bajo el frío, y el cierzo, y la nieve de Times Square, más peligrosa que nunca en esta babilonia sin duda hoy salida de cauce y de madre, ojalá que sólo temporalmente? ¿Y la cena de restorán millonario, en la que sólo pueden tentar al forastero los aguardentosos besos indiscriminados de las doce en punto? ¿Y la borrachera que la sigue hasta las horas de la madrugada?...

No, no es porque nos falte ya la juventud, pues en los muchos años mozos que aquí vivimos nunca gustamos de ponernos sombreritos minúsculos de payaso en nuestra cuadrada cabeza tabasqueña y yucateca, ni de marchar a paso redoblado por Broadway rumbo a la calle 42, ni nunca bebimos tanto como para acabar cantando el clásico *Show me the way to go home*, el pintoresco *show me the way to go to bed*. ¡Oh, no, nunca comulgamos ni comulgaremos con tan ásperas ruedas de molino!... La Nochevieja –como los madrileños le dicen– la pasaremos en nuestra casa, acompañados de dos o tres amigos queridos –«ni menos que las Gracias, ni más que las Musas», siempre– contemplando el puntero brillante del Empire State, los trasatlánticos iluminados en los muelles de las cincuentas y, del otro lado, la poética línea azul del puente Washington dibujada en el negro cielo de invierno.

Los días sí tienen un encanto extraordinario en estos fines del año. Puedo ir a mi oficina de Philosophy Hall sin que me inquieten las pasiones de los jóvenes ni las discrepancias de los viejos. ¡Qué alegría reunirme con mis libros y mis papeles, a solas, sin la presión de la conferencia de dos horas, sin la agitación del seminario ni de la junta de profesores! Enfrente de mi ventana está el flamante edificio de la Facultad de Derecho, todo de cristales; a la izquierda se va levantando el que alojará al Instituto de Estudios Internacionales, precisamente sobre tierra querida, en la que estuvo la Casa Hispánica, por donde veo ambular la inolvidable imagen de don Federico de Onís; y bajo ella el parquécito artificial

que edificaron sobre la avenida Amsterdam. ¡Qué paz, qué sosiego, qué buen tiempo para trabajar!... Pronto terminaré mi curso sobre la Literatura de la Revolución Mexicana; hay que ir guardando fichas y legajos y añadiendo apuntes para cuando vuelva a darlo dentro de dos años. En mis dos escritorios descansan tres tesis doctorales –y ya no deben descansar un día más–, de quinientas páginas cada una: la primera de alumna mía, sobre un tema de poesía chilena; la segunda de un buen compañero lingüista, sobre la fonología de la capital de México; la tercera, del Departamento de Sociología, sobre el movimiento obrero de México en los años de 1910 a 1920. Ya están fijados para primeros de enero los exámenes profesionales. Vienen otros de admisión al doctorado, los más penosos para quien sufre con ellos tanto como los estudiantes. Han de prepararse las listas de lectura para los cursos de primavera que en enero comienzan. Y queda, además, el trabajo personal, al servicio de México y de Hispanoamérica tanto como el académico. El escritor doblado en profesor ha de trabajar todos los días y todas las noches, de sol a sol, de luna a luna, y nunca terminará su tarea. Así trabajamos desde siempre, hace años, y todavía no publicamos cuanto en la juventud nos prometimos en sueños y en vigiliás. Y la pena no es nunca trabajar, pues trabajar en lo que se ama es el mayor placer de la vida, sino que no podemos dedicar todo el tiempo a la larga y dichosa faena de escribir lo que se cree y de decir lo que se piensa. Alguien me dice: ¿éstas son tus vacaciones? ¿Haciendo adobes?... Sí, no hay mejor descanso que hacer adobes de letras y de palabras para el que mueve los labios y la pluma siempre por convicción y por gusto, nunca por ruin interés ni por dictado ajeno.

## DE FELICITACIONES

No debo hablar más de las celebraciones de Navidad y Año Nuevo en Nueva York porque en nuestra patria y, sobre todo, en nuestra capital se hace en esas fechas tres cuartos de lo mismo. Creo que, felizmente, la cena de Nochebuena sigue siendo mucho más importante para todos los mexicanos que la comida de Navidad, y que el extranjero Santa Claus no ha logrado eclipsar, todavía, a los vernáculos Reyes Magos, aunque, sin duda, ya los empuja y los arrempuja un poco. En no pocas de nuestras casas burguesas y pequeñoburguesas han acabado por ponerse de acuerdo las dos tradiciones, y hoy hay que comprar juguetes en nombre del Santo Barbón para el 25 de diciembre, y de Gaspar, Melchor y Baltasar para el 6 de enero. Y ese mestizaje no debe inquietarnos porque es para contento de los niños, en el que no hay que poner tasa, salvo la que marque la limitación del bolsillo. Pero, en otros aspectos, la sustitución de lo más viejo por lo más nuevo y de lo propio por lo del vecino, alcanza proporciones lamentables.

En este mismo momento recibo de México carta aérea, certificada y por entrega inmediata, en la que se me dice: «¿Cómo se explica que usted, tan jacobino, vea con buenos ojos la celebración de la Nochebuena y la veneración por el Niño Jesús?»... y aunque mi deseo es contestar en seguida, pospongo mi respuesta porque, primero, en mi artículo «Raíces de nuestra Revolución» –aparecido en *El Nacional* el 21 de diciembre, precisamente una semana antes que «Nochebuena en Nueva York», al que alude el discrepante lector–, ya hablé de las doctrinas de mi familia y porque no quiero repetirme tan pronto con el mismo tema; y, segundo, porque prefiero continuar con lo que atañe a esta época de fiestas religiosas y profanas, que fue el propósito que hace un

rato me sentó en mi escritorio. Sólo quiero anticiparle que medite en que «lo cortés no quita lo valiente», en que puede serse librepensador, como él me dice que lo es, y sentir y estimar la poesía y el valor de una fecha religiosa –cristiana, judía, mahometana, budista– y, en suma, que como decíamos estudiantilmente y todavía seguimos diciendo en México, «no es lo mismo la gimnasia que la magnesia». Precisamente en ese artículo sobre la Nochebuena, curándome en salud o poniéndome el parche antes de que me saliera el grano, dije:

«De convicción anticlerical, pero sin barbarie, y de vida irreligiosa, pero con respeto para todas las creencias, nací y crecí fuera de la Iglesia.» Y como esa explicación no bastó –ya se ve– la ampliaré y, además, con mucho gusto, tanto por satisfacer a quien tan cordialmente me lee y me escribe como porque me entusiasma precisar mis orígenes anticlerales, en ningún momento demagógicos, y precisar mi posición laica, nunca *comecuras*, firme y clara pero jamás furibunda, que mis antepasados aprendieron en nuestros ilustres próceres de la Reforma y que era y es la auténtica de nuestra Revolución Mexicana de 1910. Las felicitaciones de Navidad y Año Nuevo son el pasatiempo y aun el quehacer mayor de muchos neoyorquinos en diciembre, y aun antes de ese mes. Conozco a quienes hablan de esa práctica como de la más ardua tarea. Hay quien se muere por ponerle una tarjeta a todos y cada uno de sus seres queridos. Hay muchos que no aceptan ni hacen ninguna invitación a partir de octubre porque están despachando sus felicitaciones. El ortodoxo en la materia no sólo compra las cartulinas más caras sino que escoge cada una con el pensamiento puesto, en especial, en este o aquel amigo. Para el mexicano busca un sombrero charro, la imagen de la Virgen de Guadalupe, el retrato de Zapata o la estampa maravillosa de nuestra Lola del Río. Quienes nos conocen de cerca, escriben a México en busca de la efigie de don Francisco I. Madero, a Venezuela en la de Rómulo Gallegos, a Chile en la de Gabriela Mistral, a Cuba en la de José Martí. El verdadero norteamericano, siempre cuidadoso de su dinero aunque posea un millón por cada uno de nuestros parvos dolarillos, no escatima gastos en las tarjetas de Navidad y Año Nuevo. Su agenda se desencuaderna en estos días: desde el primero de octubre recorre con la yema del índice todas las atenciones que recibió,

todos los servicios que se le han hecho, todos los recuerdos halagüeños que sobresalen en el oscuro horizonte de su vida trabajadora y apresurada. Cada día hay menos neoyorquinos así, como cada día hay también menos mexicanos que le den el asiento a una mujer en el tranvía, o le dejen la delantera del ascensor a una vieja; pero quedan en mayor número de lo que creen los que aquí nunca han vivido. Y, claro está, el norteamericano no ahorra tampoco un centavo en el porte de sus tarjetas: no importa que el amigo esté en el Japón, o que aquélla pese media libra: los timbres de seis centavos, reglamentarios y muy bonitos, los de diez y quince para que vayan por avión a toda la América, los de veinte para Europa y los de no sé cuánto para la India, China o Rusia, suman a veces cantidades desproporcionadas para su peculio. Y esto, que a cualquier mexicano que gasta su sueldo la noche del día en que lo recibe dejará naturalmente indiferente, es un rito que sólo se ejerce aquí en estos días bulliciosos y sagrados.

A nosotros –¿para qué es más que la verdad?– nos da mucho gusto recibir estas muestras de vieja amistad y este reconocimiento de cualquier gesto amistoso de ayer y de antes de ayer. Son muchas las que nos llegan porque, entrando y saliendo de Nueva York y de México, hemos vivido aquí más de treinta años, y porque el mexicano ejerce –decía Alfonso Reyes– la filosofía de la sonrisa: por haberle cedido el taxi a una anciana, por haber invitado dos copas de vino al vecino del avión, por haber cuidado un minuto al niño de la madre que entró a comprar su comida a la tienda, por haberle prestado cinco centavos al estudiante que los necesitaba, por haber acompañado media hora al señor que moría en la cama contigua del querido amigo puertorriqueño que también entonces se nos fue, todo lo que el mexicano de todas partes hace todos los días y los norteamericanos anualmente –o, cuando menos, en el año en que aquello ocurrió– nos envían las más tiernas felicitaciones. Mi mujer las pone en el árbol de Navidad –cuando hay arbolito, como sí lo hay este fin de año que no fuimos a México– y para los dos, ni protestantes ni católicos, sino sólo como seres humanos con su mexicano corazón palpitante en el pecho, es una profunda satisfacción sabernos acompañados de buenos recuerdos religiosos o profanos.

Claro que nada es perfecto en el mundo: pero de la imperfección de estos buenos deseos, aquí y allá, esto es, del convencionalismo y mezquindad de otra clase de felicitaciones, hablaré cuando haya más tiempo y más papel.

## SOBRE LAS MALAS FELICITACIONES

Claro que no todo es perfecto en el mundo de las felicitaciones de Navidad y Año Nuevo, ni en las de cumpleaños, de santo o de aniversario. Hay quienes las mandan por simple convencionalismo y aun por el más descarado interés: tan triste cosa ocurre ciertamente entre los alumnos que van a pasar pronto su examen de licenciatura, de admisión al doctorado o de defensa de la tesis: entre los que trabajan en ésta con nosotros: censo académico y los que van a necesitar nuestra aval para obtener su *tenure*, o sea la intocable permanencia en la cátedra que ya tienen a su cargo en ésta o en otra Universidad... Por supuesto que no todos los felicitantes obran por exclusiva conveniencia: los hay que lo hacen por pánico a los exámenes –los entiendo y los perdono: para mí siempre fueron más temibles que un desafío, que un combate y aun que el fusilamiento–; otros, por añadir su halago a la obtención de un justo reconocimiento a sus méritos; y muchos porque de verdad desean paz y dicha. De los seres humanos hay que pensar siempre lo mejor, aunque nos equivoquemos, y nunca lo peor, porque en este caso –nuestro yerro sería agravio a la justicia. Desde niño me hizo aprender mi padre, el Justo Juez, como uno de sus preferidos apotegmas: el de que «más vale perdonar a un culpable que condenar a un inocente». Pero tampoco hay que llegar al extremo opuesto haciéndose ilusiones: muy pronto recibiremos la evidencia del mal juego en el olvido y, a veces, en la abierta deslealtad.

Y sin el menor disimulo en esta ciudad «multitudinaria y vertiginosa» –así la llamaba en la preparatoria nuestro maestro de literatura española, don Carlos González Peña–: quien nos felicitó este año no nos felicitará el año entrante, una vez alcanzada la meta que se propo-

nía; quien nos pidió la mano para ascender no nos dará la suya ni para aminorar nuestro posible porrazo... El hombre cree aquí en su esfuerzo, en su trabajo, en su suelo, en su capital, en su renta, y en la protección que para ellos le da la ley –lo que tiene aspectos positivos–, así como en su ensimismamiento, en su egoísmo, en su ceguera ante la pena del amigo y del prójimo, lo que es sin duda una deformación espantosa. En México la mayor fuerza la sentimos en el amor de los familiares y en la amistad, la pareja. Valores humanos indiscutibles mientras no lleguen a la institución, mafiosa, antisocial, del compadrazgo.

Cuando vivía yo en Madrid, en los años anteriores a la guerra de 1936, cargados de negros presagios, temblaba ante el cataclismo que se venía encima, aunque no hasta el punto de preferir que la vieja y empecinada injusticia siguiera en pie. Los amigos que me oían o me leían, me preguntaban por qué tenía yo aprensión tan catastrófica. «Porque los españoles son más coléricos que nosotros, porque aquí hay más fuego en la mirada y más violencia en el ademán», les contestaba yo, lo que no quiere decir –en este mundo hay que vivir anticipándose a los malos pensamientos– que no crea yo que el pueblo español es uno de los más generosos del mundo ni que olvide que allí vivimos los cinco años más felices de nuestra juventud. Y no me equivoqué: los tres años de pelea fueron más crueles que los diez de la nuestra. Y hoy me ocurre lo mismo, de manera más aguda: si aquí estallara, sería más tremenda que el de México y la de España. Se ve, se siente en la vida diaria: la heterogeneidad de orígenes nacionales, raciales y religiosos; la mayor distancia entre los seres humanos; el ejercicio áspero del derecho de cada uno y la ambición pujante y apresurada hacen más aterradora la sangrienta batalla del hombre contra el hombre. Y en este punto cabe otra aclaración para quienes nos lean a través de su torcido cristal y de su mal color nos vean: no estoy vociferando contra Nueva York ni contra los neoyorquinos como a menudo lo hacen quienes, por haber pasado aquí semanas y meses, se sienten con derecho a deturparlo que sólo conocen por la cáscara. No olvido que en mí mismo está la prueba de lo contrario: si he vivido aquí treinta años de manera más o menos fecunda y bastante dichosa, es porque esta urbe tiene aspectos esencialmente positivos; y no se me escapa que negarla tajantemente no sólo sería una contradicción sino una ingratitud. Pero es un

hecho que en sitio de furia y rudeza hay que temblar más del momento en que se apoderen de la intimidad y de la calle.

No hay en nada de lo que digo ni adarme de patriotería ni de xenofobia: no creo que los mexicanos somos mejores por mexicanos ni que los neoyorquinos son peores por neoyorquinos; pero sí que cada historia nacional conforma de manera diferente a cada pueblo y que, sometida aquella región a las mismas circunstancias de esta zona, se parecerán más y llegarán a ser iguales el rubio y el moreno, el gigante y el enano, el barbudo y el lampiño, el pelón y el peludo. El hombre de nuestro México, que tenía medio millón cuando en 1928 salí por primera vez para Europa, y que hoy tiene siete u ocho, ya no es el mismo: aparte de que en mí haya añoranza de la colonia Santa María, de la Roma y de nuestro barrio de San Ildefonso, es un hecho que el trato humano no es «tan placentero hoy como entonces, a pesar de que apenas salíamos del fuego de la Revolución. Como tabasqueño espontáneo y conversador, siempre invoco nuestro milenario pasado de amabilidad y ternura cada vez que me topo con su negación. Ya el capitalino o defeño no es como era, y ojalá no llegue a ser como el neoyorquino en este aspecto, y sí llegue a serlo en otros en que ellos nos ganan». ¿Qué es la cortesía?... Un lubricante», se preguntaba y se contestaba un ilustre español. En Nueva York falta tanto que hay quien cree que no existe y que no se necesita.

A alguien que nos sonreía cuando buscaba nuestro apoyo y que nos contestó con inédita insolencia tan pronto lo obtuvo, le enrostré su ruín *chaquetazo*, y me contestó que ciertamente había cambiado porque ya no tenía por qué ser conmigo como antes había sido. No sólo hay quienes practican tan bárbara filosofía, sino quienes en público teorizan sobre su legitimidad. ¡Que no lleguemos en nuestra altiplanicie a lo mismo!... Y –sin que yo desee en ningún sentido la perpetuación de cuanto no está bien– que no empeore el lobo del hombre en Nueva York!... Esos son mis ruegos de mexicano auténtico que ha vivido por largo tiempo y tiene vivo afecto a esta Babilonia divina e infernal.

## «TENGO EN MÉXICO UN AMIGO... »

Las felicitaciones que de allá vienen —allá, está claro, es México— tienen un valor especial, un calor maternal: nos traen el amor de nuestra niñez, la amistad de nuestra juventud, la solidaridad de la madurez, esto es, el aliento que nos levantó en las horas aciagas y que nos alegró en las felices. Casi no vienen desde fuera, sino desde dentro. Nada tienen de ajenas, son entrañablemente más. Son —en suma— yo mismo. Son lo que somos, cuanto somos, la razón de la vida y la almohada de la muerte y, para los que *creen* —yo no *creo*— de lo que puede seguir tras ella.

En nuestro mundo de hoy la fortuna económica es quizá lo máspreciado. Sin desconocer toda la seguridad y todo el *confort* que compra el dinero, sin ignorar la mala cara de la pobreza y de la miseria, sin dejar de temer la invalidez física y la humillación en que puede desembocar la senda de soledad que es la vejez, nunca me ha tentado tenerlo. Jamás lo busqué, siempre que lo tuve a mi alcance lo hice a un lado, y el poco que llegó a mis manos lo compartí siempre con quienes lo necesitaban más que yo y así sigo haciéndolo. Esto me ha dado más placer sin duda que la difícil tarea de juntarlo —a menudo inescrupulosa, pesada para la conciencia—, que la espantosa de esconderlo y que la inaguantable de convivir con los muchos tontos que lo tienen.

En cuanto al poder, sí desee vivamente alcanzarlo en la juventud, para ponerlo al servicio del pueblo y de la justicia. «... Y un día tendremos la manzana de la discordia para distribuirla bien» es la frase que cerraba, cuando tenía yo veinticuatro años, uno de nuestros gritos de protesta, mi folleto *El problema moral de la juventud mexicana*. Y luego amigo de hombres poderosos de mi patria y de otros países,

he sentido de cerca el olor del mando, y mucho me ha gustado pero no hasta el punto de trastornarme como a algunos seres queridos que no es del caso nombrar. Un buen amigo mío, venezolano –aclaro que no me refiero a Rómulo Gallegos– me decía, hace años: «Realmente qué bueno es tener el poder y qué duro es perderlo», y eso que no fue de los que lo usaron para su beneficio. En este punto sí siento a veces el triste sabor de la frustración, y como en ella no hay nada vergonzante, sino lo contrario, me complazco en declararla. «Cuánto hubiera yo dado hace años por estar ahora en su pellejo. Cuánto le envidio en este momento, a pesar de que el tiempo ya está viejo y de que sé bien las responsabilidades y los escollos que le esperan», le decía yo recientemente a un compatriota ilustre. Pero de esta ocasional desolación me ha consolado siempre comprobar que la vida de quienes han tenido el mando no ha sido más feliz que la mía y que algo menor pero cierto he podido hacer en otros terrenos, que mi mala suerte o mi ineptitud para llegar al poder le ha librado más que a ellos de la adulación y de la mentira, de la ingratitud y la deslealtad, víboras temibles, aunque no de la difamación, de la que también yo conozco –aunque no lleguen la cúspide ni a sus contornos– la baba y el veneno.

Ni dinero ni poder me han hecho falta, en resumen, para vivir contento. Lo que aquél compra puede obtenerse de otras maneras más fáciles y rápidas y no menos lo que el poder da, sobre todo para los que por abolengo y educación desprecian el boato y el lujo, para quienes son más dichosos donde nadie dice su nombre que donde algunos lo mencionan, sin agravio de la verdadera estimación que enaltece y estimula. Y como contrapartida del diablo –repito esta frase que, con derecho, muy a menudo viene a mis labios– porque nunca y en ninguna parte me ha faltado la mayor riqueza del mundo, que es la amistad.

Cuando, por primera vez, leí en mi adolescencia los sencillos versos de José Martí sobre nuestro Manuel Mercado –pronto explicaré por qué cito tan a menudo al gran cubano–, ya sabía el valor de la amistad, devoción de mis padres y de mis abuelos, pero no me daba yo cuenta de su alcance. Hoy siento más su sabiduría:

Tiene el leopardo un abrigo  
en su monte seco y pardo:  
yo tengo más que el leopardo  
porque tengo un buen amigo.

Duerme, como en un juguete,  
la mushma en su cojinete  
de arce del Japón: yo digo:  
«No hay cojín como un amigo.»

Tiene el conde su abolengo,  
tiene su aurora el mendigo,  
tiene ala el ave: ¡yo tengo  
allá en México un amigo!

Y no puedo extenderme a reproducir parte del tratado sobre la amistad que tengo en marcha, ni los artículos que no es el propósito de estas páginas. Lo que intentaba, ya anuncié sobre el fecundo y legítimo amiguismo, porque después de hablar de las buenas y malas felicitaciones de aquí, era conversar sobre las buenas y las malas de México y de nuestros países del Sur. Pero el exordio sobre la amistad se llevó ya el espacio de una colaboración, por lo que queda para la semana próxima el que iba a ir hoy. «Y ¿quién es su Manuel Mercado?», me dirá el curioso impertinente. «Tan fieles y tan buenos... Se llaman, a secas, México», le contesto. Y pronto le diré más.

## ¿QUIÉN ES EL RICO, QUIÉN ES EL POBRE?

«Sólo a ti se te puede ocurrir meterte a clasificar las felicitaciones de Navidad y Año Nuevo... Y con todo el quehacer que tienes encima...», me dice una voz siempre cercana. Y en mis adentros le contesto: «No, no sólo a mí: para hacerlo se necesitan, solamente, dos circunstancias: vivir en destierro –aunque, como en mi caso, sea voluntario y aun en tantos aspectos placentero– y, además, ser de la profesión de los que ordenan todo, esto es, ser profesor universitario y, a pesar de que me caiga mal la palabreja, *scholar*, más o menos *scholar*.»

«Un hombre en el extranjero –decía mi querido amigo José Martí– es como un árbol en la mar.» Cierto: las olas baten el tronco, las ramas desafían el viento, y todo el árbol tiene miedo de que sus frutos y sus flores, lozanos en medio del agua salobre, producidos con tanto esfuerzo lejos de su manantial, se pierdan para siempre. Esa es la explicación de que en las meditaciones del desterrado brillen siempre, más encendidas que para los demás mortales, la luz de la patria y la luz de la amistad. Forman el primer rimero las felicitaciones familiares, casi todas de la capital de México, una de los hermanos de Monterrey, otra de los sobrinos de Nueva Orleans, otra de los de Bruselas. .. Entre las de la capital, sólo hay dos de mi familia de sangre: una, de Angélica María, la linda y encantadora actriz, mi sobrina –por Paullad– y mi sobrina nieta –por Foucher–; y otra que me trae también, en otro precioso retrato, la apostura del hijo y la belleza de las tres hijas de mi primo hermano Manuel Marín Foucher, el ya afamado psiquiatra y de su esposa norteamericana Jane, uno de los más hondos afectos de nuestro corazón. ¿Por qué, por qué ninguna de Tabasco ni de Campeche, por qué tan pocas del Distrito Federal?... Porque en mis dos provincias sólo viví hasta los once años, porque mis

conterráneos son menos dados a la vida social que los defeños. El costeño vive a gusto, *à son aise*, cómodamente, sin echarse encima la tarea de felicitar en las fiestas de consagrar, en los santos, en los cumpleaños, en los casamientos, que son deberes imperativos para el capitalino. Un día escribiré sobre las diferencias psicológicas de las dos regiones, y se verá cómo no invento ni generalizo.

Sigue otro montón con las felicitaciones de amigos tan íntimos que casi son parientes, a veces más que algunos de sangre. Allí sí está Tabasco representado por los recuerdos de Charo Gutiérrez Eskildsen, de Federico Jiménez Paoli y de Leonel Perezniето, mis amigos desde que abrí los ojos en la calle de Lerdo: por Luis Bobadilla, algo mayor que yo: por Lite Salazar, hijo de mi fraternal amigo Lincoln, muerto hace seis años. Y Campeche por los de Carlos Gual y Eduardo Perera Castillo, compañero queridísimo de lides periodísticas y mundanas cuando salía yo de la adolescencia. Y allí están los parabienes de los íntimos de la capital, de Mazatlán –los Rivera Soto–, de Chalmita –los Montes de Oca–, de Huatusco –los Avendaño–, de Veracruz –los Acosta–, de San Luis –los Rodríguez Cabo–, de Colima –los Solórzano–, de Monterrey –Chucho González Posada y su esposa tabasqueña–, de Taxquillo –los Guerrero–, de Aguascalientes –los Durón–, de Oaxaca –los Suárez Torres–, de Chiapas –los Trinidad López–, de Sonora –Herminio Ahumada, Leopoldo Urrea y sus familias–, de tantos fieles amigos de Jalisco, de Michoacán, de Chihuahua, de Coahuila, de Tamaulipas, del Bajío, de todas partes. De la capital de México vienen abrazos de todas las épocas, desde los del colegio doctor Hugo Topf y la preparatoria hasta los más recientes: es imposible enumerarlos.

Nueva York tiene muchos apartados: primero están los mexicanos con los que colaboro y he colaborado en el pasado, empezando por nuestro excelente cónsul general Eugenio Pesqueira: por la viuda de aquel chihuahuense noble y talentoso, tan olvidado, que fue Alberto Rembao; por la familia, que lo es nuestra, de Emilio Delgado el puertorriqueño, –Teresa, su viuda, madrileña de alma blanca, es nuestra hermana–; por la de José Miguel Bejarano, hijos ejemplares en su condición de neoyorquinos valiosos y triunfantes, nunca olvidadizos de México: y por los amigos de las sociedades mexicanas, tan leales y tiernos a toda hora: Ber-

nabé Nava, minero y villista, de Durango; Edmundo Espíndola, impresor y zapatista, de Yucatán; Salvador Sánchez, maestro y revolucionario de Tenosique; Moisés Hernández, tipógrafo y defensor de causas justas, de Aguascalientes; Mercedes Gómez, de Michoacán, viuda de nuestro entrañable Julián, muerto hace tres años, obrero metalúrgico de Zacatecas, y, en este tenor, siguen los amigos más íntimo, de todos los credos, de todas las razas, de todas las profesiones: Harmon L. Mudd, descendiente de Lincoln, profesor de economía, hoy retirado, del oeste anglosajón; Ana Kane Nadier, joyera, neoyorquina típica; y tantos, tantos más.

«Tengo en México un amigo», dijo Martí. Lo tengo también en Caracas, en La Habana, en París, en Vigo, en Málaga. Y antes de acabar la comenzada revisión de los recuerdos que vinieron por Navidad y Año Nuevo, puedo preguntarme: ¿Quiénes son los ricos? ¿Quiénes son los pobres? ¿Los que juntan y cuentan dólares o los que cuentan y juntan afectos?

## MÁS RECuento DEL CARiÑO

Vuelvo al alegre recuento de los regalos postales recibidos. Grupo queridísimo es el que forman los de Hispanoamérica: Raúl Leoni y Ricardo Montilla, de Caracas; Miguel Canals, de Arecibo –esta vieja amistad puertorriqueña la abrieron mis padres en Tabasco, en 1898, cuando emigró allí esa noble familia, y permanece viva setenta años después–; Juanito Ríos y Luis Alberto Sánchez, de Lima; Otilia García Rivero de Lazcano Rengifo, de Pamplona –en cuya casa vivimos en el Madrid de 1934–; Sofía Novoa, hoy en Vigo, ayer en Nueva York y en Poughkeepsie; Anselmo Carretero, de Soria, y Juan Rejano, de Montilla, los dos desde la guerra, hoy de México; Bernabé Fernández Canivell, de Málaga; Marcelle Hillaireau y su esposo Henri, de París, de la Porte d’Orleans, y de Houeteville, en la Normandía; Tony Wilson, australiano, y su esposa mexicana Romelia, hoy en la Argentina; Luis Simó, de Santo Domingo; Antonio Sacoto, cuencano, del Ecuador, ayer mi alumno, hoy uno de mis más cercanos amigos de Nueva York. Y si las tumbas hablaran ¿cuántas cartas vendrían de todos los rincones de España, de no pocos de América?... Un día haré el doloroso repaso de mis cementerios.

Sigue otro apartado de felicitaciones de funcionarios públicos y diplomáticos de México. Pero aunque entre ellas hay no pocas de amigos cercanos de mi familia y de la de mi esposa, es de elemental discreción dejarlo cerrado: la mención de nombres podría parecer todo a los mal pensados, pero no verdadera amistad.

Entre estas felicitaciones hay obras de arte. Algunas son reproducción de obras famosas, otras de joyas valiosísimas por raras y desconocidas. Da pena, ciertamente, no poder conservar todas estas colecciones, no sólo por ese valor, sino porque son un testimonio del mundo de hoy. Re-

cuerdo que Pablo Neruda coleccionaba, en París, las más ingenuas postales de amor y, de México, antes de haber vivido allí, ya tenía maravillas. ¿Pero dónde las guardo yo? Mi apartamento neoyorquino, en barrio barato, no de lujo, es más grande que los del Este; pero ya no caben las que se empeña en conservar mi mujer. Montañas tendríamos si hubiéramos conservado todas las llegadas después de mi reingreso a la Universidad de Columbia, en 1955: no cabrían aquí, ni van a caber en nuestra casita de México, ni en la de mi hermana; En estas ciudades amontonadas, en estos tiempos presurosos, hay que aprender a romper, hay que saber vivir sin la impedimenta de libros y papeles.

Pero lo que más vale en estas felicitaciones es el recado de amistad que traen, el vivo recuerdo del pasado a que cada una nos lleva. Tres palabras valen a veces más que una larga carta, sin que no me entusiasme que ésta venga como añadido dentro de la felicitación. Y ya en ánimo de decir lo que se siente y se prefiere, sí me atrevo a sugerir a todo el mundo que nunca lo haga en simple forma impresa. «Fulano y Fulana de tal le desean a usted una Feliz Navidad y un próspero Año Nuevo», a secas, sin una palabra, sin una despedida, sin un voto, sin un augurio, sin un diminutivo, sin un abrazo, sin un beso, sin una nota manuscrita, sin ni siquiera la firma, es muy poca cosa, aunque al ponerla en el correo el amor haya sido caudaloso. Claro está que peor es nada, y que hay gente atreadísima a la que hemos de agradecerle que nos haya puesto en su lista.

Porque, inevitablemente, entran las dudas. ¿No será un error de la secretaria, un olvido de haber dejado en la lista nuestro nombre? En cierta ocasión recibí una felicitación así, árida y mecánica, de alguien que dejó de ser mi amigo cuando creyó que le convenía; pero, siempre deseoso del bien aun cuando me tope de narices con el mal, le escribí una notita dándole las gracias. Al año siguiente no me felicitó: era su secretaria la que por descuido o acaso por bondad, me felicitaba, no él. Fue como cuando el secretario de cierto negociante extranjero –que dice que ama a nuestro país porque ha ordeñado sus riquezas a dos manos– me dejó invitación rumbosamente escrita para comer con su jefe y con otros amigotes de igual fuste, poco después de que yo me opuse a una de sus trácalas. Contesté negativamente por correo, pero mi carta se cruzó con una del secretario diciéndome que se posponía

el banquete.

Sí, la felicitación debe ser espontánea y sincera, cordial y efusiva, o es mejor no hacerla. Yo puedo decir que jamás he felicitado a nadie, en ninguna ocasión –ni por año nuevo, ni por aniversario, ni por triunfo intelectual o político– cuando no lo estimo, cuando no deseo su bien, cuando no me alegra su victoria. A un alto funcionario que me preguntaba mi opinión sobre otra persona que no me gusta, le dije con ánimo de no hacer demasiado daño al ausente y, a la vez, con el de no mentir: «No creo que viva con el corazón en la mano...» Me contestó: «Hombre, claro que no. Pero ¿hay todavía, aquí, quien así viva? Le precisé: «No se trata de todavía ni de aquí: el bien nunca ha abundado en el mundo en ninguna parte... Pero existe, y la manera de que así sea está en que nos empeñemos en ejercerlo. No, no todo está podrido en Dinamarca.»

Ya se ve cómo el tema de las felicitaciones, aparentemente trivial, no lo es para quien siente en ellas un aliento para la dicha y para la virtud.

## YO SOY INDIO

Estoy acostumbrado al asombro que produce esta frase –«Yo soy indio»– porque la vengo repitiendo desde hace muchos años, desde mi juventud. Pero no sólo asombro: también risas, o sonrisas, o murmullos, o bisbiseos, o preguntas capciosas, o negaciones tajantes, o imprecaciones condenatorias.

Ciertamente, ni mi piel, ni mis facciones, ni mi pelo –o, más bien, lo poco que de él me queda– parecen de indio, de mis indios de México. Soy blanco, tirando a rojo en las mejillas: «el niño del talco Mennen», me llamaba aquella bellísima mujer que fue María Amescua, tía de mi esposa; la cabellera fue castaño oscura y muy ondulada; «chino», me decían muchos en México, y «*le frisé*», ante mi masculina indignación, en el París estudiantil; los ojos, entre verdes y cafés, con ese color cambiante al que se llama aceitunado; y los trazos de la cara –cejas, nariz, boca– también europeos... Pero yo encuentro prueba de mi mestizaje en los ojos ligeramente oblicuos; en la mandíbula superior, algo saliente: cuando era yo más de hueso que de carne –no ahora, ¡helas! en que soy más de carne que de hueso– don Manuel Gamio aceptó mis tangencias indígenas y, antes, Gabriela Mistral reconoció, regocijada, que tenía yo «perfil de coyotito»; en la barba escasa y fácil de rasurar, sin púas, ni remolinos, ni peligro de descañonamientos; en las manos y en los pies pequeños, hasta el punto de que en el Barrio Latino tenía yo que surtirme en las tiendas anamitas; y las líneas del cuerpo –decía una amiga mía, andaluza– muy parecidas a las de Lorenzo Garza, que entonces toreaba en Madrid. En suma: físicamente parezco europeo; pero también están a la vista, para quien mira sin prejuicios, huellas indígenas.

Cierto también es que en España siempre me creyeron español –mientras callaba, claro está, porque nunca abandoné, ni en la vida íntima ni en la pública, mi fonética ni mi inflexión mexicanas–, francés, en Francia; inglés, en Inglaterra; flamenco, en Holanda y Bélgica; alemán, en Alemania... Cosa curiosa, lo que más les parezco a europeos y a norteamericanos, es alemán, cuyo idioma no conozco y cuya tierra sólo he visto de paso... Pero también es frecuente que me crean eslavo –sobre todo polaco y ruso–, lo que indica que se me asoma un mestizaje parecido al mexicano.

«Usted qué va a ser indio», me decían siempre en España, sorprendidos y a veces molestos de que no me considerara yo español. El mismo don Federico de Onís, que tanto quiso a México, mi buen amigo de siempre, intentó convencerme de que nada tenía yo de indio y alguna vez escribió sobre «el parentesco racial maya que Iduarte siente, aunque descendía de vascos y franceses». «¿Y por qué quiere usted ser indio –me dijo alguna gente intonsa– si tiene la fortuna de parecer español?»... «¿Que usted es mexicano? Ca, hombre, ca... En todo caso, lo será de primera generación...», me dijo alguien hace unos días, a lo que le contesté: «No, señor, de muchas generaciones, de tantas como Cuauhtémoc.»

En suma: no parezco indio a primera vista; pero me siento indio porque quiero serlo, porque me da la gana de serlo. Alguna vez, hablando de don Justo Sierra, cité su preciosa frase: «Soy de pura sangre plebeya, como lo somos todos los mexicanos que ignoramos quiénes fueron nuestros tatarabuelos y tenemos por ancestro un gran abuelo anónimo, el pueblo»; y apunté: «Tenía el mejor mestizaje, el de querer ser mestizo en patria de mestizos.» Y esta actitud no viene del aire, sino que se nutre con muy hondas raíces en muy buena tierra: «Yo también soy indio», les dijo don José de San Martín a los araucanos, en 1816, «lo que –dice Henríquez Ureña– literalmente no era cierto». Quiso decir –puntualiza don Pedro– que estaba con las causas de América y de la justicia, encarnadas en el indio encadenado. En cuanto a Bolívar, aunque haya criticado la aparición de Huayna Capac en el poema de Olmedo, es un hecho que se sentía también –como Miranda, como Hidalgo, como Morelos– otro reivindicador de su causa. Y aún más claramente lo pre-

dicó José Martí, hijo de españoles, él sí hispanoamericano de primera generación: «... ¿Qué importa que vengamos de padres de sangre mora y cutis blanco? El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira. Se viene de padres de Valencia y madres de Canarias, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni...» y en otra ocasión: «Ni de Rousseau, ni de Washington viene nuestra América, sino de sí misma.» Y en Benito Juárez halló, como tiene que hallarlo todo hispanoamericano verdadero, «al guardián impenetrable de América», así como divulgó la firma de Altamirano en su carta al puertorriqueño Betances: «Indio, americano y demócrata.»

¿Entienden ahora, los que no me entendían, lo que quiere decir «yo soy indio»?... Quiere decir: Amo las viejas civilizaciones en cuyo seno nací. Quiero al indio por la maravilla de sus artes, por el milagro de su dulzura, por su heroísmo ante el atropello de ayer y por su entereza ante la infamia de siglos. Odio, en su nombre y en el de todos los allanados en su propia casa, todas las guerras de conquista. Y soy parte suya, carne suya, sangre suya, alma suya porque su delicadeza y su valentía –que en Tabasco, en Campeche y en Yucatán acariciaron mi infancia, que en el Anáhuac templaron mi vida– han presidido siempre mi fe en la justicia y mi fervor por la causa del pueblo.

## SÍ, SOY INDIO

De Veracruz y de nuestra capital me acaban de llegar, casi el mismo día, dos cartas que he leído varias veces con ternura y en voz alta, para saborear mejor su audible fonética tabasqueña y su inconfundible inflexión campechana: la fecha en que fueron escritas muestra una elocuente coincidencia, que nunca supuse en dos parientes míos de ramas distintas, uno por la paterna, el otro por la materna. «¿Por qué dices que eres indio, de dónde sacas que puedes ser indio?», me dice el primero; «no somos mayas ni nadie lo ha sido entre nuestros antepasados, y aquí te va la lista de ellos», me dice el segundo. Y, en respuesta a la cita que hice de las preciosas palabras de don Justo Sierra («soy de pura sangre plebeya, como lo somos todos los mexicanos que ignoramos quiénes fueron nuestros tatarabuelos y tenemos por ancestro a un gran abuelo común, el pueblo»), los dos me reprochan que yo le llame a mi árbol genealógico «un arbustito melancólico, lleno de podaduras y de costurones» y me demuestran que es una encina vascuence, un roble británico y una ceiba americana.

En la juventud, todos creemos que podemos convencer de algo a los demás; en la madurez, ya no tanto, aunque sigamos intentándolo; pero cuando hemos doblado el Cabo de la Buena Esperanza –me refiero a mis sesenta y cuatro mayos– sabemos que son muy pocos quienes leen y escuchan con atención lo que no creen, lo que no embona exactamente con sus creencias, con sus costumbres, con sus manías. «Yo no discuto nunca –dicen que decía mi admirado Martí– porque no tengo la soberbia de pensar que puedo cambiar en media hora una opinión que alguien ha tenido durante toda su vida, ni tampoco la modestia de que puedo renunciar en un momento a la que me ha acompañado siempre.»

Pero, por carta y a distancia, y tratándose de dos personas de mi sangre y de mi cariño, no quiero dejar sin mención lo que en esas cartas me dicen, lo que no se diferencia tanto y en nada se opone a lo que yo pienso.

Lo que dije en mi reciente artículo «Yo soy indio», lo que he dicho siempre en periódicos y libros, no se reduce a las frases que mis queridos corresponsales me citan textual pero aisladamente, sino que, en su cantidad y en su sentido, alcanza y abarca mucho más. Mi pensamiento no es tan blanco ni tan negro como ellos lo ven, ni es tan mondo y lirondo como lo leyeron sus ojos y lo escucharon sus oídos. Siempre ha ido acompañado de frases explicativas, de consideraciones definitorias, de necesarias precisiones, aun en ese artículo. Y si lo releen, y si repasan otras páginas mías, por ejemplo las de *Un niño en la Revolución mexicana* y las de *El mundo sonriente*, así lo verán.

En «Yo soy indio» empecé recordando el asombro que siempre ha producido esa frase en Europa y en los Estados Unidos; expliqué mi empeño de serlo, y conté mi alegría cuando lo admitieron don Manuel Gamio y Gabriela Mistral, porque creo que en tierra de mestizos hay que tener el mejor mestizaje, que es el de querer serlo; y puntalicé finalmente: «Amo a las viejas civilizaciones en cuyo seno nací. Quiero al indio por la maravilla de sus artes, por el milagro de su dulzura, por su heroísmo ante el atropello de ayer y por su entereza ante la infamia de siglos. Odio, en su nombre y en el de todos los allanados en su propia casa, todas las guerras de conquista. Y soy parte suya, carne suya, sangre suya, alma suya, porque su delicadeza acarició mi niñez en Tabasco, en Campeche y en Yucatán; porque su valentía templó mi juventud en el Anáhuac; porque ellas han presidido, siempre, mi fe en la justicia y mi fervor por la causa del pueblo».

Creo, realmente, que más claro no canta un gallo; pero, para agrado de mis primos, repetiré aquí uno de mis quiquiriquis de otro trabajo mío.

En mi ensayo «Cortés y Cuauhtémoc: hispanismo, indigenismo» (que está en mi libro *Pláticas hispanoamericanas*, editado por el Fondo de Cultura, en 1951, y en el de José Luis Martínez, *El ensayo hispanoamericano moderno*, publicado en 1958 por la misma editorial), dije, entre otras muchas cosas que querría yo que ellos leyeran: «... El indi-

genismo y la indolatría de tipo racista no tienen justificación; pero hay un indigenismo social –la justicia para el explotado, la reivindicación del discriminado– que no puede dejar de ocupar todo pecho noble. El que en México niega al indio en nombre de prejuicios raciales y señala, como inherentes a la raza indígena, incapacidades y taras, inconsciente o mañosamente está hablando contra el desheredado y el oprimido, y abogando por la continuación del crimen y del privilegio» y vuelvo a mis autoridades. Ya recordé que el Libertador Bolívar se sentía –como Hidalgo, como Morelos, como Miranda– otro reivindicador de la causa del indio; que el libertador argentino, don José de San Martín, dijo en 1816 a los araucanos: «Yo también soy indio»; que el libertador cubano, José Martí, dijo que «sentía correr por sus venas la sangre enardecida de los valientes caracas» y cuánto lo conmovía la significativa firma de Altamirano: «indio, americano y demócrata». Indios de raza como nuestro gran tribuno, o blancos o mestizos como nuestros independizadores, así queremos firmar todos los hispanoamericanos que lo somos de verdad y «sentimos con entrañas de nación y de humanidad». Así como ellos, hubieran querido firmar nuestro abuelo rubio y de ojos azules, nuestro abuelo pelirrojo de ojos verdes, nuestro abuelo castaño de ojos cafés, y todos aquellos de los que no sé el nombre pero de los que siento el latido –como mis primos lo sienten– en lo mejor de nuestra sangre.

No me equivoqué, no me equivoco: sí, soy indio.

## HECHOS CONCRETOS, NO DEMAGÓGICAS PALABRAS

En reciente artículo me referí, de paso, a una carta que por correo aéreo y certificado, más entrega inmediata, me llegó de México con esta pregunta: «¿Cómo se explica que usted, tan jacobino, vea con buenos ojos la celebración de la Nochebuena y la veneración por el Niño Jesús?...» Y allí le dije al discrepante lector que no le contestaba enseguida porque poco antes había yo hablado, en esta misma página, de las fuentes ideológicas de mi familia: «sólo quiero anticiparle –escribí– que ‘lo cortés no quita lo valiente’, que puede serse librepensador y estimar la poesía y el valor moral de una fecha religiosa, sea cristiana, judía, mahometana o budista...» Precisamente en ese artículo, dije: «De convicción anticlerical, pero sin barbarie, y de vida irreligiosa, pero con respeto para todas las creencias, nací y crecí fuera de la Iglesia... Y como esa explicación no bastó, la ampliaré con mucho gusto, tanto por satisfacer a quien tan cordialmente me lee y me escribe, como porque me place precisar mis orígenes anticlericales, en ningún momento demagógicos, y definir mi posición laica, nunca de *comecuras*, firme y clara pero jamás furibunda. Mis antepasados la aprendieron en nuestros ilustres próceres de la Reforma, y era y sigue siendo la auténtica de nuestra Revolución Mexicana de 1910»... Ahora, de acuerdo con lo ofrecido, entro en materia.

Soy nieto de un liberal jacobino de Tabasco, el poeta Manuel Foucher, que en 1882 fue asesinado, cuando era gobernador del Estado, por los latifundistas y los clericales a quienes había combatido; y soy hijo de un profesor de filosofía positivista, el licenciado Andrés Iduarte, presidente del Tribunal Supremo de Tabasco, fallecido en la ciudad de México, en 1922, cuando era Magistrado del Tribunal Superior. Las dos herencias explican por qué nací y crecí fuera de la Iglesia.

Mis padres se casaron en San Juan Bautista, en 1899, sólo por lo civil: mi padre, de credo positivista, masón entonces militante, no quiso acudir a la Iglesia; y mi abuela materna, doña Matilde Paullada Molina, viuda de Foucher, no tuvo inconveniente en que así fundara su hogar la menor de edad: se explica, también porque mi abuelita era hija del ilustre juarista de Campeche, don Esteban Paullada. El hecho, por otra parte, no fue inusitado en el Tabasco «bronco y liberal», como certeramente lo calificó, en 1875, el joven cubano José Martí, apenas llegado a México.

Tanto la familia Iduarte, de Teapa; la familia Foucher, de San Juan Baustista; la familia Paullada, de Ciudad del Carmen y Campeche, eran de hueso más o menos colorado, y digo *más o menos* porque, naturalmente, hay grados y matices: mi abuelo paterno, don Eulalio Iduarte, no era creyente, pero sí su esposa, doña Salomé Alfaro y Figueroa: por su empeño, mi padre tuvo que ser monaguillo; por su voluntad, nos rodearon en casa el Sagrado Corazón, la Virgen y el Santo Niño de Atocha; por deseo suyo, fue bautizada mi hermana mayor. Como por entonces murió mi abuela, no lo fuimos ni mis otras dos hermanas, ni yo. Pero ellas sí, años más tarde, ya adolescentes, tras la muerte de mi padre: nuestra venerada amiga Lolita Pellicer Casasús las llevó de la mano a la pila bautismal de la Basílica de Guadalupe. Yo, que tenía quince, no quise ir. La primera iglesia que visité en mi vida, a los diez años, fue la de Esquipulas de Villahermosa, el día del bautizo de uno de los hijos de mi primo Manuel Tellaeché. Nunca asistimos ninguno de los cuatro niños a ninguna escuela religiosa. Mi primer año de primaria lo cursé en San Juan Bautista, en el colegio particular, laico, del profesor Del Ángel Cortés, y el cuarto en la Escuela Superior, pública; el segundo y el tercero en Laguna del Carmen, en la escuela de don Juan Bautista Caldera, también oficial; el quinto en el Colegio doctor Hugo Topf, de la colonia Santa María de la ciudad de México, que dirigía el educador veracruzano don Joaquín Balcárcel, cofrade de mi padre; y el sexto en el Colegio Mexicano de la plaza de Miravalle, también dirigido por don Joaquín. Cuando mi madre y yo llegamos a la ciudad de México en 1919, con mi hermana mayor ya en los umbrales de la muerte, un pariente distraído quiso inscribirme en el Colegio de Regina: objetamos mi madre y yo, mi padre lo prohibió desde Tabasco, y entré en el Hugo Topf. Al único sacerdote a

quien le he besado la mano en mi vida fue a don Leonardo Castellanos, el verdaderamente santo Obispo de Tabasco, muy amigo de mi padre, que a menudo visitaba mi casa. La primera vez que lo vi, no sabiendo qué hacer, miré a mi papá: «a don Leonardo, sí», me dijo. En la muerte de mis seres más queridos no ha habido ninguna intervención eclesiástica, pero nuestro corazón agradecido ha visto rezar a nuestros amigos devotos en la casa, en la funeraria, en el cementerio...

Mi discrepante lector se dará ahora cuenta de la objetiva fidelidad de mis palabras: nací y crecí fuera de la Iglesia. Y así vivo, junto con mi esposa, que piensa como yo pienso. No hay, pues, en lo que digo, elaboración de ninguna especie. Ni hay jactancia, ni insolencia, ni desafío, ni complacencia, ni regodeo, ni prédica: no, no los hay, en absoluto. No hay más que hechos, un hecho.

## TRISTEZA FILOSÓFICA Y ALEGRÍA VITAL

« Te ves triste. . . En lo que escribes se ve, se siente una gran tristeza»,  
« me dice por teléfono la misma voz familiar. Y, con fraternal inquietud, sospecha que pueden pesar sobre mí torcedores íntimos.

Pero, ¡por Dios!, ¿quién que es no está triste en nuestra época?... Sí, como todo ser sensible y consciente, padezco de tristeza, de tristeza filosófica... Tenemos que estar tristes quienes vivimos esta espantosa hora del mundo, tanto como los que vivieron en las épocas peores de la humanidad; tenemos que estar tristes los de mi generación, quizá más que los de cualquier otra porque soñamos mucho en la juventud y porque al despertar de la madurez nos encontramos con una realidad muy cruel, muy pobre, muy exigua. Se echa la vista por la redondez de la tierra y se ve a la libertad encadenada al crimen político enseñoreado, a la virtud escarnecida, a los falsos valores encima de los auténticos, a la bondad indecisa o cobarde, a la maldad como carta de naturaleza del hombre... Siempre ha sido así, claro está miligramos más miligramos menos: pero no es patetismo, sino objetividad indiscutible, decir que ya estamos en Sodoma y Gomorra y que el diluvio se acerca. Vibra la voz de los profetas, suenan los cascos del caballo de Atila y el hombre puro sigue crucificado, con los pies horadados y las manos rotas. Las más bárbaras guerras de conquista afligen a los pueblos, la rapiña es la ley en las finanzas y en la política, la sordidez y la avaricia imperan aún en los países donde la generosidad sobrevivió más tiempo, el sangriento ojo y la sangrante garra del tigre de dientes de sable del cainozoico mandan como en la selva, en la calle... ¿Quién puede estar alegre, así?... Cierto es que el avance de la ciencia, las conquistas de la medicina, el apagamiento de seculares prejuicios y, en el caso de México, por fortuna, la inalterable defensa del derecho

de gentes y el chorro de sangre joven incorporado hoy al gobierno, son síntomas de un mundo mejor, en pie de lucha; pero ni un sordo puede desoír, ni un ciego dejar de ver, que es más poderoso el mal que el bien, que nuestro tiempo cabe plenamente en la clasificación de apocalíptico. Y aquí vuelvo a decirle a mi prima ¿quién que es, no está triste?...

Lo que no quiere decir que nos golpeemos el pecho de día y de noche ni que nos rompamos el cráneo en el muro de las lamentaciones. Si alguien tiene alegría en el trabajo y en el descanso, soy yo. Nunca escribo nada en donde no haya una sonrisa, una broma, una salida de tono, una ocurrencia de buen humor, y es público que en mis clases y seminarios la risa asoma a menudo a mis labios y a los de mis alumnos. En cuanto a folklore mexicano, español, hispanoamericano, francés –y aun de países más remotos– ¡nadie me pone el pie adelante!... «Los corridos de la Revolución me han dado su agridulce para acompañar mi ausencia de la patria, para llevarla siempre cosida a las entrañas, a toda hora presente. Mi grande, admitida e irremediable desgracia ha sido mi tremendo oído de madera, que me lleva a deformar todos los ritmos, que me ha impedido cultivar el amor de la guitarra en la que fueron pueblerinamente famosos mis abuelos teapanecos. Pero, a pesar de eso, canto, o hago ruidos que lo parecen y me hacen feliz y, en la reserva más íntima de mi casa, mi afición a la danza popular –jarabes, huapangos, zapateados, jotas, sardanas; muiñeiras– me dan alegría y salud, aunque mí reducido público lamente, tanto como yo, que nunca se sepa lo que estoy bailando. ¿Conoce mi prima a alguien más alegre, menos melancólico, más en la vida?...

Cuando contaba yo unos trece años, en mi añorada colonia Roma de entonces, en nuestras mismas calles de México vivían mis primos Paullada Escalante, hijos de mis tíos Pepe y María. Juanito, unos seis años menor que yo, era un niño dulce y cabezón que decía cosas divertidas y extrañas, como de sueño, como de fantasía vanguardista. Murió hace poco tiempo, cuando era ya brillante psiquiatra. Entre sus gracias infantiles tenía la de definir en pocas palabras el carácter de sus parientes. «¿En qué piensas cuando entra a tu casa tu tío Andrés lduarte?...», le preguntó su mamá un día. Y contestó: «En unas canicas saltando...» Sí, así era mi padre, eso fue en el torbellino de la Revolución, en nuestro peregrinaje por el sureste, aun en sus altos cargos del Tribunal Superior

y de la Suprema Corte... Ahora se venden por aquí, como decoración ciertamente coruscante, unos arbolillos de alambres, de cuya punta, a modo de cerezas y de capulines, penden canicas multicolores. Se les junta con la mano, para soltarlas de pronto, y brincan y bailan de lo lindo. Y yo pienso cada vez que las toco y que las oigo en el carácter de mi padre y en el acierto de Juanito Paullada. Yo no soy tan constantemente alegre como mi padre porque por el lado Foucher me estorba –y, sobre todo, me estorbó– una mala tendencia a la cavilación; pero en mi plática, en mi trabajo, en mi vida diaria, tengo mucho de canicas saltando. De triste, nada. Todos los que me conocen lo saben.

De mi vida académica, hay mucho que contar. Tendrá no sólo interés para mi prima, preocupada por mi felicidad, sino también para los demás, porque alude a Nueva York y a la hoy cambiante atmósfera estudiantil en los Estados Unidos. Será en otra ocasión. Ahora, habida cuenta de todo lo dicho y por decir, puedo asegurarle a mi prima que en ningún sentido me siento infeliz, sino lo más feliz que un hombre puede sentirse en este tremebundo valle de lágrimas adonde nos trajeron. Tristeza filosófica y alegría vital resumen, en cinco palabras, lo que soy, lo que pienso y lo que siento.

## BIEN Y MAL DEL CARIÑO

Nada de lo dicho sobre la vigencia del pasado, en general, y del mío, en particular, me incluye en el necio grupo que cree que todo tiempo pasado fue mejor. Sí quise decir que mi niñez y mi adolescencia fueron más felices que mi juventud y que mi madurez –como ocurre a la mayoría de los mortales–, y también quise decir, claro está, que todos hablamos de ellas con una delectación que nadie pone en esta temible edad que a paso redoblado se encamina al «arrabal de senectud» de Jorge Manrique.

Por otra parte, para escribir con autoridad del presente de México necesitaríamos pisar su suelo, respirar, su aire, vivir su vida diaria y, en suma, estar con las manos en la masa. La distancia impone a cuanto aquí escribimos un tierno tono de evocación y un visible temor de no estar bien informados de cuanto allá acontece. De la actualidad no puede escribirse cuando no se está en ella, aunque tratemos de remediar las telarañas de la ausencia con la lectura de su prensa, con la plática familiar telefónica, con la constante correspondencia, con la frecuente conversación de quienes por Nueva York pasan y, sobre todo, con nuestra visita a la patria cada vez que podemos, contra viento y marea, a como dé lugar. Y precisamente por nuestros viajes nos enteramos de todos los detalles que ignorábamos, de cuanto ocurrió y no supimos; precisamente de menudencias está hecha la realidad diaria, la palpitación nacional.

Cierto es que al buen entendedor pocas palabras le bastan y, sobre todo, al oído, al tacto, al olfato, a la vista y al paladar de quien está hecho a la intimidad de lo propio. Cada vez que Graciela y yo vamos a México nos traemos el morral lleno de sorpresas, y al día siguiente ponemos ante los ojos de amigos y estudiantes cuanto en ellos puede fortalecer el cariño

y el aprecio por lo nuestro. En mi agenda anual apunto desde hace muchos años –concretamente: desde 1933–, además del hecho diario, cuanto leo sobre México o veo en México, los cuentos, los chistes, los modismos; y como ya he puesto mucho de su material en limpio, puedo asegurar que apenas disponga de tiempo formaré una buena antología de lo mexicano y sobre lo mexicano.

Pero a pesar de estar inmerso, así, en mi país, mucho más que en la ciudad donde vivo, me resisto a escribir sobre su realidad cotidiana, sin que esto quiera decir que no me sienta autorizado a hacerla tan pronto recojo, en una o dos semanas, su sol y su amor. Mi mexicanismo se pone tan al día, en un día, como el de muchos que gozan de sus laureles y de su dicha, que en la propia tierra viven en rutina y en nirvana. Es mejor yunque el largo destierro. Tengo la satisfacción de que quienes a Nueva York vienen de México, abren la boca ante las intimidades que de nuestra vida me sé. Sólo que tan consoladora alegría no me lleva a creer, nunca, que sé de México tanto como los que viven en su sangre, en su jugo, en su tinta, ni a la audacia de pontificar doctoralmente sobre todo lo que conozco, más o menos bien, de lejos. Y eso explica que me calle sobre lo que quisiera hablar, o que muchos de nuestros asuntos los trate sólo por aproximaciones, con los largos y prudentes tentáculos del pulpo enamorado, y que no meta la pluma, ni la cabeza, ni el corazón, en donde pueden cortármelos. Prefiero reservarme para cuando vaya yo a vivir a México, lo que haré tan pronto pueda y en la forma debida, plenamente, para decir cuanto sé y creo de su presente y de su pasado.

¿Entiende mi cariñosa censora por qué no hablo de la actualidad mexicana tanto como ella y yo quisiéramos? ¿Ve ya mi amigo por qué no puedo formular tiernas bendiciones ni contundentes sentencias? Tengo presente que en septiembre del año pasado me decía, en mi casa de México, que mis artículos de la juventud lo estremecían y que los de hoy lo dejan frío. ¿Cree que se puede irradiar calor a tanta distancia y cuando uno se levanta y se acuesta dentro de un refrigerador? ¿Puedo, así, aspirar a encender entusiasmos, a acaudillar emociones? ¿No sería ridículo que alzara yo el hisopo, o enarbolará la espalda para santificar o tajar y zajar, a dos mil millas de distancia?... Y esto no quiere decir, aun menos, que no cumpla mi deber de hombre, porque, dentro de mis circunstancias, lo

cumplo, para bien de mi patria, sin bendecir ni maldecir nunca. Y claro es que quisiera yo complacer a cuantos me quieren, y para decírselo escribo este recado. Además, en mi justo derecho, les diré, de rebote, cuáles son mis deseos. Me gusta que me digan lo que de mí piensan y quisieran pensar; agradezco la crítica dulce y amarga, clara o velada, limpia o turbia, y aun el rostro asombrado del compañero que no pone en mis caminos la admiración que otro menos exigente me concede; y cuanta tibia palabra y mala cara que vienen a ser, a la postre, más beneficiosas que el elogio desaforado. Pero les pido que piensen ¿hubieran ellos resistido en el extranjero mi media vida sin desenraizarse como yo, sin haberse desmexicanizado un adarme, como yo? ¿Se han puesto alguna vez en mi pellejo, han hecho el esfuerzo de imaginar la brega en que un hombre vive en tierras extrañas, las intrigas que he sorteado, con mi esposa, «como un árbol en la mar?... » Al fin y al cabo, yo no decreté mi ausencia; y ya más acá de la madurez, camino de la edad que por fea nadie nombra –la vejez–, sigo siendo el joven que siempre vivió su vida noblemente en la patria y fuera de ella, y que así sigue viviéndola. ¿Ponen ustedes el mismo rigor para juzgarse a sí mismos que para juzgarme a mí?...

Y esto no es vanidad: yo no tengo vanidad, pero sí, como todo hijo de vecino, mi corazoncito...

## DE NUEVA ORLEANS A TABASCO

MI abuelo Manuel Foucher y mi abuelita Matilde Paullada tenían ciertas proclividades espiritistas: creo que él mucho más que ella. De niño me inquietaron y –dicho sin ofensa para nadie, sólo como hecho infantil cierto– me divertieron. Tengo la impresión de que mi padre socavaba en nuestro ánimo, con sus comentarios, esas prácticas. Mi tío Carlos Foucher tenía facultades mediumnísticas: tomaba el lápiz, se concentraba y, más o menos en estado de trance, llenaba páginas y páginas. En *Un niño en la Revolución mexicana* conté que los espíritus no dieron prueba de ser buenos informantes de lo que ocurría en Tabasco –estábamos en Laguna del Carmen, en pleno fragor revolucionario– y que don Porfirio era uno de los más evocados.

Precisamente mi tío Carlos –cosa curiosa– era quien menos creía en que los personajes del otro mundo lo trataran con más sencillez que los personajes de éste. Un día vino el alma del doctor Charcot y escribió una receta, para la dolencia de uno de mis primos, que en la farmacia despacharon con admiración. En suma, yo viví inquieto ante el más allá, y mi familia materna con la feliz seguridad de que morir sólo era cambiar de forma y de que en el otro mundo nos iríamos reuniendo, todos, poco a poco y en ella incluyo a los Paullada-Escoffié porque eran, de hecho, hermanos de mi madre: tíos carnales suyos por Paullada, primos hermanos por Escoffié-Foucher, y los más íntimos compañeros de su infancia. En cuanto a los que pasaron a vivir a la capital –mi tío Joaquín, porfirista prominente– no digo lo mismo porque eran Paullada-Palomo: mi bisabuelo don Esteban enviudó tres veces y casó cuatro. La altiplanicie los diversificó antes que a nosotros, igual que a nosotros: todos fuimos haciendo

concesiones al catolicismo reinante, mucho más acendrado que el de Tabasco y Campeche.

Por supuesto que siempre hubo inserciones religiosas en nuestra vida, aun antes de vivir en la capital. Ya he contado que mi padre nos leía en la niñez los Evangelios, no sé de qué Biblia. Cuando mi abuelo expiraba, tras de repeler el ataque de los emboscados en el Puente de Ampudia, «perdónalos, Señor» fue su última frase, cristianamente protectora, de sus asesinos. Cuando, en 1953, murió mi tío Carlos Foucher, en el Sanatorio Gastón Melo, «Cristo» era la palabra que salía de sus labios, pidiendo el crucifijo: siempre ha estado entre las manos de los que se nos van. En *El mundo sonriente* he recordado que el padrenuestro fue nuestra oración de siempre y que mis hermanas y yo la dijimos todas las noches, a solas, nunca en grupo, jamás en público. «Que Dios te haga un santo», «que Dios te haga una santa», era la bendición de mi padre cuando nos íbamos a la cama: yo creía que Dios iba a fabricarme un santo de palo, error del que mi padre me sacó cuando se dio cuenta de tan tremendo materialismo. También he contado que un día le pedí a mi madre que me hablara de «la Virgen de tripa», queriendo decir de la auténtica, de la verdadera, no de la imagen. La ausencia de enseñanza religiosa era culpable de que se nos ocurrieran esas y otras herejías.

Los mismos Foucher de Nueva Orleans se caracterizaron por parecida independencia eclesiástica, aunque con las necesarias concesiones a la Catedral Saint-Louis, en la que nacieron y murieron. Un libro –o varios libros– puedo escribir sobre esas raíces, y lo haré si tengo tiempo, si no me muero antes de la fecha prevista. En París, en Madrid, en La Habana, en Londres he ido reuniendo datos y papeles, desde hace muchos años, y en 1967 entré de lleno en materia cuando pasé en Nueva Orleans tres semanas maravillosas por ese pasado y por su lindo presente. El tema no me interesa ni me ha interesado nunca por tontas vanidades heráldicas, sino en cuanto a la emigración de hombres y de ideas que ocurrió al pasar la Luisiana, en 1803, a poder de los Estados Unidos.

Son muchas las familias, francesas y españolas que tomaron camino de Sisal, de Campeche y de otros puertos del Golfo y el Caribe. Los Foucher, aristócratas, ricos durante la dominación francesa, fueron quizá más influyentes durante la española. Joseph Foucher fue secretario del

Conde de Gálvez, y Pierre se distinguió en la milicia y fundó Nuevo Madrid. Ellos y otros, franceses y criollos, quedaron así incorporados al mundo español, aun más que al francés, por causa de la cercanía y la atracción de nuestro virreinato: en realidad, siempre vivieron y supieron que vivían en su periferia. Y al ocurrir la compra norteamericana de su tierra, optaron por el traslado a la zona, tan parecida a la suya, que estaba directamente hacia el sur: algunos se incorporaron antes de nuestra independencia, otros se pusieron a su servicio, otros llegaron después. Muchos de los apellidos franceses y algunos de los españoles de nuestro sureste tienen ese origen, y no el tan mentado de la piratería, en el que se complacen conterráneos nuestros amantes del machismo, y el que nos enrostran nuestros amigos, chilangos, entre bromas y veras. Ciertamente los corsarios contaron en nuestra vida regional, pero mucho antes, y muchísimo menos que la decisión de no ser llamados *foreigners*, y *frogs*, en su propia tierra, por los recién llegados de otras regiones de lo que hoy son los Estados Unidos. Es probable que también encontremos como causa de esa emigración luisiana un orgulloso y luego quebrantado ímpetu bonapartista.

Lo cierto es que este tema histórico, al que llegué por el camino de las fuentes jacobinas de tabasqueños y campechanos, puede ser estudio capital para entender muchas realidades regionales. No interesa sólo a quienes por alguna rama de esa raíz provenimos.

## DE MI PADRE Y DE LOS SUYOS

Sí, cierto, mi padre era de piel blanca, como me dice uno de los parientes que me han escrito sobre mi artículo «Yo soy indio». En su rostro tostado por el sol del trópico campesino en su niñez, pescador y cazador toda su vida y en su pelo negro y rizado yo quise ver, en mi empeño de no provenir sólo de los amos en tierras de conquista, huellas de nuestras razas vencidas y esclavizadas. Sí, sus facciones eran europeas, más enérgicas que las mías; sus ojos, vivos y ardientes, mucho más que los míos, que salieron dormilones por herencia materna; su bigote fue «de fama» –me contaban mi mamá y mis tías– por lo poblado y hermoso; y la barba, espesa y tupida, dura a la navaja de barbero que manejaba con destreza ante el temor y la curiosidad de los hijas que lo rodeábamos frente el gran espejo del cuarto de mis hermanas. Nacido y crecido en Teapa y ayudante de su padre en las faenas del campo y del taller, estaba mejor musculado que yo: en sus brazos, su pecho y sus piernas, ganaba la escuela del trabajo manual a la de las leyes, que lo ocupó desde la juventud hasta su muerte

En cuanto a los antecedentes familiares que mi pariente me repite, ya he contado que él nunca me dio datos concretos sino que a mis preguntas contestó siempre que sólo los tontos se preocupan por el árbol genealógico y que me bastara con saber que éramos mexicanos por muchas generaciones. Pero claro está que no todos los de nuestro contorno pensaban así. A través de ellos me llegaron dos versiones: la británica –irlandesa, escocesa– y la vascuence; pero con la coincidencia, que sí me interesa, de que el primer Iduarte mexicano, que de alguna parte vino, fue un honrado y forzudo leñador, ebanista de primera, forjador prodigioso, que hacía maravillas con la madera y el hierro, buen músico que

no sólo tañía la guitarra y tocaba la flauta sino que las fabricaba, gran bailador e infatigable cantador, que organizaba coros y alegraba todas las fiestas de su pueblo y de los alrededores con sus cuatro hijos, todos carpinteros, todos músicos. Se trata del abuelo de mi abuelo Eulalio.

Mi papá tenía en su casa retratos de su abuelo Jerónimo y de sus tres tíos, todos rasurados, sin bigote ni barba, de labios delgados como filo de hoja de cuchillo, firme mandíbula y ojos severos que me seguían cuando pasaba yo frente a ellos. Es curioso que, a pesar de la ternura que por mi padre sentimos todos sus hijos y que sobrevive intacta cincuenta años después de su muerte, siempre tuviéramos por ellos más miedo que cariño. «Se va a enojar el bisabuelo», me decía mi madre cuando me portaba yo mal: era casi tan temible como don Trifón, el coco con que me asustaban mi nana y mis hermanas. Sí, es curioso que al hablar de nuestros abuelos maternos siempre dijimos «mi abuelito Manuel Foucher» y «mi abuelita Matilde Paullada», y de los paternos sólo «mi abuelo Eulalio» y «mi abuela Salomé». Todo se explica porque mi abuelita Matilde fue el Ángel de la Guarda de mi niñez y porque me habló tanto de su esposo, el poeta asesinado, que su estampa me ha acompañado en la vida no menos que la suya y la de mis padres.

Había, pues, más familiaridad con el clan materno, en cuyo seno nacimos y vivimos, pero también viva estimación moral por el paterno. Los Iduarte eran hombres de una pieza, trabajadores íntegros, agricultores Y artesanos esforzados como mi abuelo Eulalio, funcionarios probos como mi padre. Mi admiración por mi tatarabuelo creció cuando supe que cazaba tigrillos en pelea directa, con machete, y que a puñetazos derribó a un hombre que lo atacó con un cuchillo. En casa guardábamos uno de sus trofeos, bien disecado; con el que asustábamos a los que pasaban por la escarpa de la Loma de la Encarnación. Que él y sus hijos sabían derrumbar a hachazos las ceibas tropicales fue noticia que siempre recibimos con orgullo –precisamente en una de esas faenas perdió la vida–, y la de que eran carpinteros y herreros, me entusiasmó, durante nuestra Revolución, tan pronto me sentí partidario de la causa del pueblo.

Aun mi padre –ya abogado, profesor, juez, presidente del Tribunal Supremo– manejaba el torno con pericia, y a hacerla dedicaba sus domingos en la carpintería de don Darío López, en San Juan Bautista, y en

la de Caxán, en Laguna del Carmen; y en cuanto a la garlopa, al serrucho y al martillo, siempre lo rodearon en el taller que nunca dejó de instalar en nuestras casas del sureste y de la ciudad de México. Admiraba yo su sabiduría para pescar en el río y en el mar, con anzuelo, con arpón y con chinchorro; para cazar venados y atrapar armadillos; para exterminar las ratas de nuestros patios y traspatios.

Yo, niño de ciudad, y con un ojo desviado –de cuyo daño nos dimos cuenta cuando ya no había remedio– nunca clavé un clavo al primer golpe, como él lo hacía, ni corté un pedazo de madera con su limpieza, ni enrosqué un tornillo sin esfuerzo continuo. La ternura con que mi padre lamentaba mi torpeza manual fue tan grande como su alegría cuando supo que era yo uno de los mejores alumnos de don Aniceto Castellanos en la preparatoria clase de Dibujo Constructivo.

No conocí a mis abuelos paternos, pero los guardo en mi memoria porque en ella los pusieron su hijo y su nuera.

El era un hombre de campo, fino y nervudo, buen guitarrista, gran cantador, de ojos verdes. Ella era alta y delgada, pálida, envuelta en largos trajes negros y en la oración religiosa. Los dos eran blancos, pero su aristocracia no estaba en su blancura. Tampoco en la riqueza, que no tuvieron ni desearon. Estaba en su virtud y en su sencillez, mejor que todas las que hayan tenido y que todas las que les podamos encontrar en los infolios.

## ¿VASCOS? NO, MEXICANOS

Desde niño oí decir que mis antepasados Iduarte eran españoles del norte, vascos, y ya en la capital de México se empeñó en confirmármelo mi maestro de Derecho Romano, el ilustre y pintoresco don Francisco de Paula Herrasti. Un día, en clase, me dijo:

—Quiero que esta pregunta la contestes tú, vizcaíno.

Tan lejos de esa preocupación estaba yo, que no entendí que a mí aludía. Busqué a mi alrededor. ¿A quién se refería? Teníamos un compañero español al que le decíamos «el gallego», no sé si porque lo era o porque esa designación generalizadora se la trajo de Cuba. Pero el maestro Herrasti me señaló con el dedo:

—A tí te hablo, vizcaíno. No te hagas *guaje*.

A tal punto llegaba mi olvido de tales raíces que pensé que el maestro Herrasti se burlaba de mi ojo torcido, que de niño fue bizco hacia dentro y ha terminado por serlo hacia afuera. Le dije:

—¿Qué culpa tengo de serlo, maestro?...

—¡Tonto!: ninguna culpa, sino a mucha honra. ¿No sabes que también yo lo soy?

—¿De qué ojo es usted bizco, maestro?... A usted no se le nota.

—¿Qué dices?... No soy bizco, sino vasco. ¿Te has vuelto loco?... —y entre las carcajadas de mis compañeros, le expliqué que yo aludía a mi ojo izquierdo, y él a mi apellido. Pero, desde entonces empecé a interesarme en el país vasco y en sus hijos.

De niño no, en absoluto. A pesar de las revistas españolas que llegaban a mi casa y de los amigos españoles que mi papá tenía en San Juan Bautista—en primer término don Andrés Avellá, mallorquín— yo, en la infancia, nunca fui españolista. La escuela primaria inflamó mi nacionalismo y des-

de entonces empuñé el *macuabuitl* junto a Nuestro Señor Cuauhtémoc y la espada al lado de mis dioses don Miguel Hidalgo y don José María Morelos, don Ignacio Allende y don Mariano Matamoros, don HERNÁNDEZ Galeana y don Vicente Guerrero. Además, pronto estuvo Francia en la primera fila: que por Foucher veníamos de franceses, eso sí lo supe muy bien desde que abrí los ojos, porque todo el clan materno lo tenía muy presente; y ya en la capital de México reforzó mi francésismo la guía del doctor don Manuel Mestre Ghigliazza, mi más constante preceptor en la adolescencia, y la intimidad de Eduardo Perera Castillo que, entre otras muchas obras, se sabía de memoria el *Cyrano* de Rostand. Así se explica que a los veinte años, cuando se nos enrareció a los muchachos rebeldes el aire de la lucha política, me haya yo ido directamente a París, que nunca haya entonces pensado en estudiar en Madrid...

Lo que no quiere decir que nos haya faltado en la preparatoria el primer contacto con España. En las clases de literatura del maestro González Peña, su palabra y el Cid, el Arcipreste, la Celestina, el Romancero, Cervantes, Lope y Alarcón nos descubrieron el mundo cercano, propio. En las del maestro Agustín Loera y Chávez, y aún más en los costosos y preciosos libros que nos prestaba, nos asomamos a su historia, a su pintura, a su belleza. Por nuestro propio pie fuimos nosotros, luego, a Galdós, a Valera, a Leopoldo Alas, a los del 98; Pero no fue hasta París donde yo me hice hispanófilo por nuestra coincidencia política con los estudiantes españoles que combatían a Alfonso XIII y al general Miguel Primo de Rivera. Mis compañeros de México me nombraron delegado, junto con otros muchachos, al Décimo Congreso Internacional de Estudiantes, y allí nació la Confederación Iberoamericana, que en 1930 tuvo su Primer Congreso en México, por cierto en la casa virreinal de mi tío don Antenor Sala. Antonio María Sbert, el líder de los estudiantes españoles, y Rodolfo Barón y Castro, mi amigo salvadoreño de larga residencia madrileña, alborotaron mis viejas raíces carpetovetónicas. y remachó mi entusiasmo político y literario la fraternal amistad de Juan Vicéns de la Llave, aquel aragonés generoso, dueño de la Librairie Espagnole de la Rue Gay Lussac, que fue mi casa, mi biblioteca y mi banco durante mi vida en Francia. Allí conocí de vista a muchos de los escritores y de los artistas españoles –entre ellos, a Luis Buñuel– y allí decidí visitar España

pronto –lo que hice en 1930– y vivirla –lo que hice de 1933 a 1938– en el momento más trágico y batallador de su destino.

El primer día de mi llegada a Madrid acompañé a Barón y Castro, a José López Rey, a Prudencia Sayagués, a visitar los cafés de la calle de Alcalá y la Gran Vía. En su esquina estábamos cuando fui presentado a un historiador navarro que, al hacerme repetir mi apellido, me llamó primo suyo y me ilustró sobre ancestros de los que yo no tenía ninguna noticia y, ante mi revolucionaria indiferencia, agregó que fueron ilustres y «no fueron a México de cabreros.» Despertó en mí alguna curiosidad, pero mi añoranza de México y mi distancia de la aristocracia y del poder, me hicieron pasar los cinco años españoles sin siquiera echarle un vistazo a los libros que en una carta amable me recomendó. Durante la guerra, las milicias vascas tenían conmigo especiales atenciones, sólo por mi nombre. Entonces me interesé en Euskadi más que nunca. En bibliotecas y librerías he echado un vistazo al tema, después de la guerra, y he visto que catalogan el Ituarte como alteración del Iduarte, y los vascos de Nueva York –con los que coincidí en los mítines republicanos– me han enviado empeñosamente su etimología. Los vascos son, en suma, gente que me simpatiza por su llaneza, por su dedicación al trabajo, por su alegría vital en el canto y el baile –que sé compartir con todos los pueblos del mundo–, y en sus cuentos y bromas he creído encontrar coincidencias con los que, sin jamás mencionar a los vascos, contaba y decía mi padre. Dos de los numerosos artículos que escribí en España durante la guerra, para periódicos de México e Hispanoamérica, se titularon «El arrasamiento de Guernica» y «Guernica y el nacionalismo vasco», y esta es, otra vez, el momento de insistir: lo que importa no es el color de nuestra piel, ni el espesor de nuestro cabello, ni la colocación de nuestros ojos, ni el nombre que se lleva, sino la posición moral y política que en la vida nos acompaña. Por mexicanos amantes de la libertad somos tan vascos como los que pelean por ella; como vascos incorporados a las mejores causas de México, son mexicanos los que aquí vinieron, y fueron mexicanos desde que en esta tierra se radicaron para quererla como nosotros. Esto es, en suma, lo único que importa, «la Ley y los Profetas», como gustaba de decir mi buena y batalladora amiga Gabriela Mistral, tan vasquista, tan mexicanista.

## ENCANTO Y VIGENCIA DEL PASADO

Una persona de mi familia me dice que le parecería mejor que escribiera yo más sobre el presente y menos sobre el pasado. Le contesto que no le falta razón, ni tampoco le sobra, a su cariñoso consejo.

Sin duda, el tramo de mi vida que a mí más me gusta, es mi infancia. Entre mi niñez en Tabasco, Campeche, Yucatán y la ciudad de México, mi adolescencia en esta misma capital, mi juventud en Francia y España, mi madurez en los Estados Unidos e Hispanoamérica, la del alba es la hora preferida. Se explica por varias razones, de carácter general unas, y otras muy personales. Al pasado lo embellece siempre la nostalgia, cristal insuperable de colores y, además, no puede haber discusión interior, autocrítica, discrepancia que nuble la luz de la inocencia. Y, en cuanto a mí –siempre lo he dicho– mis primeros años fueron perfectos.

El marco, el panorama, no es lo más importante, pero sí es un privilegio haber abierto los ojos bajo el sol tropical, ante los grandes ríos, junto a las playas blancas de Laguna del Carmen, ante el verde mar de Campeche, en la nitidez de Mérida y Progreso. Y más bendición es haber crecido al lado de una de las razas más dulces del mundo: los que no salen de México, o los que sólo salen a pasear, los que no han trabajado y luchado en el extranjero no saben la fortuna que es haber nacido en la casa de los mayas y de los aztecas. Mientras más se vive, mientras más lejos se vive, más se aprecia su ternura, su delicadeza, su sonrisa, su prudencia, su cortesía de adentro, del alma. Tersa y sedosa debe ser la vida del niño: así fue la mía en las tierras del Mayab. Y a mis siete años saltó de pronto el gran espectáculo de la Revolución mexicana, y vi a los hombres en batalla, y la furia y la sangre: henchidas de valores nuevos que de pronto no entendí, fueron lección permanente: la lucha por la justicia, la hombría para alcanzarla.

No sólo el suelo y el cielo eran lindos, no sólo el hombre y su circunstancia eran magníficos, sino también mi casa, mi hogar, mi habitáculo. Mi padre fue un hombre ejemplar.

No sólo lo dicen sus hijos, sino quienes fueron sus discípulos, aun los discrepantes y los iconoclastas que se creían en la acera de enfrente. En vida suya, en hora de pasiones, nadie lo persiguió. Su estampa misma era perfecta por viril, por alegre y por dulce. Hijo de campesinos pobres e hidalgos –en el sentido en que la hidalguía me importa: buenos y valientes–, con algo o mucho de pueblo porque sabía cultivar la tierra y labrar la madera y forjar el hierro, luego devoto maestro de niños y adolescentes, después profesor de filosofía y derecho con fe moral en lo que enseñaba, juez immaculado que derrotó en su ejercicio las lacras del porfirismo, abogado intachable que jamás patrocinó un asunto sucio o dudoso, mi padre fue el encanto y el orgullo de sus hijos. He recorrido la vida y el mundo y no encuentro fácilmente, en el orden de la ética, muchos hombres como él: un escritor venezolano, algún krausista español, algunos maestros mexicanos. Mejor, ninguno. En cuanto a mi madre, su belleza, su dulzura, su virtud y –muerto mi padre cuando tenía yo quince años– su valentía para sortear sus penas y dirigir el camino de sus hijos, son, también, una lección moral, diaria. Como se nos fue sólo hace dos años, cuando tenía noventa, en plena inteligencia y gracia hasta su última hora, no puedo hablar de ella con alegría, con holgura, con libertad: la herida todavía duele mucho. No menos acariciaron mi vida mis tres hermanas: finas, bonitas, tiernas, virtuosas sin que nadie les predicara que lo fueran, como una emanación natural de la pureza de los padres...

Preside ese cuadro de dicha la estampa de mi abuelita materna, doña Matilde Paullada, chiquitita, rubia, dulce como un pan con miel. Su plática del esposo –el poeta asesinado en 1882–, la diaria rememoración de su bondad cristiana, de su amor al pueblo y de su valor caballeresco, también fue otra rica enseñanza de mi niñez. Y sigue tras de ella la imagen de mi nana, negra o mulata, de padre cubano, que salpimentó mi lenguaje infantil con las palabras más picarescas y los cuentos más sápidos, que me anunció lo que era la vida de puertas afuera de mi casa: ni en la mejor literatura, ni en el folklore de varias naciones, he hallado más sabor que en Paula Taño. Es parte integrante y esencial del cogollo familiar del que

brotaron mi mente y mi corazón, más que de mis escuelas y de mis universidades.

Nada de esto quiere decir que mi niñez sea mejor que la de los demás. Son muchos, por fortuna, los hombres que no vieron en su contorno nada infame, ni indecente, ni repulsivo, ni turbio. La niñez debe ser pura, la vida debe ser vital: las nuestras lo fueron. Buen cartabón para todo lo que vino, para todo lo que viene. Y, además, tenemos muy presentes sus quilates –ya lo dije– precisamente porque nos fuimos, porque los vimos y los quisimos más a través del lente enternecedor de la distancia. Leopoldo Alas apuntaba que es el hijo que se va, y no el que se queda, quien mira y remira, cada día más, la casa paterna: el hogar, la familia, la patria. Sin que esto quiera decir que me crea yo el que más la quiere y la honra porque, en la conducta y en la literatura de muchos de mis contemporáneos, está a la vista que la honran y la quieren tanto como yo.

¿Se explica mi prima por qué hablo tanto de mi infancia?... Pero sobre este punto y otros cercanos hay que decir más, y lo diré otro día...

## REPETICIÓN Y ANTICIPO

Un buen amigo mío me decía la semana pasada que, entre mis parientes, él conoce a varios de marcada preocupación aristocratizante. Le contesté que quizá sea cierto, que acaso los haya, pero que lo son de manera vaga y superficial, en tanto que sí hay muchos antiaristocratizantes en mis dos familias, plenamente conscientes y seguros de su actitud, algunos de muy firme convicción revolucionaria, lo que pesa mucho más que el otro platillo de la balanza.

Lo importante es –le repetía yo– que a pesar de haber tenido noticia, desde la infancia, de algunas raíces ultramarinas, todos saben hasta el tuétano que no somos ni escoceses, ni irlandeses, ni vascos, ni franceses, ni catalanes, ni andaluces, sino mexicanos de México, mexicanísimos de pueblo y tierra de México, a secas. Y ahora vuelvo a repetirlo aquí para los ojos claros y rectos y, también, para los ojos legañosos y torcidos que lo lean: sabemos que en cuatro siglos en América, cuando menos en mi caso, somos mestizos de sangre y, sin excepción de ninguna especie, todos mis familiares lo son de espíritu. Ningún mexicano, ningún hispanoamericano se sorprenderá de que nos digamos hijos de la tierra y de la raza americanas, en tanto que no habrá europeo que no se ría o se burle de que alguno de nosotros se crea francés, o inglés, o español.

Tenemos el mejor mestizaje, que es el de querer ser mestizos en tierra de mestizos. El mexicano que no quiera serlo, no será mexicano, aunque de casta y color sí lo sea. Y es más: también podemos decir que somos indios. «Yo soy indio», escribí aquí, y ante la objeción de alguien, «Sí, soy indio», volví a escribir. E insisto ahora aunque se asombren, se alarmen o se indignen los que no saben ni entienden el alcance y la historia de esas frases. Alcance e historia ya quedaron bien explicados en otros artículos.

¿Acaso todo eso indica que mexicanidad o mexicanismo quieren decir ignorancia de nuestro pasado, negación de las fuentes que integraron nuestra formación nacional y ceguera ante los orígenes de cada uno de nosotros? No, y mil veces no. Como que tampoco significan indigenismo a ultranza, hispanofobia, ni francofobia, ni anglofobia, ni xenofobia de ninguna especie. Aquella frase de que «hay que darle al indio la razón, aunque no la tenga», es uno de los absurdos adonde puede llegar la demagogia para defender a quienes aún lo necesitan. Hay que darle al indio la razón con más gusto y empeño que a nadie –esto sí– porque hace siglos que se la quitaron y siguen quitándosela. Hay que dársela, también, porque es el dueño original de esta tierra, hoy nuestra. Hay que dársela porque es el hijo legítimo de culturas que admiramos y que son ingredientes de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad, admirados y estudiados por los extraños tanto o más que por nosotros mismos. Hay que dársela porque todos los días demuestra su valor y su firmeza, con el nombre de Juárez; su talento y su brío, con el de Ignacio Ramírez; su fuego y su armonía, con el de Altamirano. Y, sobre todo, porque sigue siendo el mexicano más preterido, más olvidado. Y éste es el único y valeroso sentido de mexicanismo patriótico y creador que debe levantarse contra la infamia universal de la explotación del hombre.

Escribiendo estas letras tan lejos, geográficamente, y tan cerca, espiritualmente, de México, salta a mi memoria, de pronto, una experiencia de mención oportuna. En 1954, cuando acababa yo de salir de la Dirección de Bellas Artes, nos invitaron a visitar una escuela, en las cercanías de nuestra capital, dos amigos excelentes, Tomás y Cuca Perrín, personas de la mayor bondad, que deseaban darnos orientación y apoyo. A preguntas del Presidente Municipal recordé ingenuamente a mis abuelos europeos llegados a Tabasco, no sin referirme a mis ancestros mayas de Yucatán. Un despistado que había caído por allí, tomó la palabra inmediatamente, y, haciendo un ardiente llamamiento al patriotismo de los niños que nos escuchaban, habló enconadamente contra «los feroces extranjeros que vinieron a encadenar a mis abuelos», subrayando con insistencia el *mis*. Lo curioso es que era más barrigón y colorado que yo, y que no tenía, cuando menos a la vista, nada de pobre ni de indio: ojos violentos, bigotazos de abarrotero, corbata multicolor de seda, traje de casimir

finísimo y estridente, sombrero texano de varias equis, pistolón norteamericano y fueite con el que ponía admiraciones antes y después de sus parrafadas, que finalmente me causaron risa, lástima y aun simpatía. Le contesté que sin duda los dos teníamos abuelos que habían encadenado a otros abuelos nuestros, y que seguramente algunos de los suyos, entre los explotadores y los explotados, eran los mismos o muy cercanos parientes míos porque, físicamente, salvo el mostacho y el atuendo, él y yo nos parecíamos mucho. Y le recordé que para nacer él había necesitado, como yo, dos padres, cuatro abuelos, ocho bisabuelos, dieciséis tatarabuelos, treinta y dos ancestros, etc., etc., hasta presentarle a la Torre de Babel y de amor que, al mismo tiempo, nos había producido. Y como logré su sonrisa gracias a las risas de los niños que nos rodeaban, y como ya los adultos habían ingerido varios vasos del mejor tlachicotón que conozco, le tendí los brazos y acabamos el problema racial y político con tal fraternidad mexicana que sólo pudo cortarla, poco tiempo después, su prematura muerte.

En todo lo cual insisto aquí porque voy a volver, en próximos artículos, a lo que quedó pendiente del tema de mis orígenes. Adelantaré que, al aparecer recientemente la traducción de *Un niño en la Revolución mexicana*, muy bien vertida al inglés por James F. Shearer y muy bien editada por la casa Praeger de Nueva York, con el título de *Child of the Mexican Revolution*, una escritora norteamericana, Naomi Bliven, dijo en su crónica del *New Yorker* que el capítulo sobre «los linajes» era un revelador documento sociológico, amenizado por el buen humor de quien nunca se ha tomado tan en serio como los burros de noria. Por supuesto que desde la primera edición en español lo dijeron así varios amigos míos de México y, entre los hispanoamericanos, Juan Marinello, Mariano Picón Salas y Germán Arciniegas. También volvieron a decirlo otros críticos cuando el Fondo de Cultura publicó *El mundo sonriente* donde toqué, de paso, el mismo asunto.

## MI PRIMO MANUEL TELLAECHÉ

El nombre sonaba en mis oídos como algo mío; así se llamó mi abuelo, Manuel Foucher, y su melena romántica y su leyenda caballeresca se reforzaban con la frase que de todos los labios oía: «Tuvo mucho de Cristo. Murió diciendo de sus asesinos: Perdónalos, Señor. Lo mataron, como a todos los redentores.»... Cristo, a quien conocí por boca de mi abuelita –bondad, nobleza, sacrificio– y no por rezos ni por misas, y un nombre, Manuel, estaban vinculados en mi ánima. También así se llamaba mi primo hermano, Manuel Brito Foucher, mi primo menor, mi hermano menor, a quien yo miraba con la nueva y entrañable ternura del niño que no tiene más que hermanas, y mayores que yo, y a quien yo veía con esa especie de responsabilidad, vanidosa y precoz, que da a una infancia huraña y contemplativa el haber nacido tres años antes. La vida de Cristo, su dulzura para las mujeres caídas, su reprobación a la riqueza, su látigo para los mercaderes, su condena para la injusticia organizada que preside este mundo, su túnica raída y sus pies polvorientos, sobre los que se levantó mi pensamiento y mi sentimiento –para siempre–, estaban ligados al nombre de Manuel.

Pero Manuel no sólo era para mí el deber y el fin, la filosofía de la vida, sino también la vida misma: Manuel Tellaeche, mi primo ranche-ro, mi primo mayor, una especie de hermano menor de mi padre y de hermano mayor de nosotros, era para mí la vida misma, la vida con sus seducciones y sus incógnitas tentadoras. Risa jocunda, alegría, simpatía, gracia, inteligencia, aires de ranchería, ojos profundos, fina y blanquísima dentadura; pantalones viriles de montar, sonido de espuelas relucientes; caballos briosos que venían resoplando desde Teapa o desde su finca «El Rosario»; cuentos campesinos en que figuraban lagartos kilometra-

les, puercos espines agresivos, tigrillos feroces; historias picantes en que por primera vez oí hablar de los deslices del vecindario, y hasta algunas fuertes palabras. Manuel era, para mí, la vida. Mi nana Paula también era la vida, pero, en realidad, la versión popular de la vida, quiero decir la calle, el pecado. Manuel me daba la versión tamizada, matizada, literaria sin saberlo él mismo. Ellos fueron, para mí, mis universidades.

Manuel vivía frente a la plaza de armas. Su apellido mismo nos llamaba la atención: ¡qué nombre raro el de Tellaache!... Su papá era un hombre serio, a quien no recuerdo más que montado en un gran caballo, y siempre bueno, cariñoso, bigotudo y sencillote. Su mamá, siempre alisada y magra, era esa estampa que yo conocía en los retratos viejos de toda mi familia paterna, provinciana. Manuel era muy diferente: apenas llegaba a la casa, nos apiñábamos para reír con él. («Esto es –nos decía– sarpullido inglés; que de lejos parece sarna –y de cerca– es».) No, no recuerdo los cuentos que nos hacía: eran travesuras que nos desternillaban de risa. ¡Que si don Fulano salió en calzoncillos a la calle, que si el doctor Fitzpatrick sacaba las muelas anestesiando a sus clientes con su aliento alcohólico, que si doña Moncha tenía entre sus brujerías muñequitos atravesados con alfileres mágicos, que si mister Porter andaba con los pantalones ceñidos y metidos entre las carnes apretadas y sajonamente sonrosadas!... El cuadro quedó borroso, porque, no entendíamos todos los brochazos; pero muy clara, sí, su risa y su dentadura blanquísima. Aquel muchacho nos traía la vida: historias de amor y de campo, de rural licencia y de inocente aventura, de burla y de gracia. Si alguien tenía talento de narrador y vena literaria descuidada, pura por esto, era Manuel.

Nietos de vascos, no lo sabíamos ni creo que nos importara mucho. Pero nosotros los niños sí nos fijábamos en su cuerpo delgado, flaco, en su cara larga, en los ojos firmes y profundos, en los rasgos fuertes sobre los que sobresalía su nariz grande –¡tan vascuence!– de la que él siempre se reía. «¡Muy andaluz!», decían, sin embargo, las gentes. Lo era, en efecto. ¿Qué diferencia hay entre él y aquellos caballistas bromistas, sentenciosos, hospitalarios, rancheros con algo de escritores que más tarde conocí en Málaga, y en Córdoba, y en Jerez, y en Ronda? Y luego, ¿no se parecía a Alfonso XIII? Claro que sí, y mucho. Yo tenía parientes que tenían simpatías por el rey jugador de tenis, a través de no sé qué remotos

pergaminos. Y quizá fue por la mención de Andalucía y del parecido con el rey –que tan poquito había de gustarme más tarde– que yo empecé a buscar, en las revistas que llegaban a mi casa o que estaban arrumbadas en los anaqueles de mi papá, dibujos y fotografías de España, de esa España cuyas letras, cuya tierra y cuyo pueblo habían de ser un día partes de mi cabeza y de mi corazón. Quizá entonces ya lo eran.

Luego vino la Revolución, y lo vimos en aquellos momentos trágicos, como lo habíamos visto en los alegres, al lado de nosotros. El 31 de agosto, en medio del tiroteo, llegó a buscar a mi papá y a decirle que se fuera a Campeche. Mi papá había sido juez de la dictadura, pero más bien un profesor, y no hizo caudales, ni tuvo peones, ni poseyó tierras, ni llevó nunca vida de político. En su ingenuidad de justo, no quería irse. Manuel, que conocía el mundo, casi lo obligó a salir. ¡Sabía de las pasiones de los hombres: los resentimientos, los rencores, las explicables envidias, las largas e irritantes postergaciones, la santa y brutal ira del pueblo que también arrasa con los justos cuando se desborda!... y lo convenció, y junto con él recorrimos aquellas fúnebres calles de San Juan en armas, hasta el playón en que nos cobijó una canoa campechana.

Y luego, cuando volvimos en 1917, ¡oírlo contar las cosas de don Malaquías!... («¡Pero cómo se le movía el pulperío a la niña Angelina cuando iba por el empedrado!...») Y otro tanto de otros muchos. Pero, ¿eran ataques a la Revolución y a los revolucionarios? ¿No se burlaba de igual manera de las ínfulas aristocráticas de doña Juana, de los miriñaques de una tía suya, de los cuellos duros de don Manfredo?

Fue siempre una figura graciosa, parlanchina, vital, picante, maliciosa, burlona, pero sin veneno. Quizá por eso –niñez sensitiva– nos gustaba tanto. Nuestro ambiente era el del Tabasco peleador, esa Andalucía de la jungla que es, quizá, la provincia más imaginativa de México. Amigos y parientes conocían la cólera, y casi nunca oíamos condenar la cólera. Amigos y parientes iban al desafío, y morían o mataban. Eso era nuestro catecismo. Desde Teapa, desde Tācotolpa, desde Cárdenas, desde Jonuta o Tenosique, nos llegaban noticias de pleito y venganza. Ojo por ojo, diente por diente. ¿Cuántos de nuestros amigos y parientes, incluso de los que venían de México, no hablaban con gesto torvo de los enemigos? ¿Cuántos eran los que no decían,

o no sugerían, que de ellos no se burlaba nadie, que ofenderlos era cosa que costaba la vida? Poquísimos. («Al que me insulte, le pego; al que me pegue, lo mato»; «para eso naciste hombre, muchacho»). El hogar atemperaba, apenas. Manuel era el único que tenía aquella cara sonriente, aquel ánimo alegre y cascabelero, aquella actitud optimista y suave ante la vida. Era su coraza, en la que no penetraban los golpes, sino en la que resbalaban, sin hacer daño y sin dejar huella. Sólo así me explico su vida de ranchero (más bien rico que pobre, pero rico sin vanidad de rico, ni las ambiciones de mando comunes en los ricos, ni dilapidaciones ofensivas de rico), su vida de ranchero sin pependencias, ni balazos, ni venganzas, ni rojas manchas trágicas. ¿Dónde aprendió, habiendo dejado la Universidad tan muchacho? ¿Dónde alcanzó tal actitud humana, viviendo entre pasiones hipertrofiadas? Tradición, sin duda; cultura verbal, oral, la mejor de todas; y una suprema inteligencia, que lo hizo vivir sin aceptar la reyerta pero también sin perder sus prestigios de hombre al rehuirla. Supo dejarla pasar, supo burlarla. No, no todos tienen su talento. Para los tabasqueños debe ser, en este capital sentido, lección y ejemplo.

No redimió a la Humanidad, no quitó ni distribuyó riquezas... No dirigió ni quiso dirigir los destinos de su pueblo. No escribió un gran libro, ni se arriesgó por los caminos de la ciencia o el arte. ¡Pero cuán superior es su figura a los que, tarados por la ambición, montados sobre la vanidad o la codicia, se sienten directores del triste rebaño! Fue hombre, fue buen padre de muchos hijos, fue amigo, fue una fuente de alegría inagotable, de cepa añeja como los vinos de Sanlúcar. Sin saberlo, él era, en tierra tropical, hijo y representante de la vieja cultura. Lo encontraremos si echamos la vista al Quijote, o a don Francisco de Quevedo y Villegas, o a don Segundo Sombra. Fue valiente, en el verdadero sentido: no renunció a sus ríos natales, ni retrocedió ante los mil azares políticos de su provincia, ni dejó de cuidar y de sembrar sus platanares. La tierra lo vio a su lado, sembrando y sudando, desafiando vendavales, reemprendiendo la tarea después de la cosecha barrida por el huracán, con esa constancia humilde y gigantesca que sólo podemos hallar en el entero hombre de campo. Fue valiente, sin odios, sin gesto hosco, sin pistola.

Tabasco, tierra rica y elemental, tiene en este Manuel uno de los mejores tipos, uno de los creadores de su anecdotario, uno de los mejores recogedores de su tradición inédita.

Fue más –¡cuánto más!– que sus hombres violentos, que sus ambiciosos, que sus aparentes representantes: dio un mundo a la imaginación de los niños y dejó una huella alegre y blanca –como su risa– en la memoria de las almas sensibles que pasaron a su lado.

## MI TIA JULIANA

Dos corrientes de pensamiento claro y generoso –que son, en verdad, una sola– se conjugaron en mi niñez para alejarme de toda preocupación aristocratizante: el liberalismo de mi padre, de marca juarista y de militancia positivista, quien, sin mofa para nadie, lamentaba en casa la de algunos de sus familiares y la de otros de mi ascendencia materna; y el estallido de la Revolución Mexicana, que acabó de formar nuestra pasión por la justicia y nuestra identificación con el pueblo. Luego –en Francia, en España, en Hispanoamérica, en los Estados Unidos– mi interés y mi consagración intelectual a las palpitaciones de nuestro tiempo, mi condición de joven rebelde y de trabajador de cuello blanco, y mi permanente fe en los destinos revolucionarios de nuestro México. Lo que no impidió que estudiara yo el pasado del hombre para entender su presente, que no sólo en la historia sino en la genealogía hallara claves para conocer a mis contemporáneos y que aprendiese benignidad para juzgar a los enfermos de pobres vanidades heráldicas.

Piedad, verdadera piedad siento hoy por mi tía Juliana Foucher, y aun algo de remordimiento. Era una viejilla pequeña y chapeada, de ganchuda nariz que nunca se repitió en la familia, de ojos vivos y pelones, de raro pelito blanco y anudado en el clásico moñito de la época, de movimientos rápidos que le quitaron siempre toda apariencia senil, alerta y ocurrente, de mal genio, distante y avinagrada a veces, nunca tierna, salvo con mis primos Brito Foucher, en cuya casa ocupó hasta su muerte, ya casi centenaria, el lugar que dejó en 1915 mi abuelita doña Matilde Paullada Molina, viuda de don Manuel Foucher. Mi tía tuvo en la juventud un novio, inolvidable amor de su vida, que se le ahogó en la Poza del Convento, de Teapa, poco antes de la fecha fijada para su matrimonio.

Hizo voto de castidad, pero fuera de la Iglesia porque, aunque la única católica observante de su generación entre mis abuelos maternos, nunca tuvo nada de beata, lo que se explica por las raíces heterodoxas, protestantes –desde La Rochelle– de los Foucher. Heredó de su padre algún dinerito, un pasar que se consumió con el tiempo, sin que esto le hiciera mella alguna porque vivió rodeada del cariño de los únicos propietarios ricos de mi familia. En mi corazón le hizo siempre sombra la imagen de mi abuelita Matilde, el fino y delicado ser que iluminó mi infancia, de la que fui el último nieto consentido. Años más tarde, ya en mi adolescencia, me acercó un tanto a mi tía su plática divertida y pintoresca, y la hacía yo feliz con los pasteles de crema que le llevaba de «La Flor de México», la entonces famosa nevería de Chiandoni y Canovi. Pero ni yo ni nadie se dio cuenta, entonces, del pozo inexplorado de vetusteces que era su fabulosa memoria.

Mi tía Juliana hablaba constantemente de la historia de siglos de la familia Foucher que, a principios del siglo XIX, vino a Sisal y a Campeche, directamente de Nueva Orleans –de *Orléans*, siempre dijo ella–, ante la mirada distraída de los mayores y la incrédula de sus sobrinos nietos. Su admiración por el emperador Napoleón –«*L'Empereur*», pronunciaba en mal francés–; su recuerdo de los «Baratarios» de la Luisiana; la batalla de 1814, en la que tomó parte mi tatarabuelo Zenón Foucher con los jinetes de Saint Charles bajo las órdenes de Trudeau; la riqueza de don Sebastián Esteve, suegro de Zenón, que también vino a Yucatán en la goleta «Felicité» –«propiedad de la familia», subrayaba mi tía–, nos sonaban, a todos, a chifladura. Más todavía cuando se remontaba a la historia de Francia, por los gazapos que le buscábamos los muchachos que la estudiábamos en Justo Sierra, en Malet, en Duruy, en Seignobos y hasta en Lavis et Rambaud. ¿Cómo fue posible que aquella familia hubiera dejado sus plantaciones de caña para venir a empobrecerse a Frontera y a San Juan Bautista?... No lo entendíamos, no lo creíamos.

Las rivalidades de los franceses y los *creoles* de la Luisiana con los norteamericanos a partir de 1803 –«foreigners» y «frogs» les llamaban éstos a los antiguos dueños– nos sonaba a pura música celestial. Nos gustaba –eso sí– que fuera tan antinorteamericana, que aclarara que don Zenón peleó en la batalla de Nueva Orleans por Francia y no por los Esta-

dos Unidos: la ocupación de Veracruz y el amago contra nuestra Isla del Carmen sangraba nuestro corazón de niños patriotas. Más nos encantaba que nos dijera que los abuelos vinieron a luchar por un México libre de España, porque querían ser mexicanos y no gringos. Nos molestaba, en cambio, que a Santa Anna lo llamara «Su Alteza Serenísima», que no quisiera a nuestro Juárez y que hablara tanto de la belleza de Maximiliano y de Carlota. «Ay Orihuela, estamos muy mal, no nos asienta la libertad» era uno de los trozos de las canciones que cantaba. ¡Y nunca vi que nadie tomara un lápiz y escribiera un apunte! ¡Pobre tía Juliana! ¡Cuánto habrá sufrido!... Todos –sin duda– creían que inventaba, que deliraba. Ni siquiera comentábamos lo que decía, con nadie, por temor de que se burlaran de nosotros. El repudio de los humos aristocráticos no sólo existía en mi hogar, sino en todo Tabasco. El taquillero del «Teatro Merino», de apellido Pineda –a quien mi memoria ve, no sé si con fidelidad, menudito y delgadito de cuerpo, de pelo corto y blanco, bigote breve y ralo, siempre tocado con un *carrete*– se reía en la tertulia nocturna, a la puerta de la casa de mi tía Matilde, en presencia de mi tía Juliana, de una conocida señora del vecindario, que mandó a comprar unos boletos «para la Condesa de Tempé», título nobiliario inventado por ella o, más bien, por quienes de ella se burlaban, y a la que se los envió Pineda en nombre «del Barón de Pinedé». ¿Con esos truenos quién duerme?... Aun mi tía Juliana se cuidaba de no irse de bruces, heráldicamente, en sus recuerdos. Mencionaba a sus antepasados guerreros, espadachines, mosqueteros, gobernadores, propietarios, pero nunca a condes, o marqueses, o barones.

De aquellos años de infantil crueldad sólo recuerdo un momento en que su ira, su indignación y su recatado llanto me hicieron temblar. Acababa yo de leer en no sé qué diccionario el artículo sobre los corsarios de las Antillas, y le dije: «¿No será, tía, que del Lorencillo viene nuestra aristocracia?...» Muy bien tratada por todos nosotros, es un hecho que nunca tuvo autoridad sobre sus sobrinos nietos: ella lo sabía. Sus lágrimas me dieron vergüenza, sobre todo cuando me llamó mi madre: «Mira, hijito. Yo no sé si lo que cuenta tu tía Juliana de los Foucher es verdad o mentira. Pero ¿de dónde sacas tú que eran piratas?... Nunca, nunca vuelvas a decírselo. Está vieja y sola. Ténle lástima». Desde enton-

ces se acabó la burla, pero nunca creí un adarme de cuanto contaba. Ni siquiera cuando escribí *Un niño en la Revolución mexicana*: no menciono allí su nombre y sí repito –aunque suavizados– los mismos sarcasmos que la hicieron sufrir.

Al simple rodar del tiempo me llegaron, por distintos caminos, otras noticias, y aquí la veo y la pinto, por primera vez, a través de un tierno cristal de arrepentimiento.

## MI OTRO TIO CARLOS, EL DE LAGUNA

La rememoración de la plática de mi tía Juliana Foucher implicaba, desde luego, un tanto de vanidad social, pero, mucho más, el orgullo de descender de hombres valientes y buenos, de hidalgos. No hablaba de pergaminos ni de escudos heráldicos. Sólo una vez mencionó un título y un castillo y, tan de paso, quizá tan mal pronunciado, que nunca pude reconstruirlo, ni cuando me empeñaba yo en reírme de ella. Ni siquiera ocultaba los trabajos humildes ni las épocas de pobreza: con satisfacción hablaba, por ejemplo, de cuando mi abuelo Manuel Foucher, «en su destierro de Laguna del Carmen», se hizo jabonero, estableció una fábrica con la ayuda de su suegro, don Esteban Paullada. En cuanto a sus costumbres, siempre fueron las de una viejilla solterona de villorrio: ropa de entreluto de lo más modesto, limpieza física impecable, cuidado de los niños, visiteo en casa de los amigos íntimos –entre los cuales estaban las «crianzas» de la familia y muchas gentes del pueblo– más sus visitas semanales a la iglesia de Esquipulas. Ya en la capital de México, en donde vivió –siempre con mi tía Matilde Foucher, en la Colonia Roma y luego en las Lomas de Chapultepec– su actividad quedó reducida a la manzana en que vivía: diariamente le daba una vuelta a pasito menudo y ojo pelón, solita o de la mano de alguno de los sobrinos bisnietos, antes de tomarse su copita de anís del mono, con la que sustituía los buenos vinos de sus antepasados.

En cuanto a mi abuelita materna, Matilde Paullada Molina, jamás mencionó títulos nobiliarios ni de ninguna especie. Cierto es que murió cuando tenía yo sólo ocho años –acabábamos de llegar a su pueblo natal, Ciudad del Carmen–, pero sé que le molestaban toda clase de humos familiares. Compañera o guía de mis juegos infantiles, su imagen se desliza en mi memoria como la más pura realidad y el más lindo sueño: madre santa, hada

de cuento. Lo que supe por ella fue que su esposo, mi abuelo Manuel Foucher, poeta y gobernador, fue asesinado por orden de los latifundistas que exprimían secularmente al pueblo, y murió como bayardo, a pie firme, y como cristiano auténtico, perdonando en frase clásica a sus matadores. También supe por ella –y creo que es cuanto me contó de la familia– que su padre, don Esteban Paullada, fue otro hombre bueno y valiente: ayudaba a los pobres y en una de las guerras de Yucatán disparó en trance heroico un cañón averiado, los suyos ganaron la batalla, y al cañón se le grabó su nombre y fue colocado en uno de los fuertes de Campeche.

El trato con sus hermanos, que comenzó en Laguna del Carmen en los mismos días de su muerte, en 1915, vino a añadir nuevos y variados matices a mi conocimiento de su familia.

Vivíamos a media cuadra de la casa de mi tío Carlos Paullada Escoffié, uno de los numerosos medio hermanos de mi abuelita. Está aquí el nudo aparentemente intrincado de mis parentescos campechanos. Mi abuelo Manuel Foucher, de San Juan Bautista, casado en primeras nupcias con doña Rosa Pedrero –matrimonio en el que sólo hubieron un hijo, Manuel Foucher Pedrero, muerto en la juventud, sin descendencia– enviudó y casó con Matilde Paullada Molina, hija de las primeras nupcias de don Esteban Paullada Molina con su prima Agustina Molina. Don Esteban casó tres veces más, la última de ellas con Adela Escoffié Foucher, de San Juan Bautista, media hermana de su yerno y amigo Manuel Foucher. De este matrimonio nacieron Carlos, Carmela, Leopoldo, Fernando, Adela, José y Manuel Paullada Escoffié, tíos carnales de mi madre, por Paullada, y a la vez sus primos hermanos, por Foucher. Inmediatamente después de mis tíos carnales Matilde, Carlos y Consuelo Foucher Paullada, forman la vanguardia de mi clan materno, del que he vivido mucho más cerca que del paterno.

Mi tío Carlos Paullada Escoffié fue el que más me impresionó en mi niñez. Durante los tres años en Laguna del Carmen, no dejé de verlo un sólo día. Hasta la muerte de mi abuelita vivimos a media cuadra de su casa, y siempre en su contorno. Profesor de francés en el Liceo Carmelita era, naturalmente, pobre de solemnidad, pero vivió toda su vida con la más fiera dignidad y el más espinoso decoro en su casa modesta, llena de

viejos libros y de valiosos cachivaches, de vajillas históricas y de cubiertos heráldicos, presidida por los retratos de los antepasados. Con su esposa, mi tía Panchita Barrera, mujer abnegada, dulce y menudita, tuvo veintiocho hijos, de los que ya en esa época quedaban pocos: la muerte los diezmo en la infancia. Muchas veces me dijo mi tío quiénes eran aquellos abuelos barbudos y solemnes y una sola me mostró, muy por encima, el libro de la familia –«el Gran Libro», lo llamaba él–, que nunca he podido examinar, que ha ido de mano en mano. Hoy no sé quién lo tiene. Allí estaban los apuntes escritos por su abuelo, don Esteban Paullada y del Castillo de San Vicente, por su padre y por mi abuelo Manuel Foucher, y tengo noticia de que contenía y reproducía partidas de bautismos, despachos reales y otros documentos importantes, histórica y no sólo genealógicamente. Sí he leído los apuntes que hizo de su contenido mi tío Manuel Paullada Escoffié. Entre flagrantes errores cronológicos y apreciaciones desmesuradamente subjetivas, proporciona pistas al investigador y sugerencias al imaginativo. Da la fecha de la llegada del tatarabuelo gaditano Esteban Paullada y datos útiles sobre su procedencia y su viaje, y otro tanto intenta hacer con el tatarabuelo neoorleanés Zenón Foucher y su suegro Sebastián Estebe, que vino con él de la Luisiana: no era francés –como mi tío Carlos afirma con el curioso afán de hacer franceses a todos los ancestros– sino de Palafrugell, Obispado de Girona, Cataluña. En suma, su resumen indica que el llamado «Gran Libro» puede servir como parte de la bibliografía que conduzca al estudio de la emigración francesa y *creole* de la Luisiana a Yucatán, y al de la historia y las ideas políticas de la región durante nuestra Independencia. Saltan de sus páginas los nombres de los Barjau, de los Payró, de los Sastre o Sastré, y se prevén otros muchos. Los O'Reilly de Yucatán, esto es, la familia materna de don Justo Sierra O'Reilly; ¿no serán los mismos del Capitán General de España en la Luisiana, precisamente el que debeló el alzamiento de Lafrèniere y sus colegas?...

Mi tío Carlos no sólo veneraba el mérito y el valor, sino era aristocratizante y blanquista. Los chistes que hacía contra los caudillos de la Revolución, eran crueles, sangrientos: lo extraordinario es que divertían a sus mismas víctimas, que lo buscaban y se reían con él: lo salvaba su extraordinaria simpatía y su cabal hombría de bien. Su plática sabrosa

y pintoresca, tan campechana como el pan de cazón que en su casa paladeábamos, mostraba huellas de la Andalucía gaditana: no era sólo herencia del pasado, sino enlace fresco, contacto reciente, porque las dos familias han sabido mantener hasta hoy la relación de siglos.

## MI TÍO JUAN, EL DE CÁDIZ

Uno de los hechos ciertamente memorables de mi niñez fue la visita que nos hizo en Campeche y Tabasco mi tío de Cádiz, don Juan Fernández Paullada. Por su chispa y por su gracia andaluzas y por su afición a la caza y a la pesca, tanto como a la buena mesa de mar y tierra, se hizo gran amigo de mi padre, quien más las practicaba y disfrutaba en la familia. Con él cazó venados, puercoespines y lagartos y cobró hicoteas y tortugas, y las comió en verde y en sangre, llevándose a su tierra tan buenos sabores que todavía están presentes en sus nietos, al lado de los del tepezcuintle, el armadillo y el pejelagarto. Su verba rápida, sus trazos caricaturescos, sus dichos y refranes del mejor cuño andaluz hicieron época en mi región y reforzaron el que a principios del siglo XIX trajo mi tatarabuelo gaditano. Creo que mi tío Juan era hombre culto, por lo que de él me cuentan, y no hay la menor duda, por la huella que dejó, de que conocía bien el folklore y la poesía de su maravillosa costa andaluza. Hablaba sabrosa y largamente –en lo que no es fácil ganar a tabasqueños ni a campechanos– y encadenaba y abultaba tantas historias que mi madre le preguntó, alguna vez, si no era un poco mentiroso. «Ca, hija, ca... Mentiroso no. *Esagerao* sí, claro, un poco *esagerao*». No sé –en verdad– si lo vi, o si me hablaron tanto de él que me parece que sí lo vi. Debe haber venido a México en las postrimerías del porfirismo, cuando acababa yo de nacer, o durante el gobierno del presidente Madero, de modo que, si lo conocí, fue más a través de mis familiares que directamente. Pero, cuerpo o sombra de mis recuerdos, su perfil es tan vivo que me ha acompañado durante toda la vida.

De hecho, es don Juan el único tío ultramarino que hemos conocido. Todos los demás son de papel y cartón, y como de cartón y papel, al fin y a

la postre, entelequias. Mucho de lo que contaba, y cómo lo contaba, está presente todavía en las canciones y en el habla de todos nosotros. Supimos de la familia Paullada mucho más que de nuestras otras ramas porque mi tío Carlos fue y sigue siendo, ya muerto, el único, genealogista; y Andalucía entró en nuestro espíritu por la visita de mi tío Juan, y allí se conserva. Yo conocí esa tierra y ese pueblo «con duende» mucho antes de verlos y vivirlos, y mucho más que a Francia, que al país vasco, que a Galicia, que a Cataluña, que a Castilla. Un día, ya en la guerra de 1936, al salir en la conversación que Rafael Alberti era de Cádiz; le pregunté: «¿Conoces, por casualidad, a la familia Paullada?...» «Hombre, claro: Estebita Paullada fue mi compañero de banca en Puerto de Santamaría». Era el mismo nombre, el mismo diminutivo de mi primo Estebita Paullada Barrera, muerto en la capital de México por la misma época, cuando realizaba sus valientes hazañas de paracaidista ante el presidente Lázaro Cárdenas.

Dos o tres años antes, mi primo Álvaro Sandoval Paullada, que fue a España comisionado por nuestra Secretaría de Marina para estudiar tiro marino en el Polígono Janer de Marín y para conducir a México uno de los barcos que en España adquirió nuestro gobierno, visitó a nuestros parientes Fernández Paullada y Paullada Girón, y quedó encantado de todos ellos. Mi mujer y yo recorrimos buena parte de Andalucía en 1935: en Jerez de la Frontera supimos que el juez era Esteban Paullada y en el Restaurante Fuentesilla de Puerto de Santamaría nos hablaron muy bien de él y de su familia. Acompañábamos en automóvil a nuestro querido y admirado amigo Narciso Bassols y a su esposa Clementina, en viaje de estudio político, y no hubo tiempo de pasar a conocerlos, a pesar de que –en su vivaz imaginación– él quedó muy interesado en cuanto de ellos nos contaron. En junio de 1936 nos trasladamos Graciela y yo a Málaga para pasar las vacaciones escolares escribiendo y nadando, ojo avizor a lo que se nos venía a todos encima, y vivíamos en casa de nuestro entrañable amigo Bernabé Fernández Canivell cuando se produjo el alzamiento militar de Sanjurjo y Franco. Esto frustró nuestros planes –también los de Bernabé, andaluz de vieja cepa– de visitar a los Paullada de Rota, Puerto de Santamaría, Cadiz, Chiclana y Jerez.

Según lo que contaba mi tío Carlos, mi tatarabuelo Esteban Paullada se estableció en Sisal y Campeche precisamente en 1810. Era hijo

de doña Beatriz del Castillo de San Vicente, gaditana, y de don Bartolomé Paullada, según él de Burdeos, «cuyo apellido fue deformado en Cádiz», lo que no creo, tanto por su tendencia a afrancesar a toda la familia, como porque más bien suena a catalán o a valenciano. Ya mexicanos los Paullada, mi bisabuelo fue soldado heroico a las órdenes de don Santiago Méndez, y pasó a establecerse a Laguna del Carmen, donde fue ciudadano ejemplar y mantuvo su jurado juarismo aun cuando la Isla estuvo ocupada por fuerzas del Imperio; y la firma de su hermano Juan aparece en no pocos documentos, al constituirse Campeche en estado independiente. Si no me equivoco, eran primos de don Pablo García. No sé si fue mi tío bisabuelo Juan quien casó con una señora Garibaldi, de donde nacieron tres hijas, una casada con don José Castellot –latifundista campechano, porfirista conocido– y otras dos que murieron viejas y solteras en la capital de México, Beatriz y Paquita, a las que quisimos entrañablemente. Si sé que en mi casa se cantaba: «Cuando Garibaldi toca la corneta / todos los Paullada salen a la puerta». Entre bromas y veras, el apellido nos hizo amar al héroe italiano antes de que supiéramos leer. Y tampoco sé si el Paullada que se reintegró a Cádiz fue hermano de mi tatarabuelo o de mi bisabuelo. Lo que sí sé, y con mucho gusto, es que todos los Paullada andaluces, descendientes directos suyos o de otros abuelos, alegan su mexicanismo y quieren mucho a México.

Tras de convivir con la familia de mi tío Carlos en Laguna, todo el clan Foucher convivió en Campeche con la de mi tío Manuel, el médico, entonces casado con mi tía Charito Preciat; enviudó, poco después, y casó con Lolita Fernández del Campo, de familia tradicionalmente cercana a la nuestra, y en Yucatán con la de mi tío Pepe, esposo de mi bellísima tía yucateca María Escalante. En Mérida vivían también mi tío Fernando y su esposa Matilde Azevedo, meridana, mujer de letras, sin hijos: ellos nos llevaron a ver a mi tío Olegario Molina, y nos presentaron al ilustre don Antonio Mediz Bolio, que andando el tiempo sería mi buen amigo y uno de mis más cálidos apoyos en las duras y las maduras. Y ya en la capital de México convivimos, también como hermanos, con las familias de mis tías Carmela y Adela, los Sandoval Paullada y las Enrile Paullada.

La historia de una familia es la de tres provincias, la de una región y, junto con otras muchas, muchísimas, la de un país, la de la patria.

## REMACHE ANTIHERÁLDICO

La formación de la «Unión de Estudiantes Tabasqueños» y la publicación de nuestro tabloide *Tabasco Nuevo* en la capital de la República contra el gobernador de mi estado, licenciado Tomás Garrido Canabal, nos llevó de la mano al ataque contra el régimen de los presidentes Obregón y Calles. El centro de nuestra vida estaba, naturalmente, en la Escuela Nacional Preparatoria, donde terminé mi bachillerato en 1925, y las de Jurisprudencia y Medicina, en las que ya estudiaban mis compañeros. También escribía yo en otros periódicos estudiantiles, desde años antes: en *Agora*, y ya en la época de mayor polémica nacional, en *Verbo Rojo*, en *Proteo*, en no sé cuántos más. Antirreeleccionistas, venimos a quedar cerca de los candidatos de oposición, los generales Francisco R. Serrano y Arnulfo R. Gómez, aunque sin ingresar a sus partidos, porque nos declaramos civilistas. Así nos dirigíamos, rectamente, hacia lo que en 1929 fue el vasconcelismo: de mi grupo tabasqueño muchos tomaron parte destacada en su formación, en lo más reñido de su batalla, hasta la final hora de la derrota. Yo salí para Francia a principios de 1928, meses después de la matanza de Huitzilac.

Sólo quien no haya conocido a los estudiantes de entonces puede pensar que iba yo en busca de mis antepasados franceses. No hubo tal cosa, ni en el más mínimo adarme. De Francia nos interesaban la Revolución y la Comuna. Y, sobre todo, porque presidía nuestro latinoamericanismo antiimperialista y antiyanqui, en el que Bolívar, Martí y Rodó estaban presentes, de cuerpo entero. Formábamos ya filas, desde nuestra Revolución Mexicana, desde nuestra Universidad inquieta y rebelde, de los movimientos estudiantiles revolucionarios de Venezuela, de Cuba, del Perú, de la Argentina, de Centroamérica. Es injusto y ciego ignorar

ahora que el fermento y la llama surgieron durante la mercurial presencia del maestro Vascancelos en la Rectoría de la Universidad y en la Secretaría de Educación. El francesismo de tipo puramente literario estaba confinado entre los literatos de Contemporáneos, a los que no queríamos, y el de índole aristocratizante o heráldica nos hubiera sonrojado de vergüenza. Yo amaba la literatura francesa del siglo XIX a través de los libros del doctor Manuel Mestre Ghigliazza, de hecho el preceptor de mi adolescencia, todavía maderista, siempre romántico en el amor y en la política, pobre, íntegro, soñador y –como él se decía– inadaptado al fango de la vida diaria. Lo único, exclusivamente lo único que me interesaba de mi apellido materno era que mi madre llevaba exactamente el nombre de la novia de Víctor Hugo, Adela Foucher, y que había la impresión de que proveníamos de la misma familia. Pero allí paraba todo, sin el más insignificante interés nobiliario. Yo usaba mis dos apellidos, el paterno y el materno, como casi todos los muchachos de mi tiempo los usaban a su turno.

Con mi nombre completo, Andrés Iduarte Foucher, está firmado cuanto publiqué hasta esa fecha –mis artículos provincianos y estudiantiles, la novelita *El himno a la sangre* que ganó el primer premio de *Revista de Revistas*, mis ambiciosas conferencias sobre «El cristianismo y su significación histórica», que aquí menciono con la debida risa– y cuanto reuní en aquel mamotreto, *Publicaciones e intimidaciones*, al que Carlos Pellicer llamó, humorísticamente «las Obras Completas de don Marcelino Menéndez y Pelayo». Así iba mi nombre en mi pasaporte y, también, en mi tarjeta de la Secretaría de Gobernación, que ya llevaba su piedrita de escándalo: «Religión: ninguna».

No me gustó que en París, desde el primer momento, me llamaron en el «Hotel de la Sorbonne» *Monsieur* Foucher. Cuando quise que me dijeran *Monsieur* Iduarte me explicaron que para ellos significaba Edouard, Eduardo, y me siguieron llamando Foucher. Igual me ocurrió al inscribirme en la Escuela de Derecho y al tomar cursos libres en la de Letras y en el Museo del Louvre. Pero la primera estocada me la dio mi profesor de Derecho Constitucional, *Mr.* Mestre: «Con ese apellido todos van a creer que usted es *Camelot du Roi*». Mi profesora de francés, a la que hoy vería como belleza tentadora, y que entonces me parecía una

anciana pintorreteada –tendría unos cuarenta y tantos años picarescos y sensuales–, cuya casa de l’Avenue de la Grand Armée estaba llena de armaduras y panoplias, me trataba con inexplicable miramiento y, por fin, un día me presentó a un viejo barbudo, que luego supe que era un heraldista conocido: «Usted viene de la rama de los Foucher du Poitou, que en el siglo XVIII pasaron a Nueva Orleans», me aseguró. Le dije que sabía yo que mi tatarabuelo se llamó Zenon y su padre Antoine, que se creían aristócratas, lo que no me interesaba porque lo que yo más admiraba de Francia era su pueblo, su Revolución, su Comuna. Ya andaban mal mis relaciones con mi profesora porque me había enviado un artículo, «*Une terre d’épouvante*» sobre «*la persecution religieuse au Mexique*» y, a pesar de que no era yo partidario sino enemigo del gobierno, hizo arder toda «mi sangre de bailadores de jarabe». Así se terminó una amistad legítimamente útil y un posible amor... Y en Montpellier, en 1929, el buen viejo *Monsier* Seguin, notario casi centenario, tío de mi novia, a quien ella cuidaba, me dijo que era yo pariente de la familia Trépagnier, quiso presentármela y no quise, y con cariñosa impertinencia me ordenó leer la *Histoire genealogique de la Maison de Foucher* de Auguste de Loisne. En París, poco después, pasé a despedirme, con un encargo del doctor Mestre Ghigliazza, del historiador Honorat, antiguo senador de la República. Le conté lo ocurrido, me mostró el librote, y quedó muy complacido –era un viejo liberal– de que sólo me interesara lo que de histórico tenía.

Así, por ese camino, decidí firmarme, solamente, Andrés Iduarte. Lo primero que hice fue escribirle a mi madre, y me contestó: «Hijito: haz lo que quieras. Tus dos apellidos son de gente buena, y es lo único que importa». También puse el caso en conocimiento de mi fraternal amigo Octavio Rivera Soto, que trasladó la grave consulta a mi grupo de la Facultad de Derecho y, con no poca broma, me contestó que apoyaban mi resolución, «unánime y apasionadamente».

En abril de 1931 estuve varias semanas en Nueva Orleans, en casa de Alejandro Carrillo. Volvíamos de Washington, donde representamos a la Universidad Nacional Autónoma y a la Confederación Nacional de Estudiantes. Los dos en español, Alejandro en su excelente inglés y yo en mi francés del Barrio Latino, hablamos en las universidades de Tulane y

Loyola. En esta última, un profesor enterado de mi segundo apellido me informó sobre mis antepasados, y, cuando le dije, cayendo en el mismo sarcasmo de la infancia, que sabía yo que mis Foucher fueron piratas y estaba muy contento de ello, me sugirió, con un parpadeo de enojo, que pidiera yo una beca para que estudiara historia y me convenciera de lo contrario.

Todo lo cual no quiere decir que conteste yo hoy de igual manera ni que repudie yo lo que de valioso, moral e intelectualmente, puede encontrar cada quien en su tradición familiar. Abordaré el tema pendiente y, con él, le pondré punto final.

A menos que se indique lo contrario, las imágenes son del archivo familiar de Leonardo French Iduarte.



► Iduarte en 1975, aproximadamente. El retorno a México es inminente.

Del libro *Un niño en la Revolución Mexicana*.



- ▶ Con su abuela materna Matilde Paullada Molina, 1914.

Del libro *Un niño en la Revolución Mexicana*.



- ▶ Su padre, Andrés Iduarte Alfaro y Figueroa.



- ▶ Con su madre, Adela Foucher Paullada, 1942.



IISUE/Fondo Incorporado Andres Iduarte Foucher / AIF-C2-E-SN01-001

- ▶ Andrés Iduarte y Graciela Frías con amigos de La Habana, Cuba, 1950.



- ▶ Condecoración de la Orden Andrés Bello, otorgada por el gobierno de Venezuela.



- ▶ La Olympia Werke, compañera de batalla de Iduarte, hoy propiedad de Leonardo Ffrench.

Del álbum familiar de Patricia Leduc.



► Iduarte mantuvo gran amistad con el poeta Renato Leduc.

► El narrador, su  
compañera y  
Graciela  
Margret  
Lange, esposa  
de su sobrino  
Leonardo  
Ffrench  
Iduarte.  
Ámsterdam,  
1970.



## PRIVILEGIO, NO, EJEMPLO, SÍ

Quien busque en su genealogía vanidad y privilegio es, sencillamente, un tonto de capirote y un mal hombre; pero el que de ella recoja ejemplos de rectitud y lecciones de hombría –de virtud, en una palabra– en el blanco, porque es para lo que puede y debe servir.

Ser cabeza de estirpe, tronco de un árbol sembrado y crecido gracias al personal esfuerzo, que con su propia y recién creada savia nutre ramas, y hojas, y flores, y frutos lozanos, tiene que ser fuente de profunda y legítima satisfacción: pero no merece más respeto quien tuvo que ser punto de partida que el que logró mantener y reforzar una historia de mérito y valentía. Si es odioso el que –porque tuvo padres y abuelos buenos e ilustres– ve por encima del hombro a quien nació sin ellos, también lo es el huérfano que empina la nariz frente al que no tuvo que templarse en la creadora fragua. «Yo todo me lo debo a mí mismo», es frase admirable en labios del *self made man* que pone la primera piedra del edificio que un día será tan secular como el que a otros les regalaron; pero no lo es menos la de quien puede decir: «yo no he manchado los timbres de mis antepasados, sino los he fijado, los he pulido, les he dado esplendor». Claro está que los seres humanos viven –salvo contadas excepciones– para negarle al prójimo el pan y el agua: tan frecuente es ver a un cabeza de estirpe que mira de reojo a quienes la tienen, como a un feliz heredero de bienes morales y materiales que se siente superior a los que no se sacaron, como él, el premio gordo en la ciega lotería del abolengo.

Al referirse a la estirpe, ningún hombre cuerdo y justo piensa en la fortuna ni en los pergaminos de ayer. Descender de señores feudales, de duques y marqueses y condes que debieron su señorío, casi siempre, a un golpe de la buena suerte y a la explotación de sus semejantes, no es tener

estirpe, sino no tenerla. «El secreto de casi todas las grandes fortunas suele ser un crimen olvidado», leímos, en la adolescencia, en alguna página de nuestro cada día más querido Eca de Queiroz. Basta ver –para saberlo bien– cómo de cada generación de ladrones queda una nueva generación de *niñas mal y de niños bien* que olvidan sus discrepancias y forman estrecha unidad en el común denominador de la desvergüenza. Aun haber adquirido rango y poder con la fuerza del brazo, con el corazón de león y con el filo de la espada, es valor secundario. Claro está que puede haber, entre los privilegiados, alguno que se distinguió y se redimió de la infame rifa de la fortuna por lo que hizo en la vida: no todos los ricos ni todos los aristócratas son ruines ni imbéciles. De las más altas capas sociales han salido no sólo filántropos, sino también abanderados de la justicia social, líderes del pueblo, revolucionarios... Pero en todo caso, en todos los casos, son repugnantes los que se vanaglorian de descender de quienes alguna vez detentaron la hacienda y el mando: quien se jacta de la mala repartición de ayer, es porque quiere, para su beneficio, que se perpetúe o se repita.

Nada de esto quiere decir que quien tenga en su árbol genealógico pomposos señorones, linfáticos haraganes y delicuescentes señoritos deba ocultarlos como una vergüenza: fueron crímenes del tiempo, no suyos. Pero sí tendrá que condenarlos en su conciencia y, también, a coro con los de la acera de enfrente, con el pueblo sobre cuyo lomo descargaron el mandoble los abuelos: le queda el ancho campo de combatir a los esclavistas de hoy que, con otros nombres, siguen chupando la sangre de los que están en la base de la pirámide.

Conocer la virtud y el mérito de los padres, de nuestros padres es –en cambio– acicate y estímulo. Aquí viene bien la frase de que «nobleza obliga»; pero, bien entendido, sólo esta clase de verdadera nobleza, no la otra, que hace tiempo mandamos al basurero. Saber que procedemos de quien peleó una guerra justa, allá lejos o aquí cerca; de quien vivió para los demás y no para sí mismo; de quienes ayudaron a hacer nuestra patria con la pluma y con su sangre; de quienes le dieron ímpetu y alteza –los héroes, los apóstoles, los maestros, los artistas– sí es legítimo, si el recuerdo nos lleva a imitarlos. No para creernos mejores que los demás, ni para pensar que todos son nuestros deudores. No hay nada tan absurdo e irri-

tante como los hijos de mártir y los hijos de genio que creen que la patria agradecida tiene que colmarlos de bienes y de honores por el solo accidente de la especie. Ni siquiera hay razón para que se sientan mejores que los demás, ni con más posibilidad de llegar a serlo: la sombra del padre y del abuelo extraordinario, a menudo infatua al niño, ablanda al hombre, entontece al viejo. Así se explica que, generalmente, valgan más los sobrinos que los hijos, los criados que los nietos. No es la sangre –en última instancia– la que da la paternidad, sino el conocimiento profundo del mérito y del esfuerzo. El discípulo devoto es más nieto y más hijo del gran hombre que el hijo y el nieto de su carne. Lo que tampoco quiere decir que la herencia haga siempre daño, sino que es muy fácil que así ocurra.

## MI ESCUDO: EL ÁGUILA Y LA SERPIENTE

El colmo de la aberración aristocrática, en nuestros países hispanoamericanos, en nuestras tierras colonizadas, es el prejuicio racial.

Quien busca en Europa su árbol genealógico, aparte de la frívola ambición de un título nobiliario y un escudo impresionante, lo que más ambiciona es la prueba de su blancura: no ser indio, no tener nada de indio, no provenir de la raza aherrojada, descender sólo de los conquistadores españoles o de los piratas rubios y rubicundos que llegaron después... Los sabios oídos del barón de Humboldt recogieron la necia frase: «Yo soy más blanco que tú...» En mi librito *Un niño en la Revolución Mexicana* apunté que, en los tiempos de mi niñez tabasqueña y campechana, un apellido extranjero y unos ojos azules eran la mejor aristocracia. A un pariente mío, tostado por el sol, le decía otro pariente: “Mírame el brazo: soy más blanco que la leche». Claro está que eso ocurría cuando la Revolución Mexicana apenas comenzaba.

No me atrevo a asegurar que en el sureste el prejuicio racial y social era mayor que en el resto del país porque, de niño, sólo esa región conocía y, a los doce años, la capital de México. Si sé que en el Colegio doctor Hugo Topf de la Colonia Santa María –donde estuve interno en 1919– y en el Colegio Mexicano de la Colonia Roma –donde fui alumno externo dos años más– muy poco oí hablar de blancura. En la preparatoria, claro está, nada. Pero sí aseguro, puesto que lo viví, que en mi mundo provinciano había preocupación racista, aunque –por fortuna– no alcanzaba a todos los de mi clan: mi padre nunca hizo la menor alusión al color ni a la casta de nadie, salvo para reírse, benévolutamente, de los que sí la hacían. Hace poco me decía en México un condiscípulo de fuerte porcentaje indígena, al tratar este tema, que en la altiplanicie él no padeció jamás por ese pre-

juicio. Pensamos –conversando– que, acaso, en la península de Yucatán dejó su huella la tremenda Guerra de Castas. Ojala que la haya borrado ya, del todo, nuestra Revolución. De lo que no hay duda es de que existía en mi niñez. Mi madre rubia y de ojos azules, mi padre de piel blanca y frondoso bigote, y los hijos castaños como él, blancos por delante y por detrás, con los ojos verdes o cafés: esa era una de las bases, quizá la principal, de nuestra sólida colocación entre *la gente decente*.

Años más tarde, ya en Europa, y los Estados Unidos, sentí y lamenté formas peores de la aberración racista entre las llamadas buenas familias hispanoamericanas. No admitían –ni por pienso– tener nada de indios, y se creían españoles, o ingleses, o franceses, o alemanes, si su apellido y su color lo permitían. En Madrid fuimos amigos de una familia limeña de mujeres lánguidas, transparentes y lindas, en donde, a cada instante, sonaban las despectivas palabras de *cholo* y *guachafita*. En Nueva York, un caraqueño de vieja familia, godo de origen y de convicción –por otra parte, hombre brillante y simpático que me enseñó las canciones folklóricas venezolanas que canto siempre en privado y, a veces, en público– se horrorizaba de que yo, alegremente, me llamara mestizo, y me decía: «es absurdo que tú te declares mestizo, siendo blanco». En Nueva Orleans, una ecuatoriana: «es tonto que tú te digas mestizo, pudiendo pasar por blanco: quisiera yo tener esa suerte». En París, en el boulevard Arago, mi amigo de Ocotlán, José Susano Godínez y yo, despertamos, un día, espejo en ristre, al grito de «aquí está un indio argentino» a un compañero de facciones enérgicamente indígenas que nos aseguraba que en su país no había un solo indio. También en París, Gabriela Mistral hizo la misma broma a un boliviano que aseguraba que era blanco puro, siendo indio. Y en todas partes los mexicanos –y quienes se nos incorporaron– fuimos siempre los abanderados del indigenismo, los más violentos críticos del prejuicio racial. Es un hecho que la Revolución no había llegado todavía a muchos países donde ya la tienen o donde la tendrán pronto.

Todo lo dicho explica mi preocupación antirracista, indigenista, más viva que en muchos de mis compatriotas. Para quienes no hayan nacido en el ambiente familiar en donde yo nací, para los que no hayan vivido en los grupos hispanoamericanos de Europa y los Estados Unidos donde nosotros hemos vivido, suena a veces a obvio lo que estoy discutiendo.

Pero no se me escapa inocente ni descuidadamente: es propósito deliberado. Creo que lo obvio hay que decirlo muchas veces, que hay que machacarlo hasta el cansancio, hasta el aburrimento: lo obvio se olvida, por obvio, aun cuando se le necesite: hay que enarbolar la maza contra el prejuicio racial hasta aplastarlo, lo que todavía está muy lejos.

«Yo soy indio» y «sí, soy indio», he dicho aquí, muchas veces. Y ahora diré algo más: si a mí me preguntan de quién prefiero descender en México, digo que de indios; si me preguntan cómo quisiera tener la piel, digo que morena; cómo el pelo, digo que negro y lacio; cómo los ojos, digo que de capulín; y cómo el coxis, digo que con la mancha llamada mongólica. Digo, también, que en México la mejor aristocracia está en Nezahualcóyotl y en Cuauhtémoc. ¿Racismo?... No, nada más lejos del racismo que la doctrina que profeso y vivo, que predico y cumplo. Racismo no; pero sí pueblo, y patria, y nación y –sin xenofobia de ninguna especie– nacionalismo defensivo y agresivo, creador y batallante. El indio es la más honda y rica raíz de México: el allanado en su gran casa, el explotado durante siglos, la carne de la Revolución –en la Independencia, en la Reforma, en 1910–, el albañil, siempre, del edificio de todos... Así es cómo, al ser mexicanos de veras, los blancos y los mestizos nos sentimos indios, tan *Indios* –con mayúscula– como Cuauhtémoc y Nezahualcóyotl.

Lo que no quiere decir que reniegue yo de mis raíces europeas sino que, por conocerlas bien, sé utilizarlas y ponerlas al servicio de mi patria. Las he puesto en mis dos principales tareas, que son la palabra y la pluma, mi labor de profesor y conferenciante en el extranjero, mi colaboración en la prensa de México y de Hispanoamérica y, en cuantos libros he publicado en mi país o lejos de él. No soy, en absoluto, como el argentino y el boliviano de los que acabo de hablar, ni al derecho ni al revés: por el espejo sé bien que no parezco indio, sino europeo; pero soy más indio que muchos indios renegados, ignorantes de las esencias de México, que merecían ser menos indios que yo, que son menos mexicanos que yo, que –por su conducta– no lo son en absoluto.

## LA PANOPLIA: ESPADA, PLUMA, ARADO Y YUNQUE

De acuerdo con mis convicciones morales y políticas, nunca me ha interesado el pasado europeo de mi familia. Ya he contado que cuanto sé de la procedencia de mis abuelos paternos es impreciso, fundado sólo en caprichosas tradiciones orales y en dudosas deducciones. Cinco años estudié en España y varias veces he visitado Inglaterra, Escocia e Irlanda: mi curiosidad nunca pasó de echarle un vistazo a los catálogos de bibliotecas y museos... ¿Qué me importan los nombres de los viejos legajos, qué puede interesarme en quienes hoy los llevan iguales o parecidos al mío?... Nada, aunque allá en los siglos haya habido, quizá, un lazo de sangre. La pintoresca crónica familiar que escribió mi tío abuelo Efrén Iduarte me interesa a partir del arribo de mi tatarabuelo a Tabasco y, sobre todo, cuando entra a la historia pueblerina de los Iduarte de Teapa. Y en cuanto al costado materno, sé naturalmente más porque los Foucher y los Paullada hablaban a menudo de los ancestros ante mis atentos oídos infantiles, primero, y luego porque libros y papeles han caído y siguen cayendo en mis manos: están ligados a los temas de historia y literatura en que trabajo. También porque no hemos perdido el contacto con los parientes de Andalucía. Sin embargo, todo lo anterior al traslado de Pierre Antoine Foucher del Poitou al Canadá y a la Luisiana, y al del tatarabuelo Esteban Paullada y del Castillo de San Vicente de Cádiz a Campeche, me tiene –dicho sea sin agravio para los huesos de nadie– completamente sin cuidado.

Pero si la heráldica asciende al nivel de historia y política, entonces sí que me interesa. Cuando supe que André Foucher, de la Rochelle, fue calvinista y participó en las luchas de la época, me dio mucho gusto; y también me lo da lo que voy sabiendo de los Estebe de Cataluña –Este-

ban, en castellano, en los documentos no catalanes—; allí husmeo las raíces heterodoxas de mi familia anticlerical y jacobina. Otro momento de curiosidad arqueológica me lo produjo el amigo francés que me subrayó cierta coincidencia de mi juventud con la de Abimélech Foucher; pero fue sólo instantánea porque en seguida pensé que son muchas las vidas que se parecen en la corriente de los siglos, en la común identidad humana. En una rápida ojeada a nuestros países hispanoamericanos encontré muchas de mayor semejanza con la mía que las que pueden fabricar los ratones heraldistas en empolvados infolios. En nuestra América están mis cajas y no en la remota Francia del pasado.

De los Foucher de la Luisiana me ha interesado el valor y la pericia militar, durante la dominación española, de Pierre Foucher, que fundó Nuevo Madrid en lo que hoy son tierras de Missouri. También la historia de Joseph como secretario de don Bernardo de Gálvez y como *Senior Judge* de Nueva Orleans. No menos que se haya asentado en el Memorial de Louis Declouet que Pierre fue conocido, a pesar de su colocación social, como *republicano rojo* —lo que coincide con la actual y manida palabreja de «rojillo»— y que se caracterizaba por sus «indecentes ironías» contra la realeza. Me ha llamado la atención cuanto he leído sobre su suegro Etienne de Boré, el primer plantador de caña que logró, por los mismos años, la granulación de la melaza, de donde provino la fortuna de sus descendientes. Satisfacción me causó conocer la participación de mi tatarabuelo Zenon Foucher en la batalla de Nueva Orleans contra la última ola imperial de Inglaterra, y entusiasmo su incorporación a México en los años de nuestra Independencia. La emigración de esa familia a Yucatán, y de otras muchas de su mismo origen, me interesa sobremanera: sin quererlo, hace años, y después queriéndolo, he ido recopilando no pocos documentos y notas, a tal punto que si no me muero pronto —ya lo he dicho— me atreveré a presentarlos en un estudio sobre las ideas liberales en dos zonas cercanas de América.

Ya en México, siempre tengo presente la lección de mi abuelo Manuel Foucher, poeta romántico, orador y periodista provinciano, asesinado por los latifundistas de Tabasco, generoso hasta la santidad, gobernador íntegro hasta la abnegación, caballeresco hasta el momento de su sacrificio. Aunque son visibles en él ingredientes intelectuales y políticos de

su inmediata procedencia francesa, lleva ya el tono «bronco y liberal» del Tabasco en donde vivió y murió valientemente. Y también de cerca me conmueve la vida de mi bisabuelo Esteban Paullada Molina, héroe de China, juarista jurado aun bajo la dominación militar del Imperio, fundador –con don Pedro Requena– del Liceo Carmelita, padre de los desheredados en la Isla azul de mi infancia. Propios y extraños me mostraron entonces a estos dos hombres de pluma y garra como imperativo ejemplo de hombría y de hombría de bien.

El conocimiento de la entereza de mi padre como juez de distrito y presidente del Tribunal Supremo para hacer justicia cuando no la había, no influyó menos en mí que el de su larga y apasionada docencia como profesor de filosofía positivista en el Instituto Juárez de San Juan Bautista. Que un ilustre maderista –Manuel Mestre Ghigliazza– lo haya llamado «el mirlo blanco de la judicatura porfiriana» y que su solo nombre, como mágica palabra, haya llevado a un valiente jefe rebelde a salvar la vida del hermano de mi madre, cuando se le conducía al pelotón de fusilamiento, son dos de las muchas lecciones morales y políticas que recibí, de manera indeleble, en la niñez. Que se haya negado a enriquecerse en muchos lustros de autoridad ha sido lección que ha orientado mi camino en parecidos trances. No menos la modestia que lo caracterizó siempre, en pugna con la pedantería curial y académica que yo también he tenido que tolerar y sortear dentro y fuera de mi patria. E igual enseñanza ha sido cuanto me contó, satisfecho y feliz, de su cuna pobre, de su ascendencia labradora y artesana.

En suma: mi único concepto de nobleza –en el verdadero y limpio sentido del término– está en el pensamiento y la conducta de los padres, que obligan al bien a los hijos. Tiene como primer escudo –ayer lo dije– el águila y la serpiente del país de indios en que nacimos, del joven e inmarcesible abuelo de todos los mexicanos. Lleva como blasón el gorro frigio de la Revolución Francesa, que aprendí en mis apellidos y en los libros de mi padre: «libertad, igualdad y fraternidad» valen y valdrán más que todos los pergaminos y los latinajos. Y destacan en mi mejor panoplia el hacha y la sierra, el martillo y el yunque, el arado y el machete de mis abuelos Iduarte, leñadores, ebanistas, herreros del pueblo de Teapa.

Si lo que he recordado puede llamarse aristocracia, soy aristocratizan-

te, para bien de los que viven cerca de mí, de mi familia, de mis universidades, de mi patria. Si aristocracia es el privilegio social y económico de hoy o de ayer, el prejuicio racial y la vanidad frívola y vacía, claro está –no necesario decirlo– no soy ni he sido nunca aristocratizante.

## EN CAMPECHE: CON EL PRESIDENTE ECHEVERRÍA

Fui uno de los que acompañaron a Luis Echeverría en su reciente gira por el estado de Campeche, en ocasión de su entrevista con el presidente de la hermana República de Honduras.

Mi primera alegría fue volver a ver, aquí y allá, a viejos amigos de la política y de la prensa, de la juventud y de la madurez. A no pocos los encontré «disfrazados de viejitos», como dicen que decía Marcel Proust, cita que hago sólo de oídas pues no puedo precisar la referencia. De igual manera deben haberme visto ellos a mí. Sólo que la palabra de «viejito» no es la que nos corresponde: en cambio, acepto la de «viejote» porque implica fuerza y entereza, ánimo y salud, pues le entramos al toro en todos los terrenos, con capa, banderillas, pica, espada y descabello. «Viejito» quiere decir acabado, y como que da lástima; «viejote» quiere decir nada más que ya se traspuso el Cabo de la Buena Esperanza, que ya se pasó del tostón, pero que todavía hay sol en las bardas. Y no sólo espiritual y físicamente, sino en el orden de los ideales políticos, de la vivacidad mental, de la consagración al trabajo, de la cordialidad.

La cordialidad no es palabra que surja aquí caprichosamente. Viene como anillo al dedo: estábamos en Campeche, en nuestro Campeche. Campechanos fueron mis abuelos los Paullada y Molina, los Morales y García de Viera, los San Juan y Perera; mis parientes los Blengio, los Ferrer Vega, los Castilla Brito, ¡tantos más!... Si hice el primer año de la primaria en el colegio del profesor Gonzalo del Ángel Cortés, en San Juan Bautista, el segundo y el tercero los cursé en Ciudad del Carmen con el maestro Juan Bautista Caldera. Si tumbé guayabas y hurté guanábanas en la Pigua y en Tierra Colorada, comí nances –y guayas en la Puntilla y Puerto Real. Aunque de infante conocí el mar en *La Montaña* de mi tía

Matilde Foucher de Brito, cerca de la barra de Chiltepec, en su posesión no entré, realmente, hasta Laguna de Términos, nadando con mi padre. Allí aprendí, con él, la paciencia para pescar. Saltando sobre las balsas encadenadas en la playa, y leyendo a Díaz Mirón y a González Martínez, tuve mis primeras emociones poéticas. De allí bogamos hacia Campeche, la quieta ciudad que no ha perdido su señorío. Nos bañábamos en San Román y en Lerma, cuyo piso de esponjas, que acariciaba la planta de los pies, me hizo sentirme oceanógrafo a los ocho años. En sus cuarteles amisté con los soldados de la Revolución, en mis noches de niño imaginativo aprendí sus canciones, desde mi ventana seguí los barcos de vela de los pescadores que salían por la tarde y volvían por la madrugada. Sí, yo me supe al mismo tiempo tabasqueño, por el nacimiento, y campechano por el abuelo.

Cuando, años después, leí en el diccionario que campechano quería decir franco, dispuesto para la alegría, dadivoso y cordial, me encantó la definición que cuadraba tan bien a mi familia. Mi padre me aclaró: «Sí, hijito, campechanos son los campechanos. Pero nosotros, los tabasqueños, lo somos también». Cuando encontré en las *Recordaciones históricas* de don Joaquín Baranda que el gentilicio dejó en la lengua el calificativo, sentí el escalofrío del hallazgo. En Barcelona, en plena guerra, en ocasión de una comida literaria a Juan Marinello y a Nicolás Guillén, me atreví a decirlo, y tras la repulsa de varios jóvenes sabihondos, tuve el apoyo de don Enrique Díez-Canedo y de don Tomás Navarro Tomás. Mi buen amigo Julito Girona, el pintor cubano, se reía de que me creyera yo maya legítimo, y lo atribuía a patriotismo indigenista; pero cuando visitó nuestras tierras, volvió diciéndome: «En la calle quería yo abrazar a todos, porque todos parecen tus parientes.» No sólo es la forma de la cabeza, sino la mirada plácida, el deseo constante de entender y agradar al prójimo, la charla suelta y cariñosa... lo que no impide que, si alguien se equivoca, reciba ofensa por ofensa y golpe por golpe. No, no estoy diciendo que somos ángeles. Lo cierto es que en Campeche, por mi sangre y mi carácter, me siento como el pez en el agua.

En ese ambiente se desarrolló la natural y recatada cordialidad del licenciado Echeverría y del doctor Cruz. Los ojos se me arrasaron de lágrimas cuando oí el *Andresito* que desde lejos me dijo la blanca atalaya.

Pulmones y corazón se me ensancharon al olor de mi tierra, con las voces que sonaban como la de mi madre, como la de mis hermanas. A pocos metros, se saludaron los dos presidentes. El cielo era azul, el mar verde, el sol de plomo, la brisa amiga, la bonhomía universal. Pensé en mis muertos cuando pasamos por el cementerio, y sonreí recordando que la avenida que a él conduce se llamaba «el último paseo». El sencillo ceremonial concordaba con la campechanía de los campechanos. Allí, y luego en el puerto y en todos los lugares, ricos y pobres, la graciosa inclinación de la cabeza, el acatamiento para el presidente y sus huéspedes, la cortesía que no es urbanidad sino delicadeza espiritual de siglos, nos envolvía y nos ataba al corazón del pueblo de Campeche. Yo sufría de que no me conociera nadie, de que nadie me abrazara, siendo tan suyo. Y por eso, apartándome de todos, levantándome al amanecer, con mis buenos amigos de un día –el mesero, el vendedor de Carey, el chofer de la esquina– iba al pueblo, y a la casona de mi tío abuelo, el doctor Manuel Paullada Escoffié, único superviviente de la generación de mi madre. Y en los baluartes busqué, sin tiempo para hallarlo, el Paullada, el cañón de montaña que en Chiná hizo tronar el valor y el ingenio del bisabuelo.

Esta es la primera gira del presidente Echeverría a la que yo he asistido. Algunas murmuraciones se desbarataron. La primera, la de la tortura física del visitante. Falso: yo hice lo que quería, me moví a mi ritmo, claro que sin crear problemas de indisciplina, fatales en toda acción de grupo. La frecuente crítica de exceso de trabajo cae al suelo por su propio peso: es el presidente quien trabaja más que nadie, y sólo predica –si eso es predicar– con el ejemplo. Y conforta haberlo visto rodeado de un pueblo que estima su devoción cívica y que le corresponde, en campechana moneda, con su vieja, sabia, dulce y señorial sonrisa.

## PREGUNTAS Y RESPUESTAS

**A** mi regreso de Campeche y México a Nueva York, me buscó de noche y de día un curioso que me enderezó de palabra, primero, y luego –al pedirle yo paz– por escrito, una serie de preguntas que no llegan a capciosas pero que, desde luego, me parecen menos pertinentes que el sesgo que aquí voy a darles. Entiendo que a los hombres públicos en acción se les presenten interrogatorios con la grabadora en ristre o el lápiz en la mano, pero no a un profesor universitario, menos a un escritor y mucho menos a un periodista, que es lo que soy, aparte de otras actividades accidentales. Creo que la entrevista tiene su razón de ser para recoger las declaraciones de un funcionario del gobierno o de un líder de la oposición, sobre todo cuando hay agitación polémica al rededor de su persona, y temo que tenga su sinrazón para hacer hablar –contra su propia conveniencia– a quien lo hace con cautela y a quien no escribe. Pero ¿a quien vive hablando, a quien vive escribiendo?... Porque lo que yo diga y escriba no estará menos bien escrito ni menos bien dicho que lo que diría y escribiría quien no conoce las entretelas de mi corazón, los rincones de mi espíritu. ¿O, acaso, se trata de llevarme a decir lo que no quiero?... Si alguien lo logra sin mi colaboración ¡qué le vamos a hacer! Pero que yo mismo me preste a la estratagema ¡no en mis días!... Llevo al cuello la cadena de mi honradez y mi sinceridad, siempre he sido menos hábil que los que no la llevan, pero no hasta el grado de que sea yo un tonto de tomo y lomo.

Al mismo tiempo, me asalta otra reflexión: ¿no es absurdo que se someta a escrutinio a quien dice todos los días cuanto siente, a quien en la conversación diaria repasa los acontecimientos públicos y aun los íntimos de su vida, a quien ha escrito y publicado cuanto piensa sobre

los más palpitantes temas?... Siempre que he creído, con razón o sin ella, que alguien quiere *investigarme* –preguntones de sociedad, anfitriones con el micrófono en el mantel o en el florero, estudiantes con el portafolio abierto o con el miniaudífono en la corbata– me he excedido en la franqueza y he dicho, desafiadamente, mucho más que cuando no me sé espiado; y a todos los he mandado a mis bibliografías, a la mano de quien quiera verlas, porque están impresas individualmente y en diversas publicaciones. Quien es un convencido de sus actos vive desnudo, quien vive desnudo no tiene por qué ocultar sus desnudeces. Y aquí hay que especificar que no me refiero a mis entrevistadores de México, entre los que hay ahora quien espera respuestas a sus preguntas amigas: hay de todo en la viña del Señor.

Al de aquí le contestaré ahora, a máquina y en linotipo, lo que él hubiera conservado menos legalmente en su disco, en su cinta, en su caligrafía. Empezó –lo reconozco– por agradarme así: «Se dice, doctor Iduarte, que usted posee el don mágico de la amistad». Y le digo: «Mi don de amistad proviene de que me he movido mucho, de que he vivido en varios países, de que he sufrido graves reveses, de que he necesitado de corazones abiertos y los he encontrado en todas partes del mundo... También de que, a mi turno, por haber vivido diversas situaciones dramáticas, he podido servir a muchos amigos. El don de la amistad descansa, sobre todo, en la buena memoria, y yo la tengo de elefante. Y en esto no hay la menor vanagloria: la memoria es cosa menospreciada... La amistad descansa en el contacto íntimo, confidencial, y ése es mi fuerte: nunca dejo de ver a mis amigos, siempre en *petit comité*, en la mesa de mi casa –gracias a mi mujer, que sabe servirla, arte difícil–, o en las suyas. Ni menos que las Gracias, ni más que las Musas, es la costumbre y la consigna. Y jamás he dejado de escribir a quienes quiero, ni tampoco dejo ninguna carta sin respuesta, aun las de los malquerientes».

Aquí vino una pregunta evocadora: «¿Es verdad que a la muerte de su mamá, en México, lo acompañaron todos los amigos de su niñez?» Le contesto: «Todos no, pero sí muchos. Allí estuvo conmigo, a toda hora, Federico Jiménez Paoli. No puedo decir en qué fecha comenzó nuestra fraternidad porque ocurrió antes de nuestros cinco años. Desde aquí me veo muy claramente con él en la calle Real de Ciudad del Carmen, ya de

noche, arreando un burrito entre risas y empujones, bajo la lluvia, en medio del lodo... También nos acompañó, a la muerte de mi madre, nuestra vecinita de la calle de Sáenz de San Juan Bautista, la hoy valiosa educadora Rosario Gutiérrez Eskildsen, por la que mi madre tenía y todos tenemos en casa verdadera devoción... Allí estaban los Pereznieto, los Ghigliazza, Luis Bobadilla, César Graham, los Ferrer, los Pellicer, que son desde la niñez, como hermanos nuestros.... Allí veo a Eduardo Perera Castillo, los Gual, a los Irabién, a mis tres provincias. ¿Que cuáles provincias?... Hombre, soy tabasqueño porque nací en Villahermosa, y por Iduarte, Alfaro, Figueroa. Pero muy campechano porque de allí son los Paullada y los Molina, y algo yucateco porque los Molina están emparentados con los de Yucatán. Además, porque en toda esa zona pasé mi niñez».

En este punto, le aclaro otra duda: «Todos mis abuelos y casi todos mis bisabuelos –menos los Foucher, que vinieron de Nueva Orleans– fueron mexicanos de nacimiento. Los tatarabuelos eran vasconavarros, catalanes, andaluces y no sé qué más; pero tengo mucho de maya, como lo indica la forma y el volumen de mi cabeza y como me lo gritaba el otro día, en Campeche, el corazón... A todo esto dediqué varios artículos de *El Nacional* que voy a reunir con el título de «Familia y patria». ¿Que a cuáles otras regiones de México estoy más ligado, que cuáles me gustan más?... Mire, se lo diré otro día: vamos por tandas, tenemos que ir por capítulos».

## MÁS PREGUNTAS Y RESPUESTAS: DE VERACRUZ

• Qué a cuáles otras regiones de México estoy más ligado, que a cuáles –aparte de las mías– quiero más?... me preguntó mi fallido entrevistador. Y le dije que esperara a este y a otros articulitos, que íbamos por tandas...

Desde luego que a Veracruz y sobre todo, a su lindo puerto. Fue la segunda ciudad que conocí –era 1919–, cuatro años después que Mérida. Y gran ciudad nos pareció por sus calles asfaltadas, por su Hotel Diligencias, por su largo malecón, por sus cafés bulliciosos, por tantas cosas que no teníamos en nuestros amados lodazales. Pasillo entre el sureste y la capital –cruzábamos el mar con aquellos temerarios *pailebots*: el Papantla, el Armandito, el Nachicom–, Veracruz se adueñó de muchos conterráneos que allí se quedaron para siempre. Otros subieron a Orizaba, a Jalapa, a Puebla, a la meta que era la Ciudad de los Palacios, para no volver ya nunca y vivir añorando, tercamente, a la selva abandonada.

Yo llegué a Veracruz en circunstancias –a pesar de mi edad– realmente dramáticas. Mi madre y yo conducíamos a México a mi hermana mayor –ella de diecinueve años, yo casi de doce–, víctima de la influenza española, tuberculosa. Allí pronunció la sentencia definitiva mi tío Nicandro Melo, médico de primera en cualquier parte del mundo, ex senador porfirista que se radicó en el puerto en 1912 y allí murió hace no muchos años. Su melena de sabio, su simpatía teapaneca y jarocho –viril y alegre–, su charla libre y a veces libertina, me encantaban. Vivíamos en la pensión Juárez, en vieja casa de amplio portalón que todavía hace cuatro años se defendía de la llamada piqueta del progreso. Allí vi por primera vez a un homosexual, el mesero de la pensión, un jotito amanerado y divertido: con los estudiantes de la casa aprendí a burlarme de ellos, con

mi madre a tenerles lástima. Yendo una vez al sanatorio de mi tío, conocí en el parque al gran poeta Díaz Mirón, enfurruñado, con la mascada olorosa en la mano que le horadó conocido balazo: sonrió cuando supo que sabía yo sus versos, cuando le dije los primeros de «A Gloria». También en la pensión vivía uno de los jueces Martínez Alomía, colegas de mi padre, creo que don Salvador, casi ciego, con grandes gafas negras. Un coche de alquiler, al cruzar yo la calle corriendo, como niño pueblerino, me testereó la cabeza, con más susto del auriga que mío. Y pare usted de contar... Poco vi en Veracruz, nada de la tierra maravillosa adonde nos llevó el tren: miraba yo los inmensos ojos de mi hermana moribunda, veía yo la angustia de mi madre.

Pero Veracruz me dejó la huella indeleble de su comunicativa alegría, la semilla de su lengua rayada, de la mala palabra en la que los tabasqueños no nos quedamos atrás y luego he ido muchas veces: cada vez que puedo. En mi primer viaje a Europa, a mis veinte años, por allí pasé. En la rica mesa de su casa, mi tío Nicandro me echó un discurso para convencerme de que, en vez de ir a París, me viniera yo a Nueva York: «No eres rico, tu padre ha muerto, tu mamá y tus hermanas te necesitan: hazte una posición, no sigas una carrera larga sin ganar un centavo... Sí, mi hijo Vicente estudió en París, pero ya recibido de médico en México –como lo sabes–, y tenía y tiene quien lo sostenga, que soy yo...” No me gustó su franqueza y me pareció cruel hasta que la digerí con la saliva de la experiencia: entonces lo quise más, como queremos a quienes no entendimos a tiempo. También en esa ocasión conversé mucho con persona de la acera de enfrente, el doctor Ignacio Millán, revolucionario, soñador como yo, con quien llevaba amistad epistolar desde que en Jalapa publicaba la revista *Norte*. Su borsalino bohemio, como el mío, me dijo adiós desde el muelle hasta el «Río Pánuco», el barco alemán que me condujo a Plymouth. En la casona de mi tío Nicandro, donde pasaba felices temporadas mi hermana Esperanza, gocé de la alegría jarocho, tabasqueña y cubana –buena combinación– de mis primos y primas los Melo del Río; mi tía Josefina, nieta del héroe de Remedios, don Juan Francisco del Río, fusilado por los espadones de España, fue hija del doctor Alejandro del Río, el cubano bueno e ilustre que, junto con su compatriota don Gustavo Suzarte, formó a mi padre. Allí estaba también Aminta Moheno, jo-

ven bellísima, hermana de nuestro casi paisano de Pichucalco, Querido. Y allí conocí entonces a Leonardo Ffrench, nacido en Puebla de familia mexicana de cercano origen inglés, que poco después casó con mi hermana, cuya casa de México es la nuestra cuando allá vamos.

El mismo elenco me esperaba a mi retorno, dos años después, más mi primo Carlos Marín Foucher y mi íntimo amigo Octavio Rivera Soto, que bajaron de la capital para celebrarlo: en el averiado piano del «Tabasco», encallado en el puerto, en medio de un norte desafortado, cantó Carlos las canciones de Guty Cárdenas y de nuestro Agustín. Y en comida solemne con el capitán Polonia, de mi barco italiano, el «Aussa», me dio la bienvenida –junto con mi primo y tío Álvaro Sandoval Paullada, junto con Juan Morales Torres– el discípulo moralmente más estimado de mi padre, Manuel Bartlett, juez de distrito, años después gobernador integérrimo de Tabasco, sacrificado por la traición y la bajeza. Y el mismo elenco –y otros viejos y otros nuevos amigo– nos espera siempre en Veracruz. Allí vivió y murió Pancho Gómez, el servidor fiel de toda mi familia. Allí está en pie Ramón Becerra, gran señor en la dicha y en la pena, casi contemporáneo de mi madre, el más alegre recuerdo de mi niñez. Y en México y en Nueva York evoco siempre a Veracruz con otros veracruzanos que allí viven o por aquí pasan. ¿Quiénes? ¿Cuántos?... ¿Que hable yo de todos?... Sí, lo haré; pero requerirá libros, no sólo artículos: así es de sávida y rica esa tierra, así está de arraigada en mi corazón.

## DE VERACRUZANOS NIÑOS

La verdad es que entre veracruzanos me siento tan bien como entre tabasqueños, campechanos y yucatecos. Si los de mi península me han rodeado siempre porque allí nací y crecí, porque la mata de mi familia es de los tres estados, sus ramas llegan hasta Veracruz. Y además –cosa curiosa, cosa significativa– por todas partes, en todo el mundo, por donde he andado, han estado siempre conmigo los veracruzanos. Será porque son muchos y más andariegos, pero así ha ocurrido y ocurre.

Cuando llegué a la ciudad de México, en 1919, entré como interno al Colegio doctor Hugo Topf, situado en las calles del Ciprés en la Colonia Santa María, que dirigía el ilustre educador veracruzano don Joaquín Balcárcel, amigo y correligionario de mi padre. Mis compañeros de cuarto eran Benito Fentanes, de no sé qué lugar de Veracruz, y Contreras –al que le decíamos *Con-tretas*–, de Oaxaca. Los dos eran niños bien dispuestos, como yo, a no dejarse sobajar por los vecinos de más edad. Me llevaban la ventaja de ser bien dados y fuertes, con algo más del pueblerino, del campesino, que yo; pero los igualaba en el arte de saber pelear a patada limpia, que aprendí en San Juan Bautista y practiqué en Campeche y Yucatán. Blanco y pecoso, de pelo corto y espeso, de frente estrecha por el cerquillo que le llegaba casi hasta las cejas, de ojos firmes y duros en plena niñez, a Fentanes le llamábamos el Montaraz. A *Con-tretas*, no: indio, de pelo rizado, prognato, era también más o menos selvático. El más flaco de todo el Colegio, también a mí me apodaban, la Raca, por raquíptico: pues la Raca y dos montaraces mantuvimos siempre a raya a los señores feudales vecinos y en digna integridad nuestro almenado castillo del primer piso. Desde aquí los veo muertos de la risa y dando saltos y aullidos alrededor de la gran palangana en que, con mis pobres huesos al

aire, aterido, me bañaba yo con agua helada todos los días. La tisis de mi pobre hermana Julieta y mi esquelética naturaleza llevaron a mis padres, por recomendación del doctor Manuel, a ordenar tan fiera terapia para un niño tropical que aún no se habituaba a los fríos de la altiplanicie. «Además –me decía sonriendo mi padre- para que no vayas a aprender a bañarte tan de vez en cuando como nuestros queridos *guachos*. Valen más que nosotros en muchas cosas, pero no es raro que huelan mal. Y dicen que no; pero es que ellos no lo sienten, no *se* sienten...» y como no había una sola bañera en el colegio –todavía estábamos, sin duda, muy cerca de la Madre España–, a las seis de la mañana subía Antonia, nuestra amada y garrida sirvienta, con el balde, la punchera, la jícara, el jabón de Reuter y la esponja o el sosquil. A veces ella misma, apiadada, me daba –¡qué delicia!– la primer friega con alcohol. También se reían mis aliados del aceite de hígado de bacalao y del vasito de vino de consagrar que tomaba yo antes de la comida, y del gran vaso de leche para la hora de dormir; pero de otro modo, porque yo los convidaba siempre.

Otros veracruzanos del colegio eran Pablo Nolasco –gordo, el mayor de todos–, Reza –moreno, sereno, tranquilo– y Rosas, blanco, chapeado como yo, de pelo rizado, bien parecido. Eran de Orizaba y estudiaban en no sé qué escuela, creo que en Chapingo. También así –más como huésped que como alumno– estaba un oaxaqueño de apellido Maza, pariente, si no me equivoco, de la esposa de don Benito Juárez. Todos me querían y me consentían, pero con Rosas –el menor de ellos– tuve un encuentro que, para nivelarnos, acabó a cinturonzos, con la mala suerte de que él lo tomó por la punta, y con la hebilla me hizo tal cortadura en la mano que sacó un hueso a flote y me dejó la marca para siempre... Así, de manera tan tierna como viril, me afirmaron su cariño los niños veracruzanos del Hugo Topf.

En la Escuela Nacional Preparatoria estuvo siempre entre mis compañeros más próximos y más queridos, desde 1921, Miguel Alemán, cuya simpatía típicamente veracruzana lo ligaba a los tabasqueños que abrevaron la propia a pocas millas de Acayucan. Estaba tan cerca, tan dentro de nuestro grupo, que a veces asistía a las fiestas y a las reuniones de la Unión de Estudiantes Tabasqueños, y era buen lector de nuestro tabloide *Tabasco Nuevo*. Nos encontrábamos también en la Alameda de la Co-

lonia Santa María, por donde vivió algún tiempo y donde frecuentaba a mis queridos primos los Marín Foucher. Más tarde, todavía en San Ildefonso, luego en Jurisprudencia, coincidimos en actividades estudiantiles, políticas, y me hice amigo de su padre en la esquina de la escuela. Con los intervalos que marcan los caminos de la vida, nos hemos seguido viendo hasta hoy mismo, y con tal espontaneidad, por encima de toda clase de circunstancias, que la risa juvenil, la broma preparatoriana y el abrazo costeño no han variado un ápice.

Otros veracruzanos había en las dos escuelas, pero son muchos y viven todavía: no puedo dedicarles el espacio ni el tono que les corresponde. Desde la casona de mi tío Antenor Sala se me aparecen en este momento el rostro pecoso, la cabeza de cerillo, la risa y la simpatía jarochas de Pipiaco Gutiérrez Zamora. Desde la juventud, me llega el primer recuerdo de Tomás Avendaño, de Huatusco, cuya fraternidad nació y creció en horas para mí difíciles. Poco más tarde la de Josefina Acosta, tan parecida a mi hermana Adelita que a veces creemos que con ella estamos hablando –los ojos vivísimos, la inteligencia saltarina, el alfilerazo a tiempo– y la de su hermano Nacho. Y la de Carlitos Hernández Parceró, alvaradeño legítimo en Nueva York y en México. Pero dejo a los que viven, y voy a los que han muerto en su carne, no en mi corazón.

## DE JÓVENES VERACRUZANOS

Cuando llegué a París por primera vez –era 1928– conocí a Antonio Riquelme, el joven mexicano que recibía de su familia orizabeña, una de las más jugosas mesadas de nuestro cotarro sorboniano. Hacía buenos versos, que periódica y concienzudamente rompía, hasta que decidió –sin razón alguna, pues eran buenos– no hacer uno más. No estaba inscrito en ninguna escuela, pero asistía a clases en todas las facultades, en los hospitales, en los más extraños museos; todas las noches iba a La Rotonde, al Dome, a La Coupole de Montparnasse, y les llamaba «mis universidades». En ellas había aprendido –decía– más que en la Sorbona. En la yema de los dedos tenía su preceptiva literaria, para reírse de ella; sabía, sobre todo, de literatura y de historia, pero era versado también en medicina, en botánica, en numismática, en oceanografía. Era una delicia oírlo conversar y disparatar sobre los vinos de Francia, de España, de Italia, de Portugal, del Rin, de todo el mundo. Yo le había llevado recados de Renato Leduc, y así, en buena cuna, nació nuestra honda, larga, inmutable amistad. Pero en París lo veía poco, porque no era ni quería yo ser bohemio: me dedicaba, con mis compañeros de cuarto, Elpidio y Aurelio Montes de Oca, a recorrer París, hasta sus últimos rincones, y con José Susano Godínez y Héctor Gojon, a fraguar la salvación política de México y de nuestra América... Pero mucho lo frecuentamos mi esposa y yo en Madrid, ya en mi segunda ausencia.

«El Coronel» lo llamaban todos en el Ateneo, en donde él me inscribió sin pedirme permiso ni dinero. «Esto es lo que te hace falta», me dijo. Báquico y eufórico, nunca perdió la más exquisita caballerosidad para todos, la más delicada decencia en la casa y en la calle, la más tierna bondad para cuantos la necesitaran. No hay republicano español, no hay

revolucionario hispanoamericano de aquella época que no recuerde los corridos que escribía con tanta gracia como propiedad. Su «retrato» es excelente:

Don José Antonio Riquelme  
y de Riquelme otra vez,  
de recia estirpe que arranca  
de las viñas de Jerez.  
No lo matara la muerte,  
lo mató Pedro Domecq.

Desde la Concha a Rosales,  
de la Concha al Avapiés,  
el Coronel se emborracha  
con Berto, con Isaías,  
con Neruda, con Andrés,  
siempre con vasos de diez...

Nunca ganara batallas  
este extraño Coronel,  
ni de noche ni de día  
se le viera en el cuartel.  
Por eso amaba a las chicas  
y a la botella fue fiel.

Y por eso aquí descansa  
nuestro amigo el Coronel.  
Viajero: cuando tú leas  
este epitafio crüel,  
vete a la taberna próxima  
y bebe un vaso por él.

A Federico García Lorca le encantaban, y se los sabía de memoria. También Rafael Alberti. Otro tanto Pablo Neruda, si no me equivoco. Y ya desde París lo había querido, y lo seguía queriendo, el corazón grande y puro de César Vallejo.

Si ha habido en Europa un mexicano noble y cordial, ágil y ocur-

rente, generoso y bueno, ese fue Antonio Riquelme. Ahorraba – él, tan suelto de mano– para darle dinero a quienes se lo pedían y a quienes no se lo pedían: al sereno, a la portera, al panadero de la esquina, al estudiante ecuatoriano, a la madre de la criada del restorán de Denfert Rochereau; le salvaba la vida, exponiendo la suya, al cura acobardado, al falangista que cayó en la trampa, aun al más feroz enemigo de sus amigos, hasta a quienes no lo merecían; y cuando regresó a México se casó desde lejos, «por poder», para servir a quien lo merecía. Era eso que fácilmente se dice y nunca se ve: un corazón de oro. No hay quien lo olvide: nosotros, Graciela y yo, menos que nadie.

Cuando volvimos de Málaga a Madrid, en septiembre de 1936, ya sueltas todas las furias de la guerra, fui el encargado de convencerlo de que partiera a México. En aquellas circunstancias, no era Madrid el sitio adecuado para que viviera su bohemia tan clara, tan pura, tan alegre, tan confiada, por lo mismo tan peligrosa. Si de alguien se puede decir que su ropaje quedó sin mancha, es de Riquelme. Y no quería irse: quería sacrificarse con todos, quería ser útil al pueblo, quería pelear en las trincheras. Cuando nos dio la alegría de decir que sí, tuvimos ganas de decirle que no. En Cartagena se quedó sin dinero, y no teníamos el menor deseo de enviárselo, para que no siguiera el viaje... Nos quedábamos, nos quedamos sin su bondad, sin su alegría, sin su risa de siempre en aquel día sangriento, en este mundo amargo y torvo. Pequeño de cuerpo, de ojos vivarachos, con bigotillo de mosquetero, con algo de charro mexicano en el andar, tostado por el sol de sus caminatas por Castilla, su risa suena y resuena en mis oídos como el mejor y más fraternal saludo de ultratumba.

A Madrid llegó a estudiar medicina otro veracruzano, Jaime Vives. Su extraordinario porte masculino, a pesar de estar en tierra de mucha apostura, enloqueció a una legión de españolas y france-

sas. Estuvimos tan cerca que, temporalmente, vivimos en la misma casa. Sólido y entero, lo veo en la Puerta del Sol haciéndoles frente, a pecho descubierto y sin armas, a los guardias civiles que a caballo avanzaban sobre nosotros, sable desnudo en alto. Nunca entregado a la política, sin haber tenido nada de extremista, sentía la justicia social y daba la cara cuando otros volvían grupas. Hablo de los meses anteriores a 1936. Nosotros estábamos en Málaga cuando retornó a México. Sin la menor tendencia bohemia, él también quiso y admiró a nuestro entrañable Antonio Riquelme.

## DE OTROS VERACRUZANOS

De España en guerra salíamos mi esposa y yo rumbo a Francia, cada vez que era posible y necesario en cuanto a lo que yo hacía y escribía. Uno de los de menos ingresos de nuestro grupo mexicano de París y Madrid –sólo recibía una beca– conté siempre con la cordialidad de todos y con el fraternal afecto de algunos de ellos, en primer término el de mi viejo amigo, el talentoso, el generoso Renato Leduc. En París y en la juventud, la vida nos sonreía, aunque lo dudáramos. Y nunca pasamos necesidad porque mi madre compartió siempre conmigo, desde México, su corta pero segura renta, salvo en una ocasión en que, por un error bancario, nos quedamos varios meses sin la cantidad que completaba nuestro presupuesto: a pesar de la capacidad ahorrativa de mi mujer –«la arañita», la llamaba Pablo Neruda, como llamaba «la hormiguita» a nuestra querida amiga Delia del Carril– hubo que pedir, por primera vez en nuestra vida, haciendo de tripas corazón, dinero prestado... Y los días pasaban, pasaban, y la canasta seguía en alto.

Cierta mañana en que, como de costumbre, fui a la Embajada a buscar mi correspondencia, la secretaria del embajador –lo era el coronel don Adalberto Tejeda– me entregó, sonriendo, un sobre cerrado, sin timbres postales.

Lo abrí en la escalera: contenía dos billetes de quinientos francos, sin recado alguno, sin tarjeta ninguna. Giré en redondo, subí y le dije a la amable señorita francesa: «Dígame, por favor, quién dejó aquí este sobre.» Y a su enfático «yo no lo sé» respondí pidiéndole otro, en el que deposité, en su presencia, los mil francos, con el encargo de que le diera las gracias al remitente. Ya trasponía yo la puerta de la Embajada cuando me alcanzó, corriendo, un hombre gordo, años mayor que yo, ágil y

elástico a pesar del volumen, movedizo como el azogue, con una corbata multicolor en la más fina camisa de seda, de ojos pequeños y reidores, dientes menudos y relucientes de blancos, negro pelo asentado con la mejor brillantina, una cicatriz en la frente, otra en la oreja derecha: «Soy amigo de Nela Ferrer, quiero mucho a Carmen Gil, me quieren mucho Gustavo Rovirosa y su mamá doña Nata, y todos lo queremos a usted. Y supe lo de su Banco. Acéptelo (con el sobre ya en la mano), un día me lo da, no ponga esa cara...» y como solución realmente llovida del cielo, dijo: «Ahí está, ahí viene Renato.» Así nació una amistad de muchos años, a la que correspondí, tratando, como siempre, de hacer tanto o más bien del que me hicieron.

Muy mal querían hablarme de Epigmenio Guzmán algunas gentes, buenas y malas, de mí contorno. No siempre me gustaron, ni entonces ni después, las blasfemias que lanzaba contra enemigos de enfrente, ni las burlas que hacía de sus conmlitonos de ayer. Nunca le celebré las anécdotas que los malévolos podían aprovechar para desprestigio de nuestra Revolución Mexicana. Pero siempre admiré su inteligencia lúcida y brillante, su palabra aguda y cáustica, su pasmosa facilidad para entender y para expresar lo que no alcanzaban muchos letrados –de historia, de política, de lengua, de música–, su fabuloso conocimiento del folklore de Veracruz... Sin haber estudiado nunca su propio idioma, Epigmenio hablaba francés y alemán mejor que muchos profesionales. Aquel campesino de Úrsulo Galván, aquel asistente del gobernador Tejeda, era un prodigio con la guitarra en la mano. El París de esa época viene a mí con sus canciones, dichas en una breve y dulce voz de tenor:

De Veracruz vengo hasta aquí,  
linda jarocho acantarte mi son,  
traigo huauchinango, cómprame,  
pulpo fresquecito y camarón...  
Porque en el anzuelo de tu amor  
quedó mi corazón.

Hasta la carcajada le regocijaba mi incapacidad para repetirlas, los sacrilegios que cometía yo al enredarlas unas con otras. «Para esto sí que no sirves», me decía en medio de sus fiestas secas y reseca, a base de refres-

cos y dulces, porque era abstemio ortodoxo. Nunca lo vi tomar una sola copa, viviendo entre quienes tomaban muchas en plena patria del vino más rico del mundo. A don Vicente Mendoza, aquí en Nueva York, y a Andrés Henestrosa, allá en México, les oí los mejores elogios de Epigmenio folklorista. Sus finos pies indígenas punteaban maravillosamente el huapango, sus manos de niño castañeteaban como andaluzas cuando nuestros amigos le enseñaron su secreto. Traía en la sangre veracruzana ritmos de muchos siglos, de muchas tierras. En nuestras reuniones familiares, cuando era yo director de Bellas Artes, sus corridos le enseñaban historia de México a mis amigos cubanos, a mis amigos venezolanos. Rómulo Gallegos le hizo repetir alguna tarde, más de tres veces, uno muy largo de la Revolución...

Poco tiempo después, cuando paladeaba yo otra vez la leche de la bondad humana, Epigmenio acreció su cariño para nosotros. Nadie –ni la gente más recta, ni la más culta– me habló con tanta delicadeza, con tanto tino, en las épocas malas; nadie me alegró tanto como él, en las buenas. Poco antes de su muerte nos encontramos en San Juan de Letrán: «Te leo siempre. Vas muy bien. Todavía no llegas, pero llegarás.» Con una sonrisa escéptica, le pregunté adonde, adonde llegaría: «Yo lo sé y tú lo verás porque, lo que es yo, me muero pronto.» Y me contó sus aprensiones, que no lo eran, riendo, bromeando. De lejos o de cerca, lo acompañé en sus años difíciles; y me tocó estar, precisamente con Renato Leduc –vieja y buena compañía–, en su muerte.

## MAR Y TRÓPICO

En su sabio intento de fijar las zonas lingüísticas de nuestra América, don Pedro Henríquez Ureña señaló hace años la del Golfo y el Caribe, en la que agrupa a los que hablan español en las costas atlánticas de México. Centroamérica, Colombia, Venezuela y las Antillas. Con las diferencias esenciales de cada región, bajo la influencia de distintos grupos indígenas, en tierras pobladas por españoles de diversa procedencia, es un hecho que mar y trópico han creado una parecida lengua común; y quien dice lengua, está diciendo carácter, psicología, manera de ser. Aun entre los pobladores de las calientes playas andaluzas y de las tórridas de Hispanoamérica hay una semejanza que no sólo proviene del parentesco que haya podido fundar las carabelas de Palos y de Cádiz. «El supuesto andalucismo de América» todavía está a discusión: fue de mismo dominicano ilustre quien lo negó, arguyendo, entre otras razones, que los que vinieron a América no eran andaluces en su mayoría. Sin descartar el lazo de sangre, es un hecho que el hijo de vascos, asturianos y gallegos que nace en Andalucía o en la América tropical, se aplatana, se andaluziza y se tropicaliza de un golpe.

Pero hoy quiero decir que, ciertamente, hay una zona espiritual que nos pertenece a todos los hijos del trópico americano. Cuando éramos estudiantes en España, el hombre de la calle nos confundió siempre con otros costeños del Atlántico. No necesitaba ser lingüista ni fonólogo para percibir el cercano parentesco de veracruzanos, tabasqueños y campechanos con colombianos de Cartagena y Barranquilla, con venezolanos de Maracaibo y la Guaira y Barcelona y Margarita, con cubanos, dominicanos y puertorriqueños, con centroamericanos de todas partes. Es

más: aun el habla de ecuatorianos de Guayaquil y de peruanos del Callao mostraba coincidencias con la nuestra. El mar y el trópico eran un visible denominador común para quienes nos oían.

El mar del Caribe es, inmediatamente después de todas las aguas de nuestro México, donde mejor nadamos los costeños mexicanos. Sin proponérmelo, en todos los sitios donde he vivido, los grupos más afines a mí han sido los de Venezuela y Cuba. Claro que esto no sólo ha sido consecuencia de trópico y mar, sino de mi vieja admiración por Simón Bolívar y José Martí, sobre quienes escribí mis primeros trabajos en el curso de historia del maestro José Luis Ossorio Mondragón. Nosotros mismos no sabíamos entonces –casi nadie sabe de donde le viene el bien que recibe–, pero sí supimos tiempo después y ahora no lo olvidamos, que el hispanoamericanismo de nuestra Escuela Nacional Preparatoria nació y se propagó gracias a la creadora pasión de don José Vasconcelos. Y claro está que mi venezolanismo también se explica por la bendición del cielo que fue conocer e intimar con Rómulo Gallegos, quien, aparte cuanto nos enseñó con su devoción al trabajo y cuanto nos entusiasmo con su gloria literaria, fue en Madrid el mejor ejemplo moral del «potro sin freno» de nuestra ardiente juventud.

Años antes, en Montpellier, mis más cercanos amigos fueron los puertorriqueños Manuel Piñeiro y Natalio Bayonet, y los colombianos costeños Alberto Hernández y Carlitos Arboleda, los cuatro de la Facultad de Medicina, carrera que no pude estudiar oficialmente pero de la que estuve tan cerca. De Madrid vive en mi corazón el recuerdo fraternal de Emilio Delgado, que se nos murió en Nueva York en 1967, y el de Salvador Tió, los dos de Puerto Rico.

Sí, en Nueva York nuestros afectos más constantes, algunos muy hondos, han sido los de cubanos y puertorriqueños, sin óbice de que también los haya tenido y los tenga entre ecuatorianos, chilenos, peruanos, colombianos, españoles... Aquí cabe aclarar que yo no hablo siempre de José Martí porque sobre él escribí mi tesis doctoral en esta Universidad de Columbia, como lo dicen los tontos: yo puse mi viejo fervor político y mi entusiasmo ético y estético en un libro, *Martí escritor*, que fue tarea de conocimiento y disciplina a la vez que declaración de principios. Y mi contacto con los puertorriqueños se ha fortalecido en Europa

y aquí, con mi larga devoción por Eugenio María de Hostos. En cuanto a Centroamérica ¿quién puede decirme a mí, tabasqueño, que Rubén Darío no es, también, completamente nuestro?... En el París de mi primera juventud formábamos una piña un guatemalteco, un nicaragüense, un salvadoreño, un costarricense... En la rue Bolívar –decía Carlos Pellicer en significativo poema–, nos saludamos los hindúes y sus antepasados los mayas...

Y esto que converso me lleva a recordar el estallido de alegría que me regaló Gabriela Mistral, por esos mismos años, en su casa de Bédarrides, el precioso pueblo de los alrededores de Avignon: a dos visitantes suyos que injuriaban el trópico, que decían ser felices de no tener nada de tropicales, les dijo: «Pues Simón Bolívar, José Martí y Rubén Darío –nada menos– lo fueron de alma y de cuerpo.» «Y Justo Sierra», completé yo.

Nada de lo dicho implica que estoy más cerca del trópico que de México, como alguna de las víboras que nos corren entre los pies puede querer entender, puede luego babear. Quiere decir, nada más, que el ancho mar y el ardiente trópico moldearon la arcilla maya y europea de que estoy hecho. El primer círculo concéntrico –allí está mi raíz, mi médula, mi almendra– es mi patria mexicana, y luego sigue el de mi patria chica: tabasqueña y campechana y yucateca y, a su lado, la veracruzana; y luego el mundo que adivinaron mis ojos desde las fragantes caletas de Chiltepec, del Carmen, de Lerma. Ese mundo también me ha dado su calor y su amor en el largo camino de la ausencia.

## DEL SURESTE IMAGINATIVO

Casi todos los intentos de caracterología nacional o regional –no me gusta la palabra, pero, de momento, no encuentro otra– han fracasado redondamente, siempre, cuando se hacen con aire científico o magisterial. Tengo muy presente el alambicado *Franceses, ingleses y españoles*, de Salvador de Madariaga. Y tratar de distinguir a pueblos tan cercanos y tan hermanos, de hecho gemelos, como lo son los de mi infancia –Tabasco, Campeche, Yucatán y Veracruz– es querer partir longitudinalmente un cabello. Pero en el aire de la simple conversación y sabiendo que tratamos de materia gaseosa y cambiante, imprecisa e invisible, sí podemos decir lo que sentimos y pensamos, lo que creemos ver a través del vapor y del humo. Al fin y al cabo, esto lo hacemos los seres humanos, todos los días, para elogiar la casa propia, y lo hacen los seres infrahumanos para despellejar la del vecino.

Hay un hecho cierto: todos los hijos de México, desde Veracruz hasta Yucatán –aparte de otros sitios que no entran en mi tema–, son imaginativos. Aquella frase que leí u oí no sé dónde, en el sentido de que en México la energía está en el norte, la cultura en el centro y la imaginación en el sur, aunque generaliza en demasía, tiene mucho de verdad. Hay energía, cultura e imaginación en todo el país, pero la firmeza parece más clara en las tierras fronterizas, la cultura más honda en lo que fue el núcleo del virreinato y la imaginación más suelta en el trópico del Golfo. Sí, no cabe duda: los del sur son más imaginativos.

Ciertos versucillos que aquí no quiero recordar –porque elevan a unos para rebajar a otros– dicen que «no hay tabasqueño discreto». Lo que ocurre es que la imaginación le retoza en la cabeza, le borbotonea en el corazón, se le agolpa en el pecho, le mueve los brazos, le alumbr

los ojos, le cosquillea en la lengua y, por fin, se le escapa por los labios. No es indiscreción, es necesidad imperiosa de darle salida al alborotado caudal de sentimientos y pensamientos que se le agolpan en el alma. Verborrea, habla compulsiva, boca-grande, «bla, bla, bla» apodan a su potente charla todos los pozos secos que no pueden imitarla. ¿Qué agua pueden dar los cuitados si no tienen ninguna? ¿Cómo no han de envidiar al que tiene un Grijalva y un Usumacinta, y sabe regalarlo en cataratas?... Pero aquí conviene aclarar que nosotros no tenemos, ni nadie tiene, el monopolio de la rica conversación: la hay –volumen más, volumen menos; gracia mayor, gracia menor– en todo el mundo. Alfonso Reyes, por cierto, escribió muy bellas páginas sobre lo parleros que son los norteamericanos. Y no se diga de italianos, griegos, franceses, alemanes, rusos y, claro está, no se olvide a nuestros abuelos de allende el mar. Hablantines –me consta– los hay en todas partes, hasta en Inglaterra.

De atrás le viene el pico al garbanzo: a nosotros, de Andalucía, de Asturias, de Madrid, de Levante, del país vasco, de toda España. Pero no sólo de ellos: el indio, en su dulce canturría, es también de plática larga. Mi mujer y yo seguimos una vez, en el mercado de Huauchinango, a una pareja india que deleitosamente hablaba, embrujados por su palabra tenue y tersa, inacabable, y avergonzados de no entender el azteca. Sí, vergüenza debemos tener los mexicanos de no saber, además del castellano, los idiomas nativos, siquiera el náhuatl, el maya, el zapoteca... Sólo que el indio habla en voz baja y en *petit comité*. En esto, yo me les parezco: siempre he odiado los grupos; mi charla es confidencial; en la mesa, ni menos que las Gracias ni más que las Musas...

Verdad es que hablar mucho es peligroso, como tantos refranes lo acreditan: «el pez, por la boca muere»; «en boca cerrada, no entran moscas»; «quien mucho habla, mucho yerra»... Pero yo tengo la seguridad de que quien deja salir de su cabeza lo que piensa y de su corazón lo que siente, tiene el cuerpo más sano y el alma más limpia. En los pueblos que ejercitan la comunicación verbal, hay menos locos, menos suicidas, menos psiquiatras. La diaria catarsis los libra de calmantes, de electrochoques, de psicoanalistas. No en balde la sabiduría secular de la Iglesia oyó a sus hijos en el confesionario. Y además: quien mucho calla, mucho oculta; y quien mucho oculta, fácilmente traiciona. La democracia, por

otra parte, exige un mundo locuaz y comprometido, como ahora se dice: ¡Temblemos de los políticos enconchados, de los gobernantes silenciosos!... Entre un hablantín y un mudo, me quedo con el primero, lo que no me lleva a olvidar la tragedia que debe ser –nunca la he padecido, por fortuna– un cencerro en casa y diez en la oficina.

Sigamos, pues, tabasqueños, campechanos, yucatecos, veracruzanos, tropicales en general, abriendo el pecho todos los días, sólo que con un cuidadoso respeto del tiempo y de la paz del vecindario.

## GRACIA Y PASIÓN DEL SURESTE

De Veracruz a Yucatán todos somos conversadores y francos, abiertos, comunicativos y –si usted quiere– indiscretos, a mucha honra; pero de diferentes maneras. En el común denominador, los numeradores son ligeramente distintos. De cualquier modo, la verba de todos y los matices de cada región pueden servirnos para clasificar lo que se ve y para tratar de conocer lo que queda por dentro.

El veracruzano –me refiero al más cercano a nosotros, al jarocho, al que nace desde el puerto hasta nuestra frontera tabasqueña– habla tanto como nosotros, pero tiene más rienda. En el mismo momento de la carrera, lleva firme la mano sobre el más fino y enérgico freno, y tira de él, o lo suelta más, cuando debe, cuando ha de templarse o aflojarse. Muy hablantín es el veracruzano, pero casi nunca para su daño. Desde aquí los veo: el ojo abierto o entrecerrado, siempre avizor; cuando ve de un lado, cuando parpadea, cuando lo baja, ya se está desviando del terreno peligroso en que se había metido.

Su plática aparentemente desatada, salpicada de los más libérrimos y sápidos términos, tiene firmes amarres y sólidos pivotes en el espinazo: nunca los rompe ni los salta. A veces parece que tartamudea, que balbucea, que se distrae: no, no es eso, sino que da la vuelta o busca puerto. No es un descubrimiento decir que los veracruzanos son los mejores políticos del sureste y que se cuentan entre los más hábiles en nuestra historia. Nombres y fechas lo dicen.

Dentro de una catarata de palabras, el veracruzano teje su tela. No es una máquina loca, sino máquina muy bien gobernada. Y aquí recuerdo a un personaje de Turguenev, si no me equivoco de su novela *Humo*: era un jefe de estación, en medio de la estepa rusa, que se abría de cámaras y

parecía que iba a meter la pata, que iba a regarla, como dicen los jóvenes de hoy. Esto lo temían los demás, pero él nunca. Del abismo se apartaba en un esguince, y decía sólo lo que quería, cuanto quería. Un día, en Europa, traté a un funcionario mexicano que era igual al del cuento. Hablaba hasta por los codos, temblaba uno de verlo a punto de despeñarse, pero no se despeñaba. Con un gentil compás de palabras, y una traviesa sonrisa, salvaba el precipicio. Se las daba de muy campechano. Un día le dije que podía serse maquiavélico callando, pero también gobernando el torrente de palabras. Y le encantó la observación porque di precisamente en el centro del blanco. Era un hablantín, no un tonto ni un imprudente, lo que no es lo mismo. Y al decir lo que digo no estoy hablando mal de los veracruzanos, sino muy bien: a la exuberancia de la plática tropical hay que agregarle el tino y el acierto, la rienda y la brújula, el astrolabio y el timón. ¡Felices quienes los poseen!

El tabasqueño y el campechano son igualmente conversadores; pero el ímpetu mayor, está en Tabasco. Todo el sureste es apasionado: más lo es el tabasqueño. «La pasión, que colorea la frase, y convierte la lava en púrpura y las escorias en montañas de piedra», escribe mi mano, sin proponérmelo yo. Sé que es frase que, en mi juventud, me gustaba mucho: ¿de Rufino Blanco-Fombona?... No estoy seguro... Sí, la pasión del tabasqueño es una de las más encendidas que conozco. Adolfo López Mateos –a quien tanto le simpatizaban los hijos de mi tierra: no sólo en él he conocido tan explicable predilección– decía que en la sangre traían esencias de sol y de luz. Ciertamente, el tabasqueño arde en la vigilia y en el sueño, cuando calla y cuando habla, cuando ama y cuando odia... Como todas las formas de la energía, es riqueza aprovechable; pero antes de que se le encauce, puede ser maldición que conduce a la tragedia inútil, que enrojece la pupila del hombre, que lo lleva a vivir la vida ciego de furia, ayuno de razón y de juicio. Nadie puede cantar la llama que, sin causa justa, arruina tanto la propia vida como la ajena.

Esto no quiere decir que el tabasqueño no tenga un costado humorístico que afloja cuerdamente el arco. Muy dado a la anécdota jocosa –en ella hemos tenido maestros como Marcelino García Junco–, el chiste jabona, suaviza y alegra su palabra.

Sin duda, hay igual caudal pero menos tensión en la plática del campechano. Un guerrero parece el de Tabasco; un navegante, el de Campeche. Puede el campechano pelear, y pelea bien; pero no vive para la pelea... Quizá me equivoque yo, pero veo más campechanía –como debe ser– en el campechano: uno mira a la selva, el otro al mar. En guardia vivía el tabasqueño –hablo de los de mi tiempo–, celoso de que nadie lo ofendiera: ésa es la mejor manera de detectarla –usemos la usual palabrita–, hasta cuando no la hay. Temblemos y aclaremos fraternalmente, a tiempo, cuando se irisa la mirada hermana, y tiremos rudamente del freno cuando sintamos que a nosotros se nos enciende la sangre ante el gesto acaso descortés o la palabra quizá ofensiva. Prefiramos, en definitiva, la ofensa bien callada que la bien vengada.

## YUCATÁN: EL REMANSO

Insisto en que la plática del campechano me parece más plácida que la del tabasqueño. Y digo siempre me parece, porque nadie puede asegurar nada sobre este tema, etéreo como el aire. La caracterización regional es difícil, si no imposible, porque cada zona tiene diversas clases sociales, a veces más distantes entre sí que las que coinciden, por su colocación en la pirámide, en las distintas regiones. En cada zona hay, además, subzonas, rincones que pueden estar más relacionados, psicológica y geográficamente, con las vecinas: la Laguna de Términos imprime sobre los carmelitas tanta o más huella que el mar que la liga con su Campeche. Y por otra parte, cada quien habla de la feria según le va en ella. Aquella fue mi feria, esta es mi versión...

Si el campechano es un tanto diferente del tabasqueño, más todavía me lo parece el yucateco. Conversador también, hablantín también, pero siempre muy dulce, muy tierno. Sin duda Yucatán es más indio que las otras tres regiones. Aunque se haya hablado tanto de la furia de los nativos en la guerra de castas, yo creo que ésta nos viene del lado de España. Cierto es que yo no he visto al maya enardecido en el combate, y sí, muy de cerca, al español. Creo en la ternura maya porque la vi entre los criados de mis parientes porque la aprendí en las canciones que me enseñaban Ernesto Denis y Andrés Ruiz, en las letras que me regalaba mi noble amiga Antonio Médez Bolio. ¿Idealizo, sueño? ... Es posible: pero he andado por muchos caminos del mundo y, en cuanto a dulzura, me siguen los ojos del Mayab.

Muy dentro de México están los yucatecos, más dentro que lo que las lenguas dicen, pero no hay duda de que es una isla en cuanto a buen

número de sentimientos y de actitudes. De allí los chistes, alguna vez torpes, que se les hacen. Si por ellos se les juzgara, se pensaría que son menos inteligentes que el resto del país. ¡Y qué lejos de la realidad!... Lo son tanto como los que más, sólo que con una completa incapacidad para entender el lenguaje de la injuria y para responder al de la mofa. Más bien dicho: con una filosofía superior que no le da entrada ni a lo rudo ni a lo infame. Con sus ojos impasibles, no con la baja palabra, el yucateco la contesta: «tu palabreja no me alcanza, no me roza, no me toca, no me hiere porque no la veo, porque no la oigo, porque –para mí– no existe. Si me asalta la brutalidad, si me sitia la ruindad, me voy para Mérida».

Y esta frase que a los yucatecos se les atribuye a modo de guasa insulsa –«me voy *pa'* Mérida»– debe servirnos para saber que son ellos los que ríen, al último, de quienes de ellos quisieron burlarse. No quiere decir –como lo creen los verdaderamente tontos– que para huir del cólera, ayer, o de la bomba atómica, mañana, salieron y saldrán corriendo hacia su blanca y linda ciudad. Quiere decir que, a broma pesada, oídos de palo: que ante el aire infecto, pies para qué los quiero; que si el mundo se entenebrece, hay que volver al cielo puro bajo el cual se nació. Yo así lo entiendo, yo lo adivino así. Quizá por herencia de la vieja raza maya me he dicho, en ocasiones, «me voy *pa'* Mérida», a una Mérida ideal –fuera del odio, lejos de la ira–, y a ella me he ido muchas veces.

No hablo de viaje geográfico, hablo del mundo de quietud y ternura que simboliza la capital de mis parientes y mis amigos yucatecos. No hay vanidad, ni nacionalismo, ni patriotería en su «me voy *pa'* Mérida». Si hay conocimiento y sabiduría del ser humano: más vale poner foso y puente levadizo entre nosotros y la infamia; no vale la pena de rasgarse las vestiduras, ni de quebrar la clásica línea hierática combatiendo y venciendo a quien no lo merece, predicando y convenciendo a los juramentados para no entender.

«Finos oídos tiene la raza» escribía Alfonso Reyes. «La casta come lento, como el venado bebe», decía Gabriela Mistral. El gran mexicano y la gran chilena, los dos tan cerca de mi corazón, hablaban del indio mexicano, y a todos los de América les viene bien; pero yo he sentido más su

alabanza cuando estoy entre los mayas porque mi tradición, mi sangre, mi nacimiento, alargan mis antenas para su defensa. Finamente comen y beben, tiernamente oyen y susurran: así recuerdo la plática entre ellos, así la sigo oyendo en la entraña, como el chorro de la fuente, con cuya caricia nos dormimos de niños y soñamos de hombres.

## MI CUNA DE CUATRO RUEDAS

Por allí dejamos archivado hace más de dos meses –en mi artículo «Preguntas y respuestas»– al curioso impertinente que, al volver yo a Nueva York, de Campeche y México, enarboló tremendo cuestionario sobre mi vida pública y privada... Ya él ha visto –y con él quienes me han leído– que fue más pertinente el sesgo que yo le di a sus preguntas, puesto que nadie maneja mejor el caballo que su propio dueño: ya han visto que no es poco lo que tengo que contestar a cada una de ellas; ya han visto que no están menos bien escritas que como estarían las tuyas; ya han visto que no necesito bules para nadar; y ya ven, en suma, que en la respuesta, como buen tabasqueño, un mucho campechano, un tanto yucateco, otro tanto jarocho, soy imaginativo, indiscreto, plácido y malhablado. Esta última virtud tendrá más campo para ser aplicada a otro tipo de preguntas, que ya extraigo del cesto donde las había tirado.

Pero antes de salir de mi sureste, de mis lares y mis penates, le haré al preguntón otro remache –aprendido en mi tatarabuelo– de herrero teapaneco.

Para mí, Veracruz –el puerto– es un mundo de alegría y de risa, un escenario de gracia y chispa, el lugar más simpático de todo México. Tabasco también es las tres cosas, pero, además, la liza donde es deber y plaacer la pelea del hombre frente al hombre que lo atropella. Campeche es encantador y jocundo y, ante el drama, lo tienta más el camino del mar, que son todos los caminos: por ellos, yo he ido a todas partes. Y Yucatán es, para mí, el remanso.

Cada quien habla de la feria según le va en ella, dijimos antes. Las cuatro regiones son la insuperable feria de mi niñez, de mi juventud y de

mi vida entera porque conmigo las he llevado hasta hoy, y así las llevaré hasta la muerte o –si se puede– más allá de la muerte.

Nací en Tabasco un primero de mayo a las once de la mañana: ardía el sol, hería la luz, se calcinaba la tierra, bramaba el río, se oía crecer la hierba, crepitaba la selva, caían diluvios del cielo, rugía el tigre, silbaba la serpiente, sacaban chispas de sus machetes los hombres en pelea abierta, se oían cada día más y más disparos... Se batieron todos poco después, el huracán revolucionario pasó por mi calle barriendo injusticias, en la esquina de mi casa vi por primera vez a los hombres caídos en su sangre, los brazos abiertos, la mano yerta sobre el pistolón, el playón desierto, el silencio amenazante del río... Pero en mi casa, antes y luego, había una ternura en el padre y la madre, en la abuela materna, que no he encontrado igual en los mejores paraísos del mundo. Los que de México se quejan y sueñan con lo extranjero, lo hacen porque no conocen ni lo propio ni lo ajeno. Y luego las lecciones se sucedieron: la de la rectitud de mi padre, alto funcionario judicial, y la de su amor a la juventud, maestro de filosofía. De mi abuelo paterno, cuya sombra seguía presente en mi cuarto, la lección del trabajo y la alegría, la de su torno de carpintero y la de su guitarra de folklorista. Por mi madre y sus hermanos llegó hasta mí, todos los días, la de la hidalguía y el heroísmo: con ellas vivió y murió el otro abuelo, el gobernador. Las enseñanzas, en el orden de las ideas, no fueron pocas: laicismo por todos los costados, sin un adarme fanático; juarismo de mi abuelo y mi bisabuelo; liberalismo y positivismo mexicanos, legítimos, de mi padre. Y lo que faltaba me lo dio pronto la calle: pueblo en armas, revolución.

Luego, en Campeche, me recibieron mis diez tíos y mis cincuenta primos, más alegres que nosotros, casi andaluces: aunque había batalla, reían como si no la hubiera. Sus casas, sus patios y sus traspatios eran universos para que el niño se perdiera en lindos sueños, y desde la Puerta de Tierra se veía el mar que llevaba a Cuba la bella, la de los maestros de mi padre, y a Francia, y a España. Un mundo viejo y opulento veía yo en los baluartes lejanos, en las murallas de la esquina, en los pisos de mármol, en el señorío de hombres y cosas. En sus cuarteles aprendí a querer a los guachos, que con sus canciones me revelaron la Revolución Mexicana... En Yucatán era dura la contienda, pero aquellos benditos con sus

calzones blancos, con sus blusas almidonadas, que caminaban cadenciosamente entre las balas de Argumedo y De los Santos, me enseñaron dulzura, a toda hora, en su dulce lengua maya. Un día deshicimos el camino y volvimos a Campeche y Tabasco. Y otro día, pronto, a Veracruz. El país sangraba en su millón de heridos, velaba a su millón de muertos, y yo envidiaba las cananas y las pistolas relucientes. . . Mi hermana, lentamente, se nos moría. Pero en Veracruz aprendí a reír y, con los veracruzanos, puse alegría, desde entonces, sobre mi pasión tabasqueña, sobre mi campechanía campechana, sobre mi ternura yucateca.

De cuatro ruedas fue mi cuna tropical. Y con ella he ido por el mundo, llevando su sol y su luz en los ojos, su risa en los labios, su hombría en el puño, su nombre en la pluma. Con ésta lo he escrito en todos los idiomas.

## DEL ANTIAMERICANISMO INFANTIL

El viajero mexicano se divide en varios grupos, según sus preferencias, pero –desde el ángulo en que ahora lo observamos– puede colocársele en los siguientes tres casilleros: el que aborrece a los Estados Unidos, no sólo a su gobierno sino también a su pueblo, a todas sus clases sociales, así, en masa, y sólo por necesidad imprescindible toca su suelo; el que gusta de sus ciudades y sus campos, y reconoce alguna virtud en sus ciudadanos; y, finalmente, el que los adora. De todo hay en la viña del Señor...

Quienes los odian ciegamente son la consecuencia natural del vecindaje y la guerra militar y económica de tantos años. A nadie que tenga dos dedos de frente puede sorprenderle que el mexicano no quiera al país que fue –como escribió don Justo Sierra– «el ogro de nuestra historia». Por eso, hay que oírlos siempre con profunda atención. Y, en mi caso, no sólo por lo dicho, sino porque yo fui más o menos como ellos. Lentamente pasé del violento repudio a la pasajera curiosidad y, luego, al interés creciente y al juicio objetivo, con conocimiento de causa, hasta la comprensión humanista que ha de ponerse siempre –claro que sin renunciar a fundamentales principios– en entender a todos los hijos del pequeño planeta en que vivimos. Hoy, de los Estados Unidos, me gustan Nueva York, la ciudad cosmopolita que nos ha acogido siempre cuando a ella hemos llegado, atractiva para mí a toda hora, aun en este momento convulsivo e inquietante de su vital historia; San Francisco, donde sólo residimos tres meses; algo, Baston y Filadelfia, en donde sólo hemos estado de visita; algo más, Washington, tan llena de recuerdos de amigos queridos, ya muertos o todavía en pie; mucho, las montañas y las altas planicies de Wyoming, en donde fui profesor y cabalgué en sus lindos

caballos en verano inolvidable; y, por encima de todo, Nueva Orleans, que me conquistó en 1931 y que junta, para mí, el embrujo del pasado ancestral y el de mi juventud esperanzada. Aquí pasamos ahora mismo, de día en archivos y bibliotecas, de noche en el Vieux Carré, las cortas vacaciones de Navidad y Año Nuevo. Y conste que dije que me gustan esos sitios... Porque en cuanto al verbo amar, está consagrado a mi patria. Pero no por no amar –precisemos la contrapartida– ignoro los méritos del hombre y la belleza del suelo en los cuatro puntos cardinales. Odiar a ciegas, repudiar sin juicio, sentenciar sin ver ni oír ni pensar, no son más que restos de un pasado zoológico, como lo sería el rabo en el hombre...

Ya he contado que a mis veinte años, al salir para el extranjero, cumplí mi viejo deseo de poner proa hacia Europa, hacia Francia. Tan pronto tuvieron noticia de mi trayecto el licenciado Querido Moheno –viejo amigo de mi familia, a quien traté gracias a la polémica que con él tuve– y mi tío Nicandro Melo, el gran médico de Veracruz, me dijeron que siendo yo hijo de una viuda, hermano de dos muchachas casaderas y sin más riqueza que el nombre de mi padre y el de mi abuelo, debía emigrar a los Estados Unidos para ganar el dinero que necesitábamos o para estudiar lo que pronto podría producirlo, y no a París, en donde sólo podría yo entregarme a ensueños y letras nada remunerativos. Y a su prudente consejo contesté llamándolo «sentido común» y aun «razón menguada» –en versos de Díaz Mirón– y con mis ataques al monstruo a quien por Martí le conocía ya las entrañas, con mis reproches al Calibán de mi Ariel.

Mi información directa sobre los Estados Unidos era inferior a la literaria y a la histórica: era francamente pobre y desafortunada. El primer recuerdo que de los norteamericanos tenía yo, los marinos de gorra blanca y uniforme ceñido que se paseaban por las calles de Laguna del Carmen en los mismos días de la dolorosa ocupación de Veracruz: se acercaban a nosotros con infantil sonrisa y con olorosas manzanas de California o de Oregon, pero los manteníamos a distancia: «son buenos muchachos –nos decía mi madre– pero mientras no se vayan a su tierra, no podemos quererlos». Menos bien le hizo a los norteamericanos en mi corazón, la estampa de aquel gringo que, en el patio vecino, mascaba tabaco y besaba y mordía a la mulata Eduvigés. Y más mal todavía el que

una noche se puso a espiar a mi prima y a mis hermanas, apartando con un bastón las cortinas de mi casa: cuando le avisé a mi padre, que ya dormía, y salió y clavó al *rascabuceador* –así los llaman en Cuba– de un golpe, en la pared: recuerdo más a lo vivo esta escena ahora que en la esquina de las calles de Toulouse y Chartres nos encontramos, de pronto, como cosa de magia, con mi compañera de la infancia, Angela María Morgadanes. Fue su padre, buen gallego de Pontevedra, tabasqueño por alianza y adopción, nuestro vecino, quien salió de su casa y logró limitar el castigo de mi padre a la necesaria advertencia. Y tampoco nos dejó grata huella el estudiante de Chicago, amigo de mis parientes de Nueva York, que visitó México, fue invitado a una de nuestras serenatas, bebió más de la cuenta y perdió el equilibrio en todos los sentidos de la palabra. En cambio...

El «en cambio» es, por fortuna, muy amplio: lo comenzaré otro día...

## EN CAMBIO...

En cambio, fue decisiva la visión que de los Estados Unidos nos daba semanalmente la revista *Cine Mundial*. Aunque ligera y frívola, gracias a sus artículos –con su nombre o con su seudónimo de Jorge Guaitzel los firmaba Francisco Ariza, a quien años después conocí en Nueva York– a las direcciones de las actrices y los actores, y a los modelos de cartas en inglés que en ella aparecían, entré en correspondencia con las más lindas y con los más valientes, o, mejor dicho, con sus secretarias: preciosos retratos de Margaret Clark, de Hope Hampton, de Gloria Swanson, de Pola Negri, de Mary Pickford, de las Gish, de las Talmadge, embellecían las paredes de mi cuarto de niño de trece años. Mis primos y mis amigos se extasiaban contemplándolos, y aun mi padre les lanzaba miradas de refilón. También los de Eddie Polo, de Tom Mix, tan parecidos a mis tíos de Tabasco, y, en serie, la estampa genial de Charles Chaplin. Fue él quien empezó a revelar las violentas luchas sociales del mundo pujante y temible en que vivía. En esa misma revista hallé, si no me equivoco, las primeras noticias sobre el proceso de Sacco y Vanzetti.

Por los mismos días llegó de Nueva York o de Nueva Orleans don Manuel López, conterráneo nuestro y norteamericanista apasionado, con un reluciente automóvil Marmon, que nos maravilló a mis hermanas y a mí. Su dueño lo dejaba a la puerta de nuestra casa, Zacatecas número 52 de la Colonia Roma, y lo cuidábamos hasta el punto de que, cuando llovía, lo cubríamos con los impermeables y las mangas de hule de mi papá. En la mesa nos contaba don Manuel maravillas del país vecino y nos leía párrafos de *La alegría de vivir* y *La felicidad del matrimonio*, de Orison Sweet Marden, que regaló a mis padres. «No es gran cosa –nos decía mi papá– pero, como a Manuel le gusta, no hay más

remedio que aguantarlo». Poco después volvió de Baltimore mi primo Romeo González Blengio, y su alabanza fue aún más eficaz: en el Parque del Ajusco nos contaba a los muchachos sus amores con paradisíacas estudiantes norteamericanas. Pero, sin duda, la más fiel y valiosa pintura del país vecino llegó a nuestros oídos en la mesurada palabra de *Mr.* Mortimer Tappan, que nos daba clases particulares de inglés, padre de dos maravillosas niñas rubias que llegaron a ser íntimas amigas de mis hermanas. Por cierto que en la excelente biografía de José Santos Chocano, de Luis Alberto Sánchez, vine a enterarme de que *Mr.* Tappan fue testigo del matrimonio neoyorquino del gran poeta. Sí, *Mr.* Tappan era hombre fino y mundano.

Entre tanto, bajo la dirección de diversos profesores de la Escuela Nacional Preparatoria, escribía yo mis trabajos sobre el Padre Hidalgo y nuestra Independencia, sobre la de las colonias angloamericanas, sobre la primera desmembración de México –entonces conocí y admiré el flagelo polémico de don Carlos Pereyra–, sobre Bolívar, sobre nuestro Juárez, sobre Martí, y entré de lleno en el fuego antiimperialista de mi generación.

Esta es la historia, en síntesis, de mi antiamericanismo infantil y adolescente, que sólo tiene el interés de ser una muestra más de cómo nacimos y nos formamos los muchachos de mi tiempo. A los veinte años me fui a la Universidad de París, que acrisoló mi convicción política, le añadió una visión hispanoamericana, continental, y la llevó a una rebeldía sin cuartel contra el mal pasado y el feo presente, muy parecida a la de los jóvenes de hoy: el sistema era defectuoso, no tenía remedio y había que arrancarlo de cuajo... Pero, al mismo tiempo, la ciudad divina e infernal nos enseñó amor a la vida y nos regaló su sonrisa contra toda limitación pueblerina y contra toda furia sectaria.

En el Congreso Internacional de Estudiantes nos encontramos con que la delegación norteamericana estaba dividida y que la mayoría pensaba lo mismo que nosotros, y aún con mayor fervor revolucionario. Allí conocimos a muchachos mejor preparados en historia y en ciencia política que todos los de nuestro grupo hispanoamericano, y a un poeta que podía darnos lecciones de literatura española. En el restaurante Aux Ivelines del boulevard Saint Michel hicimos amistad, José Susano Godí-

nez y yo, con dos lindas estudiantes de Boston, ágiles y graciosas, sanas y deportivas, que amaban sin la menor sombra de vicio ni de pecado. El encuentro duró poco tiempo, pero ¡cuánto aprendimos de ellas! Ya a mi paso por Londres había yo entrevisto un mundo anglosajón sabio, liberal, demócrata, preocupado por la justicia en todos los confines del mundo, que empezó a poner en tela de juicio mis sentencias a rajatabla. En la escuela, en el museo, en el café, en todas partes conocí norteamericanos y norteamericanas muy diferentes de como me los había yo imaginado, y en libros y revistas estudié la historia y seguí la actualidad de los Estados Unidos. No todo en el poderoso país era malo ni bárbaro: al lado de Calibán, también estaba Ariel.

Y en marzo de 1931 salimos de México, Alejandro Carrillo y yo, para visitar varias universidades norteamericanas y para representar a la Confederación Nacional de Estudiantes y a nuestra Universidad Autónoma en un debate político que tendría lugar en Wáshington el 13 de abril. El tema a discusión era: «la política de la América Latina debe girar –o no debe girar– en torno a la de los Estados Unidos». La afirmativa la sostendrían dos estudiantes puertorriqueños; y la negativa, nosotros los mexicanos.

## ACÁ, DE ESTE LADO...

En el tren de Laredo nos encontramos, Alejandro Carrillo y yo, con un enutrido grupo de senadores y diputados. A poco hablar, entramos en una discusión que no llegó a violenta gracias a la presencia de don Manuel Garrido Lacroix, fraternal amigo de mi padre. Recuerdo desde aquí el rostro, la estampa y aun la voz de algunos de ellos, pero no doy ningún nombre porque la controversia fue colectiva y no pasó de epidérmica. Uno de los más calificados –no sé quién era– nos dijo al despedirse de nosotros en Monterrey: «Si todo eso que piensan van a decirlo en Washington, se meterán en un lío». Le contestamos que íbamos, precisamente, a eso.

San Antonio me gustó más a la ida que a la vuelta, porque al regreso ya pude entrar más adentro en la dura realidad de nuestros mexicanos de Texas; pero, aun entonces, mi juventud fue feliz en aquella libertad de amar: una mexicana, algo hispanoamericana, ya un poco norteamericana, menuda y vibrante, de grandes ojos negros, me enloqueció por unos días que hubiera yo querido que fueran siglos. ¡Qué alegría correr por las calles con el volante en manos de mi amiga! ¡Qué dolor ver cuanto fue nuestro, oír a los que dejaron de serlo, a los que nos decían que nunca lo fueron!... Mucho del ambiente aprendí en mis frecuentes pláticas con el licenciado Francisco J. Santamaría, devoto discípulo de mi padre en el Instituto Juárez de Tabasco, superviviente de la matanza de Huitzilac, que allí sufría melancólico destierro. Comiendo tacos y enchiladas en toscos platos de cuatro compartimentos, evocábamos alegre y tristemente a nuestro México: daba grima que los sabores se hubieran amestizado, pero confortaba que resistieran, que hubieran resistido tanto a la conquista. Lloraba yo cuando recordábamos –y era a toda hora– el sacrificio

de nuestro Rafael Martínez de Escobar, del «Tonchi» Jáuregui Serrano, de Otilio González, de Carlos Vidal, del general Francisco Serrano. Mi juventud, naturalmente, era más optimista que la madurez del lingüista: México cambiaba ya, iba por buen camino, y un día –anticipaba yo en un folleto– «conquistaríamos la manzana de la discordia para distribuirla bien». La chispa tabasqueña amenizaba las tertulias. Al conocer a Alejandro, Santamaría dijo: «¡Mosquetero! ¡Qué buen equipo forman: usted, corpulento y forzado como Porthos; Andrés, delgado y volátil como D' Artagnan!» Entonces conté yo que mi hermana Adelita había ya hecho estampa semejante: en Alejandro veía un San Bernardo, en mí un galgo longuilíneo. ¡Cuántos sueños en la tierra cercana y ajena!... Pero no todos lo fueron: algunos se realizaron, otros se nos vinieron, para siempre, al suelo...

Luego siguió la inolvidable experiencia de Saint Louis Missouri: en una de sus universidades presenciamos los *Greek Games*, y la estatuaría belleza de las estudiantes me sedujo hasta el más alto punto: «¡todas, todas son Isadora Duncan!», clamaba yo en mi entusiasmo. Allí tratamos de formar una asociación de estudiantes latinoamericanos de signo rebelde, en la que el líder fue un compatriota que años después, siendo yo director de Bellas Artes, y él hombre acaudalado, nos ofreció sorpresivamente, evocando aquellos momentos, un banquete en nuestra linda Morelia. No, no me gustaban las ciudades norteamericanas: como de pacotilla, aun cuando por dentro fueran cómodas, siempre con su aire de campamento, tan lejos de mis modelos seculares de México y Francia; pero ¡qué limpieza en las calles, qué orden en el tráfico, qué nitidez en los excusados, qué perfume en los baños!... No me gustaba su comida, pero ¡qué sana y nutritiva, qué maravilla la de sus carnes, qué variedad en pescados y mariscos!... No me gustaban la prisa jadeante ni la puntualidad tiránica, pero sentía yo que el mundo –y yo en el mundo– las necesitábamos... Las bibliotecas eran un prodigio de riqueza, de método, de información, de eficacia, de atención al lector, de ayuda al visitante. En cuanto al trato de la gente universitaria, era abierto, sencillo, y su paciencia para escuchar nuestros dicerios no sólo me asombró sino me adoctrinó para siempre. No, yo nunca hubiera podido aguantar en mi país que nadie entrara a saco en nuestra historia y nos pusiera tan redon-

das y sangrientas verdades en la cara. Cierto es que nosotros no teníamos, no tenemos ningún pasado de fuerza y atropello; cierto que ellos podían usar los blindados oídos del fuerte, la garganta deglutidora de piedras y guijarros del mastodonte. Cierto, cierto, pero, de cualquier manera, qué lección para mí que los conocía sólo de lejos, que tanto los ignoraba yo en sus adentros, en su casa, de acá de este lado. Ni en la Francia liberal de mis amores, ni en el París mundano de mi diario recuerdo, nadie hubiera tolerado aquellas arremetidas. Y menos en nuestra ya amada España, que sólo había yo entrevisto, en donde todavía no había yo vivido, en donde iba a vivir, tan profundamente, en su paz republicana y en su heroica guerra.

Alejandro de nada se asombraba, puesto que hacía tiempo que sabía. Aquí en Nueva Orleans –y antes en San Antonio– fue estudiante por varios años. Conocía buena parte de la Unión y había ganado, siendo mexicano –este no era ni es grano de anís– un concurso estatal de oratoria (en inglés, naturalmente). Para mí todo era novedad, de día y de noche, y en alas de la sorpresa volaban, felices, mi amor a la belleza y a la justicia.

## DEBATE POLÍTICO EN WASHINGTON

No, no todo era malo en los Estados Unidos. Claro que nunca lo ignoré, pero siempre puse empeño en apartarme de la alabanza de ayankados, de agringados, de deslumbrados, de mareados, de alquilerados, de vendidos, como diariamente los llamábamos en nuestros virulentos artículos. Por fin, en tierra norteamericana, podía yo ver de cerca, las dos caras de la moneda, verificar lo positivo y lo negativo, lo favorable y lo adverso. No sólo para conocer el país del norte –previsión ineludible de quien es vecino– sino como lección de cuán lejos está el dicho del hecho, aquel viaje fue para mí decisivo. Desde entonces aprendí a domeñar la pasión y el sectarismo, a buscar la verdad y la realidad en sus fuentes. Fue el viaje que permite al joven asomarse al mundo diferente y malquerido: allí empezó a parecerme obligación imperiosa la de becar a nuestros estudiantes en el extranjero, y empecé a ver con horror y con lástima a quienes cierran sus fronteras a los que no piensan como ellos.

Por supuesto que nunca fallamos en cuanto a fundamentales convicciones políticas y a definitivos valores morales. Ni tampoco pasamos a ver todo color de rosa porque antes lo habíamos visto todo negro. La discriminación racial nos preocupaba y nos dolía –estaba a la vista, en todas partes– y en ella encontramos, como el mismo Sarmiento, tan norteamericanista, «el cáncer de la Unión». Era, además, época de crisis, y las filas de hombres sin trabajo, vendiendo manzanas en las esquinas o pidiéndonos un *quarter* para comer, nos mostraban las previstas grietas de la economía imperial. Y en la prensa recogíamos datos, todos los días, sobre el continuo avance de los Estados Unidos en nuestra América.

En Washington, antes del debate, se presentó el inevitable incidente político. Cuando nos llegó la invitación para el 14 de abril, Primer Día

Panamericano, y a nuestro aviso de que no iríamos se nos dijo que de antemano habían contado con nuestra presencia, dijimos por qué estaríamos ausentes. La prensa fue a preguntárnoslo, y subrayamos que, para nosotros, ese día era el de las colonias, y la Unión su Ministerio. Al día siguiente, temprano, sonó el teléfono: el embajador Téllez nos esperaba en seguida. Persona de nuestra mayor estimación, lo escuchamos atentamente: nos llamó a mejor diplomacia para bien de nuestro gobierno, y precisamos que nosotros no éramos sus representantes, sino sólo de la Confederación de Estudiantes y de la Universidad Nacional Autónoma; insistió en que reflexionáramos más, para bien de todos, y contestamos lo que habíamos decidido decir y hacer «por convicción personal y por mandato de nuestros representados»; y ya en la puerta nos alcanzó el señor Huerta, consejero, y tras larga plática la continuamos con Anselmo Mena, secretario, desde entonces nuestro amigo: él me prestó el *smoking* que llevé al debate. El rozamiento quedó resuelto porque acordamos que cada quien procediera según su criterio y, sobre todo, porque el doctor Leo S. Rowe, presidente de la Unión, fue personalmente a visitarnos al Wardman Park Hotel y a decirnos que no sólo respetaba sino aplaudía a la juventud rebelde. Como transacción, aceptamos un té en honor nuestro y de nuestros contendores puertorriqueños... ¡pero no el día 14!

Así llegamos al debate que tuvo lugar en la George Washington University. Alejandro, en su inglés fluido y elocuente, expuso nuestra posición política; y yo, en español, y cuando cabía, en francés, hice lo mismo. El era el orador; yo el lector: mi impetuosidad de entonces me llevaba fácilmente a pasarme de la raya de la discrepancia. La hoja de papel era la rienda que yo mismo me imponía. Alejandro les hablaba en su idioma – no me refiero sólo a su inglés, sino al conocimiento que tenía del mundo norteamericano–, y yo lo confirmaba con textos de Martí, de Rodó, con «Los cisnes» y la oda «A Roosevelt» de Rubén Darío... Lo extraordinario para mí fue que el público nos aplaudía a nosotros mucho más que a los puertorriqueños: había yo olvidado que quienes nos oían, eran, en su mayoría, jóvenes como nosotros. La polémica, naturalmente, se fue caldeando más y más; y cuando ardía, ocurrió lo inesperado: uno de los muchachos de Puerto Rico, Antonio Colorado –mi amigo hasta hoy–, ante un reproche nuestro, saltó a la tribuna y declaró que ellos pensaban

exactamente lo mismo que nosotros, esto es, que la política de los países latinoamericanos no debía girar en torno a la norteamericana; que ellos habían venido a sostener lo contrario como simple ejercicio dialéctico, como deportiva práctica polémica. Y arrancando de su cartera las letras de oro del nombre de su padre, me las entregó en estrecho y emocionado abrazo. Los jóvenes revolucionarios gritaban de júbilo; un sacerdote vasco, al oír mi cita de Darío –«y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!»–, lloraba de alegría y me lanzaba bendiciones: creía, por mi apellido y mi traje negro de siempre, que era yo su correligionario.

Un día después, precisamente el 14, estábamos Alejandro y yo en el restorán del hotel, comiéndonos dos de los rojos e incomparables *steaks* que –esos sí– me conquistaron del todo, cuando puso el dedo en el diario: acababa de proclamarse la República en España. Gritamos y lloramos de alegría y salimos corriendo a celebrar el acontecimiento con nuestros amigos hispanoamericanos.

Del norte nos vinimos por tren a Nueva Orleans, la linda ciudad en donde escribo, a punto ya de decirle otra vez hasta luego.

## SONORA EN NUEVA ORLEANS

**M**ediaba todavía el mes de abril de 1931 cuando Alejandro Carrillo y yo llegamos a su casa de Nueva Orleans. Su visita fue para la familia, y para su contorno mexicano e hispanoamericano, un acontecimiento, en cuyas celebraciones participé, naturalmente, en primera fila.

El hogar, tradicional en todos los sentidos mexicanos de la palabra, sufría la pena de una doble mutilación, afortunadamente pasajera. Su jefe, don Alejandro, alto funcionario del Servicio Exterior Mexicano, tras de residir con la familia tres meses en Yokohama –donde vivieron el apocalíptico terremoto en 1923– y en Londres, se asentó como cónsul general, por varios años, en la ciudad neoorleanesa, para que sus hijos pudieran estudiar sin interrupciones; pero, trasladado a Lima, se impuso, firme en su propósito, el duro sacrificio de la separación. Ya Alejandro, el hijo mayor, mi compañero de viaje y de polémica, se había incorporado, al terminar su *college* en la Universidad de Tulane, a la nuestra de México, donde seguía, como yo, sus estudios de abogado. Y ahora llegaba, no sólo a pasar unas semanas con su mamá, con la abuelita materna, con los dos hermanos menores –Enrique y Héctor– y con la única hermanita, todavía una niña, sino a dar los últimos pasos para la próxima y ansiada reunión de la familia en la capital de México.

Ocupaban un típico *bungalow* norteamericano, sencillo, cómodo y funcional, como ahora se dice. No sobraba nada, pero nada hacía falta. El agua caliente en las cañerías fue mi primera felicidad: tropical, nunca había dejado de bañarme diariamente o –ya lo he dicho– con una frecuencia respetuosa de las pituitarias ajenas; pero en México era un heroísmo, bajo la ducha helada, y en París un escarnio, cada pie, en turno, dentro del lavabo, esponja en ristre, obligada sustitución de mis añoradas jícaras

mexicanas. En la cocina, las estufas de gas y las eléctricas reemplazaban con ventaja nuestras viejas hornillas de carbón vegetal. En la esquina, los buenos autobuses que iban y venían del centro de la ciudad y de las dos universidades, y, a la puerta, el cochecito que manejaban Alejandro y Enrique. Había que ponerle gasolina, que aceitarlo, que lavarlo, que cuidarlo, y en la tarea los dos muchachos se turnaban. También en las labores de la casa: allí hice, por primera vez, mi cama, y mostré tal diligencia y simetría que me conmovieron las felicitaciones de la familia. Se comía en el antecomedor, a un paso de la cocina, para que el transporte fuera más fácil. ¡Ni un criado, ni una sirvienta!...

¡Qué bien se sentía el alma de no tener a nadie por debajo de nosotros, de no saberse con más privilegios que los demás, de no dar ni oír una orden, de valerse todos con sus manos!...

El contenido era aún mejor que el continente. Muy a menudo he escrito sobre las tangencias de los mexicanos del norte y los de mi sureste: no voy a extenderme sobre el mismo tema aquí, aunque la tentación es grande. En la franqueza, en la campechanía, en la extroversión nos parecemos; sólo que nosotros somos más locuaces, más pasionales y, quizá, más alegres. Por todo esto, caí como el pez en el agua. Mi entusiasmo en cuanto veía, mi euforia en cuanto contaba, la exageración y la caricatura que nunca faltaba en cuanto describía, caían, también, en ambiente hospitalario, en oídos sencillos y atentos, en limpios corazones. Al día siguiente de nuestra llegada, era yo un miembro de la familia. Si un extraño hubiera entrado de pronto a la casa, no hubiera podido saber que no era yo un hijo más, salvo, claro está, por la gran estatura de los dos muchachos mayores, mis contemporáneos.

Claro que es en la mesa y en la sobremesa donde nacen y crecen las alianzas duraderas. La comida del noroeste mexicano, sana y abundante, recibió en seguida el homenaje de mi ancestral apetito. Las tortillas «de agua», sin grasa, se me escurrían por la garganta en la buena cena; las de manteca hacían una fiesta de mis desayunos. ¡Qué delicia la cazuela, qué acierto la machaca con huevo! Los «burritos» eran tan sabrosos como nuestros tacos, pero dejaban más seguro el estómago, y limpia la dentadura. Fiel siempre a mi tortilla de maíz, desde entonces entré en bigamia con la de harina. ¿Y el *mochomo*, negro como hormiga sin ponzoña, que

me recordaba mi carne salada de Tabasco? ¿Y el caldo de queso?... De pollo o de res, sus chiles en rajas eran iguales a los de nuestra altiplanicie... («Es el mismo platillo», dije yo años después en otra casa querida; «pero con personalidad propia el de Sonora», precisó Oscar Morineau. También sonoreense, hermano mío que desde 1964 vive la muerte en su casa de Cuernavaca, más infortunado que su compañero de males, Adolfo López Mateos, que se fue antes). Y, entre todos, el platillo insuperable fueron los frijoles maneados, que hasta hoy me siguen pareciendo los mejores de México. «Claro –me dice alguien– porque el queso de Sonora, que hace hebra, no tiene rival». ¿Y aquel atole espeso que comíamos con cuchara, el *batarete*, o algo así?... Con materia prima e ingredientes de la Luisiana, la mesa de la familia Carrillo Marcor igualaba, y a veces superaba, a las que luego he disfrutado en Hermosillo, en Guaymas, en Navojoa, en Cajeme. Y conste que de buena comida hermana, la de Sinaloa, también puedo hablar, porque mi suegra, de mano maestra en la cocina y de mano mágica en la sazón, es nada menos que de Culiacán.

## EL HOGAR MEXICANO

Todavía hoy sigo paladeando los frijoles sonorenses que descubrí, hace ya más de cuarenta años, en Nueva Orleans. Chirriantes nos los servía la abuelita, una viejita menuda, de amplia frente, espejuelos ovales en fina armazón de plata, tras de los que brillaban unos ojitos dulces y alertas, feliz de mi elocuente homenaje a su sabiduría coquinaria. La dueña de la casa también iba y venía, pendiente a toda hora del huésped parlanchín, siempre iluminada por la más alegre sonrisa, aun cuando algún resbalón verbal dejara a la vista mi teológica heterodoxia.

Buenos mexicanos, como lo somos todos los que nacemos de Sonora a Yucatán –salvo alguna res de hierro falsificado– nos guiaba a todos el empeño de complacer al prójimo, esa esencial urbanidad, nativa, tradicional, secular de los mexicanos, que tanto se echa de menos cuando se anda por el mundo... No saben que es bendición divina para México, los que no han salido de nuestras fronteras, los que sueñan en el extranjero con alma de payos o paletos, los que creen que todo el mundo es orégano. Sorprende a cuantos visitan nuestro suelo: encanta a los espíritus elevados, los ruines no la entienden. Hace poco oía yo a una bella mujer –cuánto duele que salgan de una linda boca tantas sabandijas– que se quejaba de que en México todo el mundo decía sí, de que nadie decía no: «les falta energía y firmeza», comentaba. Le contesté que si un día alguien lastimara –con mala sangre, con mala fe– a uno de los nuestros vería cómo sí sabemos decir que no: con la lengua, con los ojos, con el puño, con cuanto es menester... «La cortesía: un lubricante», escribía en *Charlas de café*, si no me equivoco, don Santiago Ramón y Cajal, quien tan profundamente la tenía. La nuestra está hecha de ternura india y de señorío español. Se la encuentra en los claros campos de Castilla,

en los de toda España; algo menos, en sus ciudades; y siempre me pareció más seca que la mexicana. Aunque se me acuse de indigenista a ultranza, creo que su mejor dosis nos viene con la piel morena, sin descontar la de la España del XVI. Regla universal es en México el deseo de agradar, el horror de herir a quien nos quiere. «La filosofía de la sonrisa», acertó Martín Luis Guzmán al hablar de Alfonso Reyes, flor maravillosa de la raza, aquel gran señor que regalaba la nobleza en la más tersa palabra, en la mirada más fraternal, en el incansable afán de comprender y de servir.

Digo todo esto porque, naturalmente, la familia Carrillo Marcor y yo no coincidíamos, punto por punto, ni en lo humano ni en lo divino. En política mexicana no estábamos enclavados exactamente en el mismo casillero porque ellos provenían del cogollo sonoreense, y yo del tabasqueño que, del ataque al gobernador Garrido, fue a dar al antiobregonismo y al anticallismo más impetuosos; pero en Adolfo de la Huerta y en Gilberto Valenzuela hallé puentes de coincidencia. Y mucho me cuidé de no mostrar en ese hogar hospitalario mi escandalosa tarjeta migratoria de la Secretaría de Gobernación, con la que venía yo desafiando a quienes no tenía por qué amar: «religión, ninguna», decía; pero también busqué las tangencias morales que partían de mi revolucionaria devoción por Jesucristo, reforzada en Francia por mi cercanía a Gabriela Mistral.

Mi amistad con los muchachos fue perfecta: con Enrique coincidí en que habíamos de ganarnos la vida lejos del poder público y acariciamos el plan de una sociedad comercial que, para su ventura, se quedó en proyecto; y a Héctor, todavía un adolescente, tan buen estudiante como Alejandro, le contaba yo de la capital y de la Universidad de México, que lo esperaban.

Don Alejandro estaba en el Perú. Desde allá venían, en todos los barcos, sus tiernas letras, y no había día en que la esposa y los cuatro hijos no se las correspondieran. En la mesa estaba su nombre a cada instante: acababa de llegar su carta, o ya estaría en el buzón, o vendría por la tarde; precisamente sobre el tema de que hablábamos, él había dicho así; el platillo que saboreábamos era, nada menos, su preferido; ese señor de quien yo hablaba bien, era su amigo, y aquel de quien hablaba yo mal, también... Ejemplo y norma, don Alejandro estaba entre nosotros de alma entera, a pesar de hallarse tan lejos. Cuando lo vi por primera vez, en la

casa de la avenida Durango, de México, donde su hijo vivía, nos abrazamos como viejos amigos. Hombre corpulento, de paso firme y pausado, de mano fuerte y cordial, mostraba en su porte la sobriedad y la varonía de su Sonora. Tan dado yo al respeto de los hombres buenos y honrados como mi padre, sentía a su lado el halo de protección que me faltó desde la muerte del mío, en mi adolescencia. Él se sabía parte esencial de mi amistad con el hijo y, a través de nuestras pláticas, podía asomarse al mundo universitario y político en donde transcurrirían nuestras vidas. Desde mi primera visita a su casa de las calles de Tuxpan me aleccionó por alusiones discretas, evitando el consejo directo que al joven rebelde pudiera parecerle excesivo: su sentido práctico, del que siempre he carecido, y su experiencia, mucho mayor que la mía, me ponían ante los ojos, de bulto, verdades y realidades rotundas. En sus últimos tiempos, durante mis frecuentes visitas a México, me invitaba y me llevaba casi de la mano, como a un niño, todos los domingos, a la primera fila de la plaza de toros.

A su tumba lo llevamos, un día doloroso, el general Lázaro Cárdenas, cientos de amigos que lo quisieron y no lo olvidan, yo uno de ellos...

## MI PRIMER NUEVA ORLEANS

MI primera visita a Nueva Orleans, a pesar de las muchas enseñanzas que recibí en tres semanas, o precisamente por haberlas recibido en tan poco tiempo, me dejó un sentimiento de frustración. Todavía era yo un mal viajero: el joven ve siempre hacia adentro, casi nunca hacia afuera. Mi actividad se redujo a la convivencia con la familia Carrillo Marcor –fuente de las más puras emociones de mi viaje–, a la visita a algunas casas hispanoamericanas y mexicanas –entre ellas, tres de tabasqueños–, a nuestras pláticas en las universidades de Tulane y Loyola, a las recepciones que nos ofrecieron diversos grupos de compatriotas por afecto a Alejandro y por nuestra polémica en Washington, a nuestras esporádicas compras en las tiendas de ropa, a una escapada nocturna y sigilosa al Vieux Carré, a otras diurnas a su mercado francés y a la Catedral de San Luis –donde, por mi tía Juliana, sabía yo que estaban las actas de bautismo de los Foucher y los Estebe–, a dos o tres felices paseos a *City* y a Audubon Park, a la contemplación lejana y pasajera del gran río Mississippi y del lago Pontchartrain...

Lo que más me encantó de la ciudad –¡qué duda cabe!– fueron las lindas criaturas que conocí en Tulane, en Loyola, en los grandes almacenes de Canal Street. ¡Qué ojos, qué cuerpos, qué dulzura!.. Sin llegar a gordas, su línea era –y sigue siendo– más curva que la atlética y huesuda de las del trayecto recorrido, la sonrisa más frecuente, el ademán más femenino, más picante el coqueteo. Que allí estuvieron Francia y España salta a los ojos del más distraído, y era especialmente conmovedor para un mexicano que, por la rama materna, traía en el consciente, y quizá en el subconsciente, vaga pero emocionada memoria de un pasado batallador, aventurero, sensual... También me aproximaba a la Luisiana la

naturaleza bravía, la gran mole del río, y algo, en el aire húmedo y cálido, que anunciaba mi trópico cercano: en línea recta, a poco navegar, llegaban los filibusteros a Campeche, a Sisal, a Isla Mujeres. Sin la lujuriosa riqueza frutal de Tabasco, los puestos del French Market me saludaban fraternalmente con sus chayotes, sus aguacates, sus plátanos, sus papayas, sus mangos. Una garza blanca se deslizaba sobre vastas aguas como las de mi Grijalva y mi Usumacinta, y un pámpano me decía «cómeme, como en Campeche». La paleta de colores era más rica que la de todos los sitios del norte de donde veníamos. También la de los seres humanos. En la calle vi, alguna vez, hermanos y amigos enlazados varonilmente del brazo –cosa rara y equívoca en el resto del país– y más alegría en el rostro. Aun los mismos negros, a pesar de su tremendo pasado en las plantaciones de índigo, de caña, de algodón, y de su todavía duro presente, eran más bullangueros y espontáneos. En cuanto a la comida francesa y *creole* –que no es exactamente lo mismo que *criolla*– poco aprendí en esa primera visita: no había tiempo ni dinero para gastarlo en grandes restaurantes y, además ¿para qué, si teníamos en casa de Alejandro la sonoreense, la mexicana?...

Cuando mi anfitrión compró el precioso Ford en que volvimos a México, sentí un nudo en la garganta: no lo había sentido al salir de ninguna otra ciudad norteamericana. Cuando me dijo «saldremos mañana», le sugerí una prórroga de cuatro días. Siempre me ha caracterizado la fácil adaptación al sitio adonde llego, y hasta hoy tengo la tendencia a alargar una visita en vez de hacer varias. Pero mi entrega a la ciudad neoorleanesa, y mi arraigo a ella, fueron inmediatos, hondos, profundos. Su seducción fue extraña, mágica, como un flechazo de amor, como el clásico *coup de foudre*. No tuve ninguna pasión de mujer en Nueva Orleans, quizá porque me gustaban todas y en San Antonio me esperaba un encuentro feliz, y en México el más hondo y duradero amor de mi vida. Pero al despedirme sentí un extraño desgarramiento, como un año antes en Francia y en Cuba, como años después en España. ¿Existirá la memoria ancestral?... Sospecho que sí porque también en Cádiz y en Málaga, en La Habana y Santiago, en París y en Marsella –por donde también vivieron abuelos míos– he sentido que algo se me rompe en el corazón cuando les digo adiós. Y no hablo –claro está– de mi cuna de cuatro ruedas, de Ta-

basco y Campeche y Yucatán y Veracruz, y de todo México, porque por sabido se calla: allí están mis cajas, allí mis ancestros de tierra y de lava, nuestros señores los mayas y los aztecas que me han acompañado, a toda hora, por el mundo. Otros lugares del extranjero me gustan y aun me encantan; a otros los estimo y los admiro; con otros estoy ligado por el trabajo diario, por la vida en común; pero los dichos son los sitios donde al llegar me he preguntado: «¿cuándo estuve yo aquí?», y donde al irme me he dicho: «sí, aquí estuve yo hace cien años, aquí viví siglos».

Pero –insisto– yo era todavía un mal viajero cuando por primera vez recorrí parte de los Estados Unidos y pasé aquellas maravillosas semanas de Nueva Orleans. Aún tenía la vista empañada por una mezcla de legítimo sentimiento patriótico, de justo antiimperialismo político y de vano europeísmo desdeñoso. El encendido rencor de mi niñez por la afrentosa ocupación de nuestro Veracruz, el vivo dolor por la brutal mutilación del cuerpo de la patria en 1847, la ira por todos los abusos contra nuestra América ponían, entre este país y mis ojos, dos sombras de luto y sangre.

## LA BUENA CONCIENCIA

No hubo un solo sitio donde no nos recibieran bien durante nuestro recorrido norteamericano de 1931. En todos había no sólo interés en saber de México, sino verdadera avidez de noticias, de comentarios, de información sobre su historia, su política, su economía, sus artes, sus letras... En aulas y comedores, en fraternidades y casas de familia y hoteles, jóvenes y viejos nos trataron con invariable cordialidad siempre, antes y después de oír nuestras verdades. De veintitrés años yo y Alejandro de veinte, nos comportamos como buenos embajadores de la juventud mexicana, de la Confederación Nacional de Estudiantes y de la Universidad *Autónoma* –subrayo, como entonces subrayamos siempre, la autonomía– y, en suma, de México. No hay vanidad en la alabanza, porque todo eso ocurrió hace cuarenta y un años... Nunca ocultamos nuestra posición íntegramente independiente y casi siempre discrepante del gobierno mexicano, pero jamás se nos escapó una palabra injuriosa. Cuando alguien trataba de tirarnos de la lengua –cosa frecuente– se quedó prendido de ella, desairado. Y cuando algún otro agredió verbalmente a nuestro país, a nuestra casta, a nuestra estirpe –recuerdo con precisión dos casos– no tuvo que ir por la respuesta a Roma. El combate violento y virulento lo habíamos hecho y lo seguiríamos haciendo en México: los trapos sucios se lavan en casa, no se arrancan piltrafas de patria para pasto de las fieras. Esa norma –esto no es tampoco autoelogio, sino cumplimiento del deber– se ha mantenido y se mantiene incólume después de medio siglo.

El gesto de vinagre con que yo pasé la frontera fue cediendo lentamente, y en Nueva Orleans dio el salto hasta la sonrisa. Las viejas y las recientes cicatrices de mi carne mexicana e hispanoamericana, mi

convicción antiimperialista y mi engrimiento de inconfundible cuño estudiantil del parisiense Barrio Latino, me ponían en la mente, a cada instante, los más agresivos conceptos, pero no llegaban a la boca, o se suavizaban en el camino: «Sí, ese rascacielos es obra extraordinaria de la ingeniería norteamericana; pero ¿qué vale al lado del Partenón?... Sí, su museo es riquísimo; pero ¿qué es, al lado del Louvre?... Buenas bibliotecas, bellas universidades; pero ¿qué son junto a Santa Genoveva, a la Sorbona?...» La voz de la razón, antes silenciosa, me daba pronto la respuesta: «Cada cosa en su tiempo, a su hora: no pongas el mismo rasero al ayer europeo, al hoy americano». Igual era mi diálogo interior sobre los héroes: «Sí, Jorge Washington merece respeto; pero ¿qué vale, revolucionariamente, al lado de Hidalgo y Morelos, y, militarmente, de Bolívar?... » (Resonaba en mis oídos el panfleto histórico de don Carlos Pereyra, *Bolívar y Washington: un paralelo imposible*, y la empecinada deturpación de don Rufino Blanco-Fombona, a quienes, a diario, leía).

«Abraham Lincoln es, para nosotros, el más alto de los fundadores de este país; pero ¿puede compararse con nuestro Juárez?...» y repetíamos la justa precisión del gran Martí: «Y por ungida que esté para los hombres libres la América en que nació Lincoln, es más grande porque ha sido más infeliz y porque es la nuestra, la América en que nació Juárez». La voz de la razón susurraba: «Té vas acercando al equilibrio: quieres más lo tuyo y a los tuyos, y haces bien; pero no le niegues al vecino el agua y la sal, el pan y el vino: también los tienen». Oía frases ya turísticas: «Esta catedral es una de las más antiguas de nuestro país... Nuestra universidad fue fundada hace dos siglos... En este museo recogemos lo más escogido de las artes de nuestros indios...» El escarnio cruel hablaba en mi cabeza: «Están en pañales los pobrecitos... ¿Esta iglesia blanca es la catedral? Ni la de Tajimaroa: si vieran la de México, la de Puebla... Todo suena aquí a nuevo, a crudo: las universidades de México y Lima son de 1551... Pobres pieles rojas: tras de exterminarlos, ahora los aprovechan. ¿Sabrán estos señores que existen Chichén Itzá y Teotihuacan?...» Me contestaba la buena conciencia: «Es legítimo y conmovedor que quieran conservar su historia, y no menos que vuelvan a sus indios. Como rectificación de un mal pasado ¡qué buen síntoma! y en cuanto a los nuestros, los estudian tanto y a veces más que nosotros mismos...» La

befa inquinosa tomaba en la mesa otros caminos: «¿Esta agua sucia es su cerveza? ¿Ha bebido usted, señor, la Carta Blanca, la Dos equis?... ¿Esto es vino? ¿Qué diría un francés?... ¿Se comen así esta carne? ¿Sin aderezo? ¿Y con esos pedazos de apio crudo? ¿Pues qué, la ablandan bajo la silla de sus caballos?...» Pero seguía la oportuna respuesta interior: «Te ofrecen lo que tienen. Su cerveza es diferente, es otra, y menos mala que la francesa y que la española. Su vino no es peor que el tuyo. Y su carne muy superior a la tuya y a la europea...» «Esta es la ciudad más bella de los Estados Unidos, y una de las más interesantes del mundo», nos decía un amigo de Nueva Orleans; y la mofa murmuró por dentro: «Sí, porque es española y francesa». Pero acertó el buen juicio: «Cierto, como San Francisco viene de España y de México, como Nueva York del mundo entero... Pero las tres ciudades viven y prosperan, sin perder sus raíces, porque los de este país las han regado todos los días, porque las tres son creaciones norteamericanas con materia prima extranjera. Eso son los Estados Unidos: un mundo cosmopolita crecido en América con fuerte tronco, profusas ramas; lindas flores, ricos frutos, copa que llega al cielo, aunque en su desarrollo gigantesto haya perdido muchas de sus buenas esencias, haya empeorado muchos de los viejos males...»

## DE LA PASIÓN A LA SERENIDAD

Salí de los Estados Unidos sin la deformación que me traje de Europa y que vi repetida, punto por punto, en el París de 1963, primer retorno a sus maravillas después de un cuarto de siglo de ausencia. Visitaba yo un centro nocturno, con un querido amigo francés; y, de pronto, entraron y nos rodearon varios grupos de turistas norteamericanos. «¡Los bárbaros!...» exclamó, y siguió con el precioso poema de Rubén Daría contra los alemanes: «¡Los bárbaros, Francia! ¡Los bárbaros, cara Lutecia!...» «¿No lo seremos tú y yo?...», le pregunté. «Porque ¿crees que no puede haber entre ellos algún hijo legítimo de Thoreau, de Whitman, de Poe, de Longfellow?... y es más ¿quién te asegura que no está entre ellos un Faulkner, un Sandburg, un Frost?... Y, por otra parte ¿eres tú nieto, por el espíritu, de Molière o Hugo, de Voltaire o Verlaine, o lo soy yo de José Martí, de Justo Sierra, de Rubén Darío?... ¿No seremos tú y yo, en esta hostilidad indiscriminada, los verdaderos bárbaros, en vez de ellos, que nos sonríen y quieren brindar con nosotros?...» Comimos y bebimos, conversamos primero de mesa a mesa, un matrimonio se empeñó en hacernos pasar a la suya, y allí inicié una amistad duradera con alguien que sabía más literatura hispanoamericana que yo.

Antes de mi viaje de 1931 a los Estados Unidos, veía yo en cada norteamericano a uno de los sargentones que con sus brutales botas hollaron nuestra patria, o a uno de los mercachifles que nos robaban petróleo, cobre y sangre. Y todavía en Nueva Orleans le contesté al profesor que, por halagarme, me habló de los Foucher de la Luisiana, que no me interesaban porque fueron negreros y piratas. Y cuando me sugirió que pidiera yo una beca para estudiar historia y salir de mi error –«de su barbarie» debió decirme– le contesté que había estudiado en México y

en Francia, y que seguiría estudiando en México y en España, no en los Estados Unidos.

No necesito decir –porque se oye en el tono de mi voz, porque se lee entre líneas– que el encanto de Nueva Orleans fue el remache de mi deslizamiento de la pasión a la serenidad. Sobrevivía –sobrevive intacta, hasta hoy– mi buena memoria patriótica y mi limpia doctrina revolucionaria, pero el cristal ya no estaba ni volvería a estar teñido de negro ni de rojo, de muerte ni de sangre.

Otras realidades me entraban por los ojos. ¿Cómo no iba a ser mejor el jabón que la mugre, el baño diario que la peste?... Pienso ahora más en Europa que en México, claro está, aunque el estudiante mexicano de entonces se bañaba menos que el de hoy por la falta de facilidades en su casa y en las escuelas: tan pronto tuvo alguna, volvió al deleite que sus antepasados gozaron en los buenos temaxcales. Y en ese campo estaba yo ganado de antemano porque los mexicanos del trópico, los de mi cuna de cuatro ruedas, nos bañábamos y seguimos bañándonos aún más que los norteamericanos, como todo el arco del Golfo y el Caribe. El baño no es para nosotros sólo limpieza, sino placer y tónico, el feliz comienzo de un nuevo día. ¿Y el deporte?... Confieso, avergonzado, que yo fui de los que creí que en el México de mi juventud se practicaba con exceso. Hasta mi viaje a los Estados Unidos no me di cuenta de que muy poco, ni de la urgencia de su desarrollo; y aunque no me puse a cultivarlo en seguida, ese fue el punto de partida de que en España, por primera vez, me asomara con el nado y el remo a otro mundo de dicha, siempre de manera imperfecta y mediocre, por tardía. ¿Y la higiene de la adolescencia y de la juventud?... En la Escuela Nacional Preparatoria –en la que éramos profesores Alejandro y yo– se había fundado, algún tiempo antes, cátedra con ese título. La revolución íntima, además de la política, vivía en nuestro grupo no menos que entre los jóvenes de hoy. En el mismo momento de mi viaje, publiqué en la *Revista de Ciencias Sociales* mi artículo «Dos panoramas sexuales» –el de París, el de México– y un año después presenté, en el curso superior de Derecho Penal, «La impunidad del aborto». Daba gusto ver en los Estados Unidos el interés que buen número de profesores y alumnos ponían en el tema, y cargado de folletos y libros volví a México.

En mi atuendo, Nueva Orleans imprimió un cambio decisivo. Yo siempre me había vestido de negro. Aparte de que ese uso era frecuente en el México de entonces, en mí se explicaba porque, a la muerte de mi padre, adaptaron su ropa a mis huesos de quince años; y también porque, por toda la vida llevamos su luto en el corazón. Y cuando sus trajes se acabaron, bastaba comprar dos, o a lo sumo tres, para andar siempre bien presentado. En París, mi vestimenta coincidió con la de mis compañeros franceses. Pero desde San Antonio mi linda amiga, y luego las de todas partes, me acribillaron con sus reproches a mi fúnebre apariencia. Asesorado por la familia Carrillo Marcor, adquirí tres preciosos trajes juveniles: uno azul marino, otro café, otro gris claro y, por primera vez en mi vida, compré un par de zapatos marrones y un *Stetson* gris con pluma de perico. Por fuera, y también por dentro, fui desde ese momento más joven que nunca.

## CRÍTICA Y CONOCIMIENTO

Hablaba yo de cómo Nueva Orleans aceleró mi deslizamiento de la pasión a la serenidad y fue el punto de una alegre vestimenta que me hizo más joven no sólo por fuera sino por dentro.

La visión directa de cuanto de bueno tienen los Estados Unidos no me puso, por supuesto, una venda en cuanto a lo malo que hay en ellos. No cedimos un ápice en nuestra posición de mexicanos patriotas, de hispanoamericanos celosos de su soberanía. No dejamos de señalar los peligros de Norteamérica sino que, con la ganancia de haberla visto de cerca –aunque todavía de prisa–, pudimos precisarlos un tanto más. Sobrevivía la crítica, pero revestida de un completador conocimiento. Nuestros compañeros de México, sorprendidos y aun defraudados por cuanto en el país vecino me había gustado, se resarcían pidiéndome y oyendo mi información sobre sus defectos.

Sí, sí había muchos norteamericanos con cierto aire de superioridad respecto a nuestra América. Tenían la vanidad del fuerte. (En los ingleses, aun en los españoles –no hablo de los espíritus superiores, sino del retrato común y corriente–, brota de pronto un orgullo peor que es «el orgullo quebrantado», como lo precisó Unamuno). Todavía se encuentra uno con esa arrogancia en los Estados Unidos, pero casi nunca en los centros de estudio; y muy rebajada aun en los del poder y el dinero. Los viajes de sus hijos por todo el mundo, y las duras lecciones de la historia, los han puesto a pensar, a reflexionar.

La discriminación racial, muy disminuida en el norte, viva y áspera en el sur, nos llevaba todos los días al más enérgico repudio. Aunque la resistencia al cambio sigue siendo terca e innumerable, abierta en ocasiones, casi siempre solapada, sólo un ciego podría negar que el progreso

es evidente, con peligro, claro está, de estacionamiento y aun de marcha hacia atrás.

La indiferencia política de la juventud estudiantil, consecuencia de la inmensa riqueza del país –aunque en momentánea crisis en 1931– y de una constante y deliberada prédica de comodones líderes electoreros y confesionales, nos desesperaba. Era una generación bien vestida, entregada al deporte, estratificada en su felicidad material, aunque, naturalmente, había valiosas excepciones. Éstas han crecido a tal extremo que hoy casi no queda vestigio de aquel pasado.

En la calle –esto es, sin dedicatoria contra nosotros– la rudeza del ser humano contra el ser humano también me sorprendió. La franqueza brutal y el ademán sin miramiento en las discusiones públicas y privadas, me escalofriaron. Pero desde entonces aprendí que es otro lenguaje en el que tono y palabra tienen distinto valor que el que les da el forastero. Y también aprendí a hacerles frente con la suavidad y el afecto en primer término y, fracasado este intento, con tanta descortesía como la contraria, pero sólo verbal, exterior, sin perder por dentro el dominio de la rienda. «¡Pa' los toros del Jaral, los caballos de allá *mesmo*», sí, pero sin meterles más espuela que el vecino. Muy a menudo, a media arremetida, si la sonrisa no se nos va de los labios, el norteamericano nos sorprende, de pronto, con la mejor carcajada. Y aquellos eran tiempos de retención: hoy casi no hay freno. Lo que implica que también en este aspecto hay ganancia: la cólera contenida se emponzoña, y así ocurría entonces; hoy sale y corre, y el enojo se alivia. Para el mexicano, hijo de uno de los pueblos más tiernos y comedidos del mundo, el contraste era y sigue siendo tremendo; pero no hay que olvidar que en la capital de México, como en todas las grandes urbes del mundo moderno, poco queda del viejo encanto, y que en París pasaba y pasa lo mismo y aun peor, sólo que en francés...

Lo que más molestó aquí a mis veintitrés idealistas años, fue la inmensa distancia económica que separaba al hombre del hombre, la avidez de tener y atesorar, el diabólico ejercicio de «lo mío, mío, y lo tuyo, tuyo» y, a veces, de «lo mío, mío, y lo tuyo, mío». Hablo del concepto sórdido y mezquino de la relación humana, de la codicia y la avaricia como sistema de vida. Por herencia y prédica familiares, por soñadora actitud

revolucionaria, yo vivía dentro de «lo mío, tuyo, y lo tuyo, mío» y, ante la desgracia ajena, de «lo mío, tuyo, y lo tuyo, tuyo». Por ejemplo, entre otros muchos: cuando mis compañeros norteamericanos me propusieron pagar a la *holandesa*, cuando en la mesa llegaba la cuenta y empezaba el recuento de los centavos, se me estragaba el estómago. Por supuesto que entendía yo que entre estudiantes debía balancearse el gasto, pero el más sano equilibrio lo vi siempre en que uno pagara todo, por turno. La invitación sazona la comida, embellece la vida y mejora el alma. No hay en el mundo virtud más alta que el desprendimiento, y dar sigue siendo el verbo más puro. Allí empieza la revolución, que es y debe ser la mejor repartición de la riqueza junto con la superación moral del hombre. En este aspecto, también ha mejorado la juventud de los Estados Unidos: al perder valor el dinero, lo ha ganado el espíritu.

Un día salimos en el Ford de Alejandro rumbo a México, tocando Baton Rouge y Lafayette –también en mi memoria ancestral– y deteniéndonos sólo para la despedida en San Antonio. Pensé en las palabras que don Justo Sierra escribió al terminar su también apresurado viaje en *En tierra yankee*: «entreví un gran pueblo»; pero ¡qué bueno estar en la patria! En Laredo gritamos: ¡Viva México! Y con vivas a México nos recibieron en la Confederación Nacional de Estudiantes y en nuestra Universidad Autónoma.

## «PUES PORQUE ES UN INDIIO...»

**P**atria y libertad son esencias de Juárez; pero no menos lo son su condición de indio y –junto con ella, dentro de ella– su colocación en la última capa de la pirámide social.

«Indio, americano y demócrata»: así firmó don Ignacio Manuel Altamirano los versos que dirigió, en celebración del 14 de julio, a don Emerico Betances, el ilustre patriota puertorriqueño. Cada una de las tres palabras quiere decir mucho; juntas las tres, más, mucho más: quieren decir Juárez, quieren decir México. Quieren decir autodeterminación mexicana e hispanoamericana, Nuevo Mundo y mundo nuevo, conciencia feliz de un gran pasado, creación presente y en marcha, esperanza firme en un futuro más justo para todos –igualdad y fraternidad en la libertad–, guerra contra la discriminación racial, cauterio para el odio y el desprecio del hombre contra el hombre. Todo eso quiere decir la síntesis de Altamirano: viene a ser, así, uno de nuestros más mexicanos lemas.

Nunca me cansaré de insistir en que su raza indígena y su humilde nacimiento acrisolan y completan su categoría de máximo símbolo, hasta el punto de que creo que hablar de Juárez, sin ponerlos en primer término, es mutilarlo a él y a nuestro México. En su sangre zapoteca y en su desnuda pobreza está la almendra de su gloria. Sin ningún temor de repetir alguna de mis palabras de ayer y de anteayer, sino absolutamente seguro de que aquí, ahora y siempre estoy en el deber de hacerlo –la verdad nos abre en la tierra un surco del que no se sale, del que no hay por qué salirse– vuelvo a la original fuente de su grandeza.

Que la nacionalidad incipiente y angustiada lo haya tenido como jefe de la tremenda prueba –en la que hervía en nuestras entrañas y en la que nos trajeron los mismos que atizaban la vieja hoguera– satura de sentido

reivindicatorio a nuestra causa. Menos relieve universal tendría su figura si hubiera sido un criollo o un mestizo de alta alcurnia. No es el hijo de los amos de ayer, ni aun a medias pertenece al bando de los que gozaron del poder y la riqueza: proviene de los más olvidados, de los postergados, de los preteridos. El defensor de la naciente patria, cercenada quince años antes por la invasión norteamericana, amenazada y perseguida por otra igualmente injusta y pujante, es, al mismo tiempo, el defensor del más sufrido estrato de la desigualdad social. Significa la capacidad de vivir –de sobrevivir– de la nación tierna y hostigada y, a la vez, la del más numeroso y más dolorido núcleo de su población, sometido por la conquista española pero en pie y enhiesto a través de los siglos. Al lado de sus colaboradores blancos, indios y mestizos –mexicanos, en suma, que es lo único que a los mexicanos nos importa–, muestra al mundo que el pueblo mexicano sabe resistir y organizar la defensa y el ataque, que el hijo de la tierra –el heredero legítimo de las portentosas civilizaciones enterradas pero nunca muertas– sabe alzar su derecho e imponerlo al segundo agresor. A su condición de mexicano se agrega la de indio para hacer de su majestad heroica y revolucionaria, justa y justiciera en todos los sentidos, una de las más altamente simbólicas, si no la que más, en la historia de las libertades humanas.

«Yo también soy indio», dice en el sur don José de San Martín, tocando –aun sin serlo– la esencia terrígena y reivindicatoria de la Independencia. «El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron, y se le respira», escribe el hijo cubano de españoles, José Martí. «Se viene de padres de Valencia y de Canarias –precisa–, y se siente correr por las venas la sangre enardecida de Tamanaco y Paracamoni». Sí, en el indio buscan nuestros libertadores la comunión con el suelo atropellado y con su dueño vencido, con la tierra allanada y la causa del siervo rebelado. Juárez los lleva en sí mismo, no sólo por el color de la piel y las finas facciones, sino por el jacal que fue su cuna y por el primer idioma que aprendieron sus labios.

Por esta feliz síntesis de auténtica revolución mundial, Juárez no sólo pertenece a México y a la América, sino al universo. Y ya no se oye en México –porque su golpe y su mentís fueron definitivos, porque el reconocimiento vino como un clamor de los cuatro puntos cardinales, por-

que en el indio vieron su abanderado todos los ofendidos—, ya nunca se oye el bisbiseo infame: «Sí, pero es un indio...» Y sí suenan y resuenan las palabras de don Justo Sierra: «‘Pues porque es un indio’, contestó el porvenir».

Porque Juárez fue indio, está proscrita de México la horrible y mutiladora mención de la raza; porque un indio fue Juárez, en ningún mexicano queda ya ni una mugrecita de uña de prejuicio racial; porque lo fue, los mexicanos llevamos en el corazón la fe en lo que fuimos, en lo que somos, en lo que seremos; porque lo fue, formamos fila con los discriminados en todos los rincones del mundo, aunque seamos o parezcamos tan blancos como quienes los oprimen. Pongamos la vista en otros pueblos sin Juárez, sin un hijo indio de la altura de Juárez: el bárbaro discrimen les emponzoña a algunos el corazón, a otros les tuerce los labios. Y la falta de seguridad en la propia casta y la propia tierra los empuja a ponerla en otras banderas: así nacen los infieles, los apátridas, los arrastrados ante el poder ajeno del rico y del fuerte. Nosotros no, gracias a Juárez. Juárez indio, es México. México, esencia de siglos, es Juárez.

## CON MEXICO EN NUEVA YORK

En su generoso y estimulante prólogo a mi *El mundo sonriente*, publicado por el Fondo de Cultura Económica –no sólo malevolencia, intriga y difamación caen sobre el hombre en este valle de infamia–, Raymundo Ramos decía que «el relato trunco... de mi vida... exigía una continuación», señalaba las lagunas que por llenar me quedaban y lamentaba que «la deuda no se había saldado del todo». Ya habrá visto que en estos lunes de *El Nacional* –pronto llegarán, por cierto, al centenar– he añadido no pocas novedades, claro que sin agotar el tema: para el que conversa, éste sólo se acaba en la muerte, si no es que yo sigo haciéndolo –tabasqueño con permiso especial– en el Panteón Francés de la Piedad.

Creo que más o menos pronto volveré a nuevo repaso de mi «peregrinaje por Nueva York», de «mi profesorado en la Universidad de Columbia», de «mis puestos y comisiones de las secretarías de Educación, Gobernación, Trabajo y Relaciones Exteriores» y, en suma, de todo lo que ha llenado mis treinta y cuatro años de residencia en los Estados Unidos, amén de mi juventud en Francia y España y de mis más recientes viajes a Hispanoamérica y a Europa. Y digo esto porque –como lo atestigua ante mí mismo la buena bibliografía que me regaló la amistad de Carlos J. Sierra– prefiero escribir sobre cualquier sitio cuando no estoy en él: el prisma de la distancia me lo embellece, me lo depura. Por hoy, adelantaré aquí un resumen... y no, no es fácil... Es tan difícil como «poner la historia de España en un papelito», lo que la bella compañera le pedía, en *El amigo manso* de Galdós, al profesor Zenteno.

Mi mujer y yo llegamos a Nueva York en el Queen Mary el 20 de junio de 1938, en compañía de Vicente Lombardo Toledano, de Alejandro Carrillo y de sus esposas. A regañadientes habíamos dejado España en

guerra –allí estudiamos cinco años– para venir a fundar en la ciudad dinámica y cosmopolita –que me tentó desde el momento en que, años antes, la conocí–, un diario que se consagraría a defender la valiente expropiación petrolera del presidente Cárdenas y la lucha del pueblo español frente a la agresión del fascismo internacional, y movidos también, claro está, por acercamos a nuestro México. El maestro Lombardo no pudo cumplir su promesa, de modo que pronto nos vimos con el problema de sobrevivir con la beca de cuarenta dólares, aumentada muy oportunamente a ciento –pero sin que eso fuera remedio– por el ministro Vázquez Vela. Mi alegre sorpresa vino pronto: los Estados Unidos no eran Europa; aquí sí podía ganarse la vida, fácilmente, quien lo quisiera. Y nos la ganamos mi esposa y yo, con más amplitud de la esperada, dando clases de español, trabajando en cuanto se presentaba, y escribiendo yo el diario editorial de *La Voz*, uno de los periódicos hispanos menos malos de cuantos han salido y salen en Nueva York. Propiedad del pintoresco comerciante en frutas, Barbazán, de origen gallego, y de hecho dirigido por mí y por el padre Leocadio Lobo –sacerdote católico, republicano y revolucionario, hombre bueno y templado que vive en nuestro corazón–, dimos una feliz y útil batalla cuando la República española caía y hasta después de su inmolación. Y, desde luego, no hubo artículo mío que no tratara de México, sobre el renglón de nuestro petróleo.

La colaboración en *La Voz* me puso en contacto con la colonia mexicana de Nueva York y con la Universidad de Columbia, que iban a ser y de antemano eran –México, Universidad– mis naturales caminos. El 15 de septiembre del mismo año de 1938 hablé por primera vez en la Mutualista Obrera Mexicana en acto presidido por nuestro cónsul general, Rafael de la Colina. Y desde entonces tomé parte en casi todos los actos políticos y culturales de nuestra colonia y de la española, la puertorriqueña, la cubana y, en suma, hispana de aquende y allende el mar. Así conjugamos, debidamente, la Revolución Mexicana con la de todo nuestro mundo. ¿Cuántos discursos políticos, cuántas pláticas literarias, cuántos artículos, cuántas notas periodísticas dediqué a México?... No exagero si digo que sólo podría saberlo si hubiera usado una computadora...

Chucho Durón, mi excelente amigo desde entonces y a toda hora, que estudiaba en la escuela *Juilliard* su piano y su orfeón, me llevó a la

casa de aquel chihuahuense talentoso y patriota que fue Alberto Rembao, veterano de nuestra Revolución, fundador y director de *La Nueva Democracia*, que sirvió a México más que todos los compatriotas que aquí vivieron o por aquí pasaron durante su larga residencia de cuarenta años. Su casa era el núcleo mexicano más auténtico. Allí convivíamos, en cenas tan sabrosas como sencillas, mexicanos, hispanoamericanos y españoles de todos los matices, desde el liberalismo hasta la extrema izquierda. Alfonso Reyes, Pedro de Alba, Rufino Tamayo, Rafael Heliodoro Valle, Ermilo Abreu Gómez, Jorge Mañach, Raúl Roa, Fernando Ortiz, Federico de Onís, Tomás Navarro, Fernando de los Ríos, Luis Alberto Sánchez, Germán Arciniegas, Mariano Picón Salas, Arturo Uslar Pietri... ¿Qué amigo de México no disfrutó de su ejemplar hospitalidad? ¿Cómo no recordar el *baleroparty* que allí organizamos con los diez que yo traje de México, en el que Alfonso Reyes sacó el primer lugar, yo el segundo y don Federico el tercero?... Para los capiruchos, Alfonso era, como para las anécdotas picantes, una maravilla.

El horizonte se amplió con mi visita al Instituto Hispánico de esta Universidad de Columbia.

## MÉXICO, HISPANOAMERICA: EN COLUMBIA

También fue mi buen amigo Chucho Durón quien se empeñó, un caluroso día de 1938, cuando ambulábamos por Morningside Drive, en que subiéramos la triple escalera de la Casa Hispánica para saludar a don Federico de Onís. ¿Quién podrá olvidar una noble bienvenida?... Ya lo había yo visto a distancia, ya lo había yo oído hablar en nuestra Escuela Nacional Preparatoria de 1921. Él me conocía –me dijo– a través de Alfonso Reyes. ¿Cuándo no me ayudó Alfonso con su anticipada recomendación, con su alerta vigilancia de los pasos del amigo?... Y ya había leído –añadió– lo publicado en *Hora de España*, la revista donde el alto espíritu de Antonio Machado iluminó a un valiente e ilusionado grupo de jóvenes. «Y en otros periódicos –precisó–. Porque a mí –puso en mis ojos la mirada fraternal que redimía todas sus asperezas–, porque yo lo que más quiero en el mundo, junto con España, es a México». Volvimos a vemos, y entonces me dio veinte libros para reseñas destinadas a su *Revista Hispánica Moderna*. Poco después, invitado por Jorge Mañach en carta acogedora, di mi primera conferencia en la casa que sería mi segundo hogar hasta que en 1952 don Adolfo Ruiz Cortines me llamó a la Dirección de Bellas Artes. Por cierto que mi amistad con Mañach arreció cuando en *La Voz* publiqué una carta de Lino Novás Calvo, desde los campos de España, donde lamentaba que no hubiera aun abrazado la causa de la República. La actitud de don Federico, ya francamente afirmativa, y mi bien razonada pasión antifranquista –en la que he vivido hasta el día de hoy y viviré hasta el de mañana–, influyeron en que el fino espíritu del ensayista tomara pronto el rumbo esperado.

Cuando Jorge, que dirige la sección hispanoamericana, se fue a su tierra cubana –verano de 1939– yo me quedé con su clase de Literatura

Hispanoamericana Contemporánea y con su encargo de organizar las veladas de los lunes y otras tareas relacionadas con nuestra América. ¿A quién de nuestro ancho mundo no conocí entonces, a qué compatriota que transitara por Nueva York no lo traje a dar una conferencia?... En la dicha *Revista Hispánica Moderna* –de la que fui, por algún tiempo, secretario de redacción–, publicábamos nota trimestral de las que se daban, y aparecía tanto mi nombre como introductor de embajadores que, de común acuerdo, don Federico y yo suprimimos su mención. No hubo hispanoamericano ni mexicano notable que no viniera a hablarnos, no hubo uno solo que no tuviera nuestro homenaje en la cena previa en el Faculty Club y en la fiesta de media noche en la hospitalaria casa del muy chihuahuense Alberto Rembao, o en la mía.

Puedo decir que desde entonces no hubo curso, ni seminario, ni conferencia en que México no haya estado presente, aparte de las reuniones íntegramente nuestras. Entre éstas, cuento mis cursos de «Literatura Mexicana» y «La novela de la Revolución Mexicana» –ahora la he ampliado a «Literatura de la Revolución Mexicana»– y el que tantas veces he dado sobre Justo Sierra y José Martí. Mi presencia, aunque a menudo esporádica, en el seminario político de Frank Tanenbaum, le daba el sabor mexicano que él deseaba. Y desde que obtuve el doctorado –en 1944– y entré como titular de la cátedra de Literatura Hispanoamericana, empecé a dirigir los ensayos para la maestría y las disertaciones para el *Doctor of Philosophy*. México, sin merma para Hispanoamérica toda –a la que quiero en sus cuatro puntas–, estaba conmigo siempre, de cuerpo entero. Y ya desde antes nuestra patria sobresalía por la vieja devoción que tenía por ella don Federico. Baste decir –por ahora– que con él y don Vicente Mendoza, a quien tuvimos aquí como profesor visitante, conocí nuestro folklore más, muchos más que en mi propia ciudad de México durante mi adolescencia y mi primera juventud, absortas en el drama político.

En diciembre de 1952 –tengo que repetirlo, en este punto–, regresé a nuestro México como director del Instituto Nacional de Bellas Artes. En 1954 salí del cargo, como consecuencia final de una cadena de naturales rozamientos con quienes no pensaban como pienso yo, y de dos pintorescos y significativos zafarranchos. El primer llamamiento que recibí fue

de don Federico de Onís: «Aquí lo espero», así, con su sobriedad, con su entera sequedad castellana. Alberto Rembao, hijo y autor de *Chihuahua de mis amores* sólo nos dijo: «Ya está lista su habitación en casa y ya prepara Julita las chalupas que a usted y a Graciela le gustan. Vénganse sin avisar. Nomás nos tocan la puerta, de día como de noche...» y los trabajadores de la Mutualista Obrera de Nueva York: «Si te hace falta dinero para el viaje, nomás nos lo dices...» Otros fraternales brazos se me abrieron desde Cuba, donde pasé un mes de agasajos en que lo menos importante eran mis conferencias, y donde, en Santiago, me nombraron «Profesor Vitalicio de Historia de América», así, con la generosa exageración tropical en el mismo título académico. Cuando llegué a Nueva York en septiembre de 1955, más de un año después de mi cese como director de Bellas Artes, también tuve la satisfacción de que todos – todos los que a mí me importan – me llamaban a la patria. Pero la suerte ya estaba echada: en la Universidad de Columbia en marcha toda mi tarea, no era posible ni cuerdo, precisamente para prestigio de México, que les diera yo a mis estudiantes la espalda.

De lo que sigue, de lo que siguió, hay mucho que contar, y ya casi lo estoy contando. Ido el profesor de Onís a la Dirección de los Estudios Hispánicos de Puerto Rico, y yo por todos conceptos en otro diapasón, inicié nuevos caminos con la misma meta. Ésta se llama el nombre de México y de Hispanoamérica, la causa de la justicia social para su pueblo, la divulgación de su cultura. Nunca, ni un solo momento he dejado de oír su voz. De ella y por ella vivo.

## OMNIPRESENCIA DE MÉXICO

Repito que creo –queda a la vista en estas páginas– que el elogio que carece de la fundamental sinceridad daña al elogiado, aunque sea magistral su aderezo, aunque su acabado embellezca la mentira y le ponga el colorete de la vida y la verdad.

Algún amigo, leal y talentoso, me decía el año pasado que no le gustaban los artículos que dediqué a mirar y a remirar, a examinar y hurgar las felicitaciones que recibí por Navidad y Año Nuevo. No me dijo la palabra ofensiva, pero la adiviné en sus cordiales labios. Triviales serían si no nacieran de la emoción de quien ha vivido y vive lejos de la patria, de quien en la hojita de papel pintado siente que late la amistad permanente, invencible, invariable, lejana y presente. Nada es trivial cuando lo que se dice viene en el chorro de nuestra sangre.

En estos artículos, en todos ellos, en los aparentemente pasajeros, en los que acarician y en los que hieren, está siempre presente México, porque está en mí, me alegre yo de sus bienes o me duela de sus males. Está también –le digo desde aquí a mi mismo amigo– no sólo como patria, sino como familia: mexicanos de hueso colorado fueron mis padres, mis abuelos, mis bisabuelos y aun los tatarabuelos y los ancestros que vinieron por el mar y pronto los amasó el Yucatán en arcilla maya y en mexicano maíz. Y de aquí surgió el otro día, en otra conversación, la sospecha de que me interesa la heráldica. ¡No, por Dios! ¡No, en mis días!... Sí me interesan mis raíces, pues son lo que soy («Yo soy indio». «Sí, soy indio», he dicho aquí, porque es lo que soy más) aunque en ellas me vengan savias subterráneas, ultramarinos aportes intelectuales y políticos: nada nos es ajeno, por lejano que parezca, cuando hay arte y pueblo, cuando hay belleza y justicia. De todas partes vienen, a todas partes van. En todas

partes hay ejemplos, al mismo tiempo que de ninguna –ni de la propia tierra– debe venir una sensación de privilegio. El nacionalismo de ultranza, que niega lo universal metiendo la cabeza de avestruz en el polvo para no ver la bota que va a azotar el vulnerable flanco de todos los débiles, no es más que chovinismo precristiano y patriotería de campanario.

Están presentes en estos artículos los lugares en que he vivido: París, donde conocí a Dantón, a Robespierre, a Hugo, a Zola, a Jean Jaurés, a Henri Barbusse, a Romain Rolland, a Marx, a *Kropotkine*, a *Lenine* –como, en francés, les decíamos entonces–, a Freud... ¿Qué tiene de exótico ese parisianismo ilusionado?... Allí está Hispanoamérica –porque desde la juventud revolucionaria de París acabamos de conocerla–, y Cuba y Venezuela en primer término porque, después de mi patria, son las tierras que más me han fortalecido y alentado. ¿Qué tiene de extranjerizante la apasionada versión chilena que de México me regaló Gabriela Mistral en su hospitalaria casa de la Provenza, cuando a ella llegué a los veintidós años?... ¿Y la muy venezolana, muy llanera, muy viril que de toda la lucha latinoamericana nos dio Rómulo Gallegos, poco después, en nuestro Beluso de Galicia?... Entonces empiezan a asomarse vivas luces y tiernas sombras de España: los fraternales pescadores a quienes allí enseñamos a leer, los labradores de blusa negra a quienes en Cuenca vimos llorar cuando Pablo Neruda les dijo su «Canto a las madres de los milicianos muertos en la guerra», los antitanquistas a los que vimos pelear en las llanuras de Castilla, los milicianos que ante nuestros ojos dieron su vida en Madrid y en Teruel... ¿Y la dulce y silenciosa lección de bondad y entereza que nos regalaba don Antonio Machado bajo el cielo amenazante de Rocafort y del Tibidado?... Y el entendimiento de nuestra América que –en la misma Barcelona– nos dio la fina voz de Diez-Canedo, y la llama profética de León Felipe, y ya en Nueva York el insuperable ejemplo moral de don Tomás Navarro Tomás y don Luis Santullano, y el folklore mexicano que nos unió a Federico de Onís y –antes, más allá– la mordaz palabra de Unamuno, y la genial fábula mexicana de Valle Incrán en el Ateneo ¿qué tienen de exóticas?... ¿En qué dañan –me pregunto– a la más pura y tradicional ortodoxia nacionalista?... Hispanoamérica y España están aquí, se asoman a cada momento, en estos artículos: son, también, México. Y lo serán más cada día, lo serán

mucho más mañana por la mañana, cuando vuelva a tocarlos el fuego, cuando les llegue la Revolución Mexicana de 1810 y de 1857 y de 1910, cuando suene la hora de la liberación y la reconquista.

También aparece aquí Nueva York: no es el del diablo amarillo que horrorizaba a Panait Istrati, sino el del mundo cosmopolita que enseñó obrerismo a José Martí, el de la igualdad de todas las razas que ya va creciendo como una ola sobre quienes la negaron. Aquí aprendí a trabajar de sol a sol, aquí me acogieron brazos obreros en tres duras y esperanzadas ocasiones. ¿Dónde hallé más patriotismo mexicano, más juventud revolucionaria?...

Por todos estos artículos, en los Estados Unidos y en Europa, está Benito Juárez: me acompaña en los archivos, me habla en las bibliotecas. ¿No es México en el mundo, no es el mundo en México?

## LONDRES: EN SUS UMBRALES

**H**e visitado Londres muchas veces, pero nunca se cumplió mi deseo de vivir aquí.

Vine por primera vez en marzo de 1928, camino de París, y sólo para transmitirle al licenciado Gilberto Valenzuela, nuestro embajador, precandidato de mi grupo estudiantil a la Presidencia de la República, los recados que le mandaban sus primos Ángel y Octavio Rivera Soto. Un compañero de viaje me instaló en el Queens Hotel de Oxford Street, donde me ofreció la más elocuente bienvenida un enjambre de camareras preciosas. Y por encargo de don Gilberto, Eduardo Luquín me llevó por calles y palacios. Pero yo no vi Londres: yo no pensaba más que en mi ansiado y ya cercano París.

El licenciado Valenzuela me invitaba diariamente a merendar en la Embajada con su señora y sus pequeños hijos, poniendo a útil prueba mi timidez social de entonces, y luego me oía con atención y me miraba de manera escrutadora en nuestros apartes políticos. Era visible que lo complacía y, a la vez, lo alarmaba mi virulenta crítica contra el licenciado Garrido y el general Obregón: ni por un instante dejó de repudiar una nueva insurrección militar. Ojeó mi librote *Publicaciones e intimidaciones* y me hizo un elogio, pero repetidamente me aconsejó que me dedicara a estudiar mi carrera, y no en París, sino en Bruselas, «ciudad menos peligrosa para un joven». Era un hombre conspicuo y circunspecto, dos palabras que aprendí de niño, así combinadas, y que a menudo recuerdo. Aunque no llenó mi ideal del líder salí de nuestras charlas más valenzuelista que antes de conocerlo: todos sus gestos y sus palabras revelaban mesura, buen juicio, honestidad, firmeza, calidades escasísimas en la tremenda hora que vivíamos. Así se lo escribí a

sus parientes y así lo sostuve, poco después, en la polémica de nuestra juventud.

Tras mi segunda salida de México, en enero de 1933, mi primer propósito fue terminar mi carrera (sólo me faltaban Garantías y Amparo, del cuarto año, y Derecho Internacional Privado, Finanzas y Medicina Legal, del quinto), para poder consagrarme, después, a lo que quisiera.

Me tentaban, en primer término, las escuelas de medicina de París y Montpellier, mis dos amadas ciudades (siempre la estudié en ellas a hurtadillas, pegado a mis amigos José Susano Godínez y Héctor Gojon); y, en segundo lugar, las de Oxford y Cambridge –por vieja sugestión de Gabriela Mistral– para aprender el inglés. Pero como no se cumplió la oferta que me había hecho persona de mi familia, me fui de París a España, donde, además de acabar mi licenciatura y de hacer el doctorado, iba a ganarme la vida. No lo lamento porque ese cruce de caminos me permitió vivir el prólogo de la Segunda Guerra y participar en la heroica defensa del pueblo español contra el fascismo internacional.

En diciembre de 1935 llegó a Madrid el licenciado Narciso Bassols, rumbo a Inglaterra, nombrado embajador por el presidente Cárdenas. Con él y Clementina, la extraordinaria compañera de su vida, recorrimos –en diminuto Opel– buena parte de Andalucía, Extremadura y Castilla. No he olvidado un solo detalle de aquel viaje, histórico por la hora decisiva de España y por la penetrante mirada del mexicano excepcional que la vio con nosotros, y encantador por la nobilísima y grata compañía. Pero no entro ahora en esa rememoración porque Bassols merece libros, volúmenes de recordación, y no simples artículos volanderos. Al despedirnos en Madrid, quedamos en que me incorporaría yo a sus tareas de Londres y Ginebra tan pronto aprobara mi último examen del doctorado; pero, como estaba previsto, en julio de 1936 el cuartel ensangrentó a España. Mi esposa y yo, que estábamos en Málaga, volvimos a Madrid en septiembre.

En un helado día de enero de 1937 llegué a Londres –mi segunda visita– invitado por el licenciado Bassols. Me alojó en la Embajada, me anunció que vendría a cenar un grupo de amigos de toda confianza y, en la cordialísima sobremesa, a indicación expresa suya, les hice un relato de cuanto había yo visto en la guerra de España. Allí estaban Luis Enri-

que Erro, a quien a mis trece años vi en casa de mi primo Rodolfo Brito Foucher, y Ricardo Zevada, a quien oí en sus clases de la Facultad de Derecho, desde esa noche nuestros constantes amigos. Y guiado por el licenciado Bassols –con la precisión y el dinamismo que ponía en todos los actos de su vida–, hice una minuciosa revisión de la historia y el arte en los museos de Londres, que empezó a curarme, como él lo quería, de mi ortodoxa parisisis. En una de nuestras pláticas me confió que había presentado su renuncia a la Embajada y que se iba a España, conmigo, para recorrer sus frentes y conocer sobre el propio terreno la situación, antes de volver a México. Lo esperamos en París y juntos seguimos, con nuestro nuevo embajador, don Ramón P. de Negri, de París a Port Bou en tren, y de allí, en automóvil, a Barcelona, Valencia y Madrid.

Y me quedé –otra vez– con la miel de Londres en los labios.

## EL ENCANTO DE LONDRES

No volví a Londres hasta el verano de 1963 –veintiséis años después– cuando mi viejo y querido amigo Antonio Armendáriz, nuestro embajador, y el licenciado Rubén González Sosa, nuestro ministro consejero, me ayudaron a poner al día mi atrasado conocimiento de la ciudad. Y con mis amigos de las universidades inglesas recorrí las islas británicas.

Cuando volví a México y Adolfo López Mateos escuchó, con la satisfacción que siempre le produjo mi tropical entusiasmo, el que llevaba de Inglaterra, me preguntó: «¿Y por qué no te vas a pasar allá una buena temporada?...» Le contesté, humorísticamente, que no es lo mismo *Los tres mosqueteros* que *Veinte años después*, y que seguía creyendo que más útil le era a México lo que hacía yo en Nueva York, por mi vieja escoleta, que lo que haría en otra parte. Me dio la razón. Pero lo cierto es que entonces renuncié a mi última posibilidad de vivir en Londres.

Después, me he resarcido de esta pena irremediable, viniendo, con mi esposa, cada vez que puedo.

Escribo en la mesa B-16 del gran salón de lectura del Museo Británico. Me rodean diez libros y veinte folletos sobre nuestro don Benito Juárez, y en los índices de periódicos tengo ya la pista para ver lo que, en su vida y en su muerte, se dijo aquí de él. Leo en este momento un librito, anónimo, de alguien que se alegra de que haya prosperado la intervención en Abisinia y lamenta que haya fracasado la de México, «siendo las dos –dice– tan útiles, tan necesarias, tan urgentes para la civilización...» Ya me traen –con la rapidez y la prontitud de esta prodigiosa biblioteca– más papeles... En esta mesa B-16 podría pasar, leyendo sólo sobre nuestro México, el resto de la vida... Claro que con mi reglamentaria visita anual a

México. ¿No es esto lo mejor de México en Inglaterra, no es esto lo mejor de Inglaterra en México?...

Y voy Piccadilly Circus, y recorro sus plazas, y saboreo una excelente rebanada de carne en la esquina, y aguzo el oído cuando pasan a mi lado los parsimoniosos ingleses, y con los ojos esculco todos sus rincones.

No, no se ha enfriado mi entusiasmo por Londres con el tiempo y la distancia, sino se ha depurado en la nostalgia y se acrisola a cada nueva visita. Tiene el particular encanto de lo que pudo ser y no fue. París es otra cosa. En París deploro todos los días haber perdido cuanto mi mano no quiso apretar, cuanto apartó con el dorso inexperto y desdeñoso. En mi amor por París hay un poco de saciedad y otro poco de arrepentimiento, de amargura, de adiós sin retorno. En Londres, todo lo que pensé hacer lo quiero hacer todavía, y ni la aritmética ni el espejo me apartan de la vieja ilusión. Y tener ilusiones es ser jóvenes, aun cuando, por fuera, ya no lo seamos.

Cada día, mientras más veo esta maravillosa armonía entre esfuerzo y disfrute de la vida, entre sentido práctico y clásico ocio griego, deploro más no haber vivido aquí. ¡Cuánto hubiera aprendido de estos ingleses correctos pero no tiesos, serviciales pero no oficiosos ni nunca abrumadores, discretos pero no distantes, seguros de su tradición pero no patrioterros, activos pero no apresurados! ¡Qué bien hubiera vivido entre esta gente fina y espigada, contemplando estas mujeres altas y bellas, o pequeñitas y graciosas, rasgado el ojo azul y verde, brillante la cabellera ondulada –castaña, rubia, roja– o la cabellera lacia, ala de cuervo, que pinta de negro la nuca nítida, bien puesto el seno en las robustas, erectos los huevos de paloma en el pecho núbil, la pierna siempre linda bajo la alegre minifalda!... ¡Qué tierra preciosa en la nieve o bajo el sol, embrujadoramente impresionista en su típica bruma, violenta en los acantilados del sur, tierna en las verdes praderas, fuerte en el negro de sus minas! ¡Qué pueblo reflexivo sobre la exquisita limpieza de sus calles, conversador ante el ambarino *scotch* de sus *pubs*, imperturbable en la marcha veloz pero matemática de sus carreteras, reverente siempre de la ley pero nunca esclavo de ella, respetuoso de la autoridad para jamás espía gratuito ni soplón de oficio!...

No, no estoy entonando un canto –es oportuno decirlo aquí, para quien lo necesite– a la Inglaterra imperialista de ayer ni a la piratesca de antenoche. Sí lo es al pueblo inglés, al que resistió inmutable los bombardeos de Hitler, al que estará con el nuestro cuando hayan detenido esta barbarie desorbitada de nuestra época. Siguen brillando los ojos de la bestia en la guerra financiera, batean los colmillos cainozoicos en los salones diplomáticos donde se miente la paz y se disfraza la guerra, corre el veneno por el albañal del mundo; pero los grandes pueblos sobreviven y esperan su hora, que llegará indefectiblemente.

Y esta es hora de decir algo más para los xenófobos que puedan respingar porque me extasío viendo lo distante y elogiando lo ajeno, lo que no es mío. Les repetiré que si alguna raza me gusta en el mundo más que la inglesa, es la autóctona de mi México, no sólo «porque es la nuestra y ha sido más infeliz», sino porque –en su piel de canela– puede enseñar señorío a los marqueses. Aquí me lo dice –en el Museo Británico– un susurro, una voz que sale de mis libros: es la de Juárez.

## ÍNDICE

Presentación .....	7
De periodistas y escritores .....	9
Decálogo para periodistas y escritores .....	12
Del lenguaje sibilino .....	15
Los 15 de septiembre en Nueva York .....	18
Mi primer Nueva York: 1938 .....	21
Con México en el mundo .....	24
Fidelidad al paisaje y el cariño .....	27
Del consuelo coquinarario ausente .....	30
Nochebuena en Nueva York .....	33
Año Nuevo Neoyorquino .....	36
De felicitaciones .....	39
Sobre las malas felicitaciones .....	43
«Tengo en México un amigo...» .....	46
¿Quién es el rico, quién es el pobre? .....	49
Más recuento del cariño .....	52
Yo soy indio .....	55
Sí, soy indio .....	58
Hechos concretos, no demagógicas palabras .....	61
Trsiteza filosófica y alegría vital .....	64
Bien y mal del cariño .....	67
De Nueva Orleans a Tabasco .....	70
De mi padre y de los suyos .....	73
¿Vascos? No, mexicanos .....	76
Encanto y vigencia del pasado .....	79
Repetición y anticipo .....	82
Mi primo Manuel Tellaache .....	85
Mi tía Juliana .....	90
Mi otro tío Carlos, el de Laguna .....	94
Mi tío Juan, el de Cádiz .....	98
Remache antiheráldico .....	101

Privilegio no, ejemplo sí .....	109
Mi escudo: el águila y la serpiente .....	112
La panoplia: espada, pluma, arado y yunque .....	115
En Campeche: con el presidente Echeverría .....	119
Preguntas y respuestas .....	122
Más preguntas y respuestas: De Veracruz .....	125
De Veracruzanos niños .....	128
De jóvenes veracruzanos .....	131
De otros veracruzanos .....	135
Mar y trópico .....	138
Del sureste imaginativo .....	141
Gracia y pasión del sureste .....	144
Yucatán, el remanso .....	147
Mi cuna de cuatro ruedas .....	150
Del antiamericanismo infantil .....	153
En cambio .....	156
Acá, de este lado .....	159
Debate político en Washington .....	162
Sonora en Nueva Orleans .....	165
El hogar mexicano .....	168
Mi primer Nueva Orleans .....	171
La buena conciencia .....	174
De la pasión a la serenidad .....	177
Crítica y conocimiento .....	180
«Pues, porque es un indio...» .....	183
Con México en Nueva York .....	186
México, Hispanoamérica: En Colombia .....	189
Omnipresencia de México .....	192
Londres: en sus umbrales .....	195
El encanto de Londres .....	198

# CULTURA

SECRETARÍA DE CULTURA



Alejandra Frausto Guerrero  
Secretaria de Cultura

Natalia Toledo  
Subsecretaria  
de Diversidad Cultural

Marina Núñez Bernalova  
Subsecretaria  
de Desarrollo Cultural

Omar Monroy  
Titular de la Unidad de  
Administración y Finanzas

Esther Hernández Torres  
Directora General  
de Vinculación Cultural

Antonio Martínez  
Enlace de Comunicación Social y Vocero



Adán Augusto López Hernández  
Gobernador de Tabasco

Yolanda Osuna Huerta  
Secretaria de Cultura

Luis Alberto López Acopa  
Subsecretario de Fomento  
a la Lectura y Publicaciones

Francisco Magaña  
Director de Publicaciones  
y Literatura





*Familia y patria*, de Andrés Iduarte, se terminó de imprimir el 12 de noviembre de 2019, en los talleres de Impresionismo de México S. A. de C. V., Doña Fidencia # 109, colonia Centro, Villahermosa, Tabasco. Para su composición se utilizaron tipos Cardo y Robotó. El tiraje fue de 1000 ejemplares. La edición estuvo al cuidado de la Dirección de Publicaciones y Literatura.